

Atenea

~ Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes ~

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION



SUMARIO: Eliodoro Astorquiza: *El derecho de respuesta* □ María Monvel: *Apuntes de Sevilla* □ Armando Zegrí: *El último decadente* □ Robinson Hermansen: *Factores sociológicos* □ Joaquín Cifuentes Sepúlveda: *Goece magno* □ Lautaro Yankas: *Hermana Sueño* □ Fernando Binignat: *Poemas de la Luna de Oro* □ Armando Donoso: *Simple conversaciones con Orlega y Gasset* □ Hombres, ideas y libros: R. Cabrera Méndez: *Una cruzada por la escuela en España* □ Raúl Silva Castro: *Mad. Caillavet y Anatole France* □ Fernando García Oldini: *Chaplin* □ ACTIVIDADES UNIVERSITARIAS: *Resumen de la marcha de la Universidad de Concepción durante el año 1925* □ *Renovación de las autoridades universitarias* □ *Extensión Universitaria* □ *Congreso Nacional de Farmacia* □ NOTICIARIO □ EX-LIBRIS □ Glosario de Revistas: S.: *El Teatro del Mirlo Blanco* □ *El Dandysmo de Baudelaire.* □ □ □ □ □ □ □ □

Universidad de Concepción. Chile

~ Junio 30 de 1926

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo,
Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).
Eduardo Barrios, Representante General en Santiago

Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO III

JUNIO 30 DE 1926

NÚM. 4

Eliodoro Astorquiza

El derecho de respuesta

HISTORIA DE UN PROCESO

L Título II del Decreto-ley N.º 425 de 20 de Marzo de 1925 (*Diario Oficial* de 27 de Marzo del mismo año) establece por primera vez en nuestra legislación el derecho de respuesta otorgado a toda persona ofendida o aludida en un diario o periódico, o, en términos más precisos, el derecho de exigir que se publique gratuitamente su respuesta en la misma publicación que la motiva y en la misma página y con los mismos caracteres del artículo que la ha provocado.

Este Decreto-ley—como todos los demás—será revisado por el Congreso. ¿En qué quedará el referido derecho en esa revisión? Tres ideas pueden encontrarse en pugna: o la supresión lisa y llana de él—como lo quiere la prensa—o el derecho de respuesta sin restricciones (salvo respecto a su extensión ma-

terial) como en Francia, o el mantenimiento del sistema actual, que es un término medio entre ambos.

La ocasión me parece oportuna para relatar, a manera de precedente, la curiosa historia de un proceso resonante trabado en París, con motivo de este derecho, entre una revista célebre y dos autores dramáticos, proceso que duró nada menos que *seis años* y que sólo ha venido a ser fallado en definitiva a mediados de 1925.

En el número de la *Revue des deux Mondes* correspondiente al 15 de Junio de 1919, René Doumic, en ese tiempo crítico dramático y actual director de la revista, se ocupaba de una traducción en verso de *Los Persas* de Esquilo, recién representada en el Teatro Francés, y de que eran autores los señores Silvain y Jaubert. El artículo era mesurado y correcto, de índole puramente literaria, exento de toda violencia o ataque personal. Los traductores enviaron a la revista una defensa y pretendieron se insertara, fundados en el art. 13 de la ley de 29 de Julio de 1881, que dice: «Los gerentes estarán obligados a insertar, en el plazo de tres días, a contar desde su recepción, las respuestas de *toda persona nombrada o designada* en el diario o publicación periódica, bajo pena de una multa de 50 a 500 francos, sin perjuicio de las demás penas e indemnizaciones de perjuicios a que el artículo pudiera dar origen. Esta inserción deberá hacerse en el mismo lugar y con los mismos caracteres que el artículo que la hubiera provocado».

Habiéndose negado la revista a publicar la carta de Silvain y Jaubert, éstos acudieron al Tribunal Civil del Sena, el cual se pronunció a favor de ellos, con fecha 13 de Febrero de 1921. La ley—afirmaba, en suma, el Tribunal—excluye las excepciones y no cabe otra cosa que aplicarla mecánicamente.

Fué apelada esta resolución para ante la Corte de París. Los abogados de la revista sustentaron diversas tesis dirigidas a doblegar la rigidez del texto legal. Una de ellas consistía en que el derecho de respuesta absoluto era admitir que el individuo se hiciera justicia a sí mismo, lo que es la negación de

los principios en que descansa toda sociedad. Pero el argumento parece débil, porque el individuo que hace uso de un derecho concedido por la ley no se hace justicia a sí mismo. El derecho podrá ser exorbitante—eso es otra cuestión—pero es una facultad que el individuo no se la ha atribuido a sí mismo. Sostenían también que el derecho de respuesta de un autor a un crítico admitido sin restricción, admitido aún en el caso de una crítica prudente y de buena fe, lesionaría la libertad de escribir. Pero el nuevo argumento no tiene apariencias de ser más valedero que el anterior, porque, en primer lugar, lo único lesionado sería la libertad de escribir sin ser contradicho, lo que es diferente, y, en seguida, si es la libertad misma de prensa, consagrada por la Constitución, la afectada por la ley de 29 de Julio de 1881, el poder judicial en Francia carece de la facultad de dejar sin efecto, en cada caso particular, las leyes inconstitucionales. Afirmaban además que la querella de Silvain y Jaubert carecía de objeto, ya que, en los mismos momentos en que arrastraban a la revista ante el Tribunal del Sena, publicaban su alegato en un diario parisiense y toda la prensa lo había comentado. Pero a esto replicarían Silvain y Jaubert que el derecho que les otorgaba la ley del 81 era el de publicarse su prosa *en la misma publicación* que la originó.

El argumento más nuevo deducido ante la Corte de París estaba sacado de una teoría jurídica corriente en Alemania y Suiza y que comienza a penetrar en la legislación francesa. Es la teoría del *abuso del derecho*. Según ella, el dueño de un inmueble, por ejemplo, no puede ejecutar en su propiedad actos de dominio realizados *sin ningún interés* y con la sola *intención maliciosa* de perjudicar a su vecino. Los traductores de Esquilo, según la revista, abusaban del derecho de respuesta, porque éste lo es de legítima defensa y supone un ataque, que en la especie no existía, y sobre todo porque su pretendida respuesta no era tal, sino una disertación, un trabajo de doctrina.

Fué, precisamente, esta tesis la que aceptó la Corte de París con fecha 24 de Noviembre de 1922. El derecho de respuesta—decía ella—es indiscutible y categórico, pero los señores

Silvain y Jaubert han cometido el error de contestar al lado de la cuestión y de pretender entablar una discusión de orden teórico, en vez de rectificar puntos de hecho.

Este que podríamos llamar segundo round del match Silvain y Jaubert contra Doumic, no puso término a la pelea. Aquellos se sintieron con bastante fuerza para un tercer encuentro y acudieron a la Corte de Casación. No pisaban mal terreno. ¿Cabe interpretación respecto a un texto tan claro como el del art. 13 de la ley del 81? Ese artículo no habla de personas nombradas o designadas *indebida* o *injustamente* en el diario o periódico. Habla simplemente de toda persona nombrada o designada. De modo que no parece permitir que los Tribunales califiquen la forma o intención con que el individuo ha sido nombrado y la oportunidad de la rectificación.

La Corte de Casación, por sentencia de 23 de Mayo de 1924, anuló la de la Corte de París. Declaró que el derecho otorgado por la ley del 81 es incondicional y puede ser ejercido aún en el caso en que éste ha sido provocado, con exclusión de todo ataque personal, por la crítica de una obra literaria, que sus autores tienen interés en defender.

Invalidadada la sentencia de la Corte de París, el pleito hubo de ir a la Corte de Orleans... La cual, el 27 de Mayo de 1925, se pronunciaba en contra de la revista. Y es una felicidad—digo, felicidad para los contendores—que así haya ocurrido, porque si la Corte de Orleans da en fallar del mismo modo que la de París, el match, en vez de durar cuatro rounds, habría durado seis. En efecto, según el derecho procesal francés, en una hipótesis de esta especie el litigio habría vuelto a la Corte de Casación, esta vez en tribunal pleno, y si ésta mantenía su manera de ver, habría debido intervenir una nueva Corte de Apelaciones...

El fallo de la Corte de Orleans, en sus considerandos, da la razón a la revista y a la Corte de París, miradas las cosas desde el punto de vista del buen sentido y de la equidad, pero no se la da en la parte resolutive, porque la letra de la ley se lo impide. «Considerando—dice en una parte—que se ha sostenido que incumbe a la autoridad judicial controlar y verificar, para mantenerlo

en sus justos límites, el ejercicio de las facultades concedidas por la ley; que semejante razonamiento, muy seductor en sí mismo y que reconoce a los tribunales su deseo y su voluntad de interpretar la ley, *debería ser acogido*, si no se encontrara en contradicción flagrante con la ley de 28 de Septiembre de 1919, que ha modificado los arts. 13 y 14 de la ley de 29 de Julio de 1881; etc.»

En cumplimiento del fallo, se publicó, en el número del 1.º de Julio de 1925—¡seis años quince días después del artículo que originó el debate!—la famosa «respuesta». Comienzan en ella los autores por llamar «magnífico» el artículo de Doumic. En seguida discurren sobre un punto de doctrina: Doumic estima que, a menos de ser el traductor de Esquilo un gran poeta, es preferible traducirlo en prosa, en una prosa fiel. Ellos estiman que un poeta no puede ser traducido sino por un poeta y que la mejor prosa no vale lo que los versos, aunque estos versos sean tan mediocres como los suyos le parecen a Doumic. Para probarlo, reproducen fragmentos de la traducción en prosa de Esquilo hecha por Alexis Pierron y los trozos equivalentes de su traducción de ellos, la cual, por supuesto, les parece evocar mejor que la prosa impersonal y amorfa de Pierron el ritmo, el movimiento y la idea del gran trágico. Terminan manifestando que su traducción es fiel y que, si en ciertas partes no tiene tono lírico sino familiar, es porque el original emplea esa familiaridad misma.

En el mismo número en que se imprime lo anterior, el tenaz Doumic, no pudiendo ya dirigirse a ningún tribunal, se dirige al legislador para que reforme el «lacónico y funesto» art. 13 de la ley del 81. Hace ver que esta reforma, no sólo es reclamada por la prensa, sino que la desean los magistrados mismos, que, encontrándose en muchos casos en conflicto entre sus sentimientos de equidad y de sana razón y la letra de la ley, deben sacrificar los primeros a la segunda, la cual, por lo terminante de sus disposiciones, les quita toda posibilidad de apreciar la legitimidad del derecho de defensa. «El affaire Dubout (*)—ter-

(*) Se trata de otro pleito seguido hace unos treinta años por M. Dubout, autor de una mala pieza, *Fredegunda*, criticada por Brunetière, contra la misma

mina—nos ha valido la ley de 1919 que, fijando un máximo de 200 líneas, (*) aporta al derecho de respuesta una limitación material. Se puede esperar que la cuestión Silvain y Jauvert tendrá por resultado aportarle una limitación moral que garantice la libertad del crítico y la dignidad del escritor.

En el N.º del 1.º de Noviembre de 1925, Doumic vuelve a la carga, publicando una carta de M. Feuilleley, que fué quien presidía el Tribunal del Sena que, en 1898, condenó a la revista a publicar la contestación de M. Dubout, autor de *Fredugunda*. Estima Feuilleley que el derecho de respuesta general y absoluto es equitativo, racional y útil, cuando es el diario o escrito periódico el que ha tomado la iniciativa de nombrar o designar a la persona, no así cuando es ésta la que, expresa o implícitamente, ha provocado la publicidad. Es particularmente el caso del escritor, del autor, del conferencista, los cuales, no sólo saben de antemano que la prensa se ocupará de ellos sino que se sentirían profundamente defraudados si se arrojara el silencio sobre sus producciones. El periodista no estaría obligado a publicar un remitido de estas personas sino cuando él esté justificado por un interés legítimo, como sería, por ejemplo, el caso de error grave o de una crítica que extralimite las conveniencias e irroque perjuicios en el prestigio o en los intereses de una persona. Los tribunales tendrían entonces la facultad, de que ahora carecen, de apreciar si el ejercicio del derecho está o no justificado de hecho.

Doumic y Feuilleley encontrarían sus anhelos colmados si conocieran el decreto-ley chileno y no desearían otra cosa sino que los legisladores franceses lo reprodujeran al pie de la letra. En efecto, dice en dos de sus artículos:

«Art. 8.º Todo diario o periódico está obligado a insertar gratuitamente las aclaraciones o rectificaciones que les sean dirigidas por cualquier funcionario, corporación o particular que

Revue des Deux Mondes, por haberse ésta negado a insertar la respuesta del autor.

(*) Como la ley del 81 no fijaba las dimensiones de la contestación, se dió el caso de que un diario fué obligado cierta vez a publicar íntegramente, bajo forma de respuesta, el *Syllabus* del Papa Pío IX...

se creyeren *ofendidos o infundadamente aludidos* por alguna publicación hecha en el mismo.

Art. 11. No se podrá ejercer el derecho de respuesta con relación a las apreciaciones personales (*) que se formulen en artículos de *crítica literaria, histórica, artística o científica*, sin perjuicio de la sanción a que pueden dar lugar esos artículos, si por medio de su publicación se cometiere alguno de los delitos penados en la presente ley.

* * *

Pues señor... Como hay que llegar a una conclusión, la mía, después de pensarlo bien, difiere completamente de la idea que inspira nuestro Decreto-ley y, por consiguiente, de la que hace suspirar a M. Doumic por tiempos mejores para la crítica. Mi ideal es el «lacónico» art. 13 de la ley francesa.

Que en el caso particular de la *Revue des Deux Mondes* tenía ésta la razón y que la publicidad reclamada por Silvain y Jaubert constituía una exigencia, por lo menos, inútil, lo acepto. Pero las leyes no pueden contemplar los casos particulares. Una ley es buena o pasable cuando funciona bien en la mayoría de los casos. ¿Es esto lo que ocurre en el hecho en Francia con la ley del 81? Hay indicios para creer que sí, y el primero de ellos nos lo proporciona la propia *Revue des Deux Mondes*. Desde el año 81, para no remontar más alto, es decir, en el espacio de cuarenta y cinco años, esta revista habrá mencionado, criticado o censurado—y a veces con qué tremenda acritud!—por lo menos mil novelistas, mil autores dramáticos, mil músicos, mil políticos, etc., y, sin embargo, sólo en dos ocasiones se ha exigido terminantemente de ella la publicación de respuestas. Con esto queda desvirtuado el temor, fundado en apariencia, de que, siendo innumerables las personas designadas en una publicación, pudiera verse entrabada la libertad de la prensa por el número exagerado de contestaciones o rectificaciones.

(*) Esta expresión «apreciaciones personales» parece indicar que podría ejercerse el derecho de respuesta, aun tratándose de artículos de crítica, para rectificar errores materiales.

En seguida, vean ustedes: si aun con los términos tan categóricos de la ley francesa, los señores Silvain y Jaubert han debido luchar seis años para ver publicada su inocente y, por lo demás, breve prosa, y hasta tropezaron con un Tribunal que les negó esta satisfacción, cabe imaginar lo que les ocurriría a los autores si la ley fuera menos terminante...

Yendo al fondo de las cosas, se ve que, si el derecho de respuesta no es absoluto, es ilusorio. Si no existe del todo es como si no existiera. El derecho incondicional puede producir, de cien casos, uno que autorice una publicación inútil; la restricción producirá, en cien casos, noventa denegaciones de inserción legítima. El editor se escudará con que el interesado no ha sido *ofendido* ni *infundadamente aludido*. ¿Acudirá éste a los Tribunales? ¿Pero quién va a ir allí a perder tiempo, a gastar dinero, a litigar con empresas por lo general poderosas, para llegar, en el mejor de los casos, a obtener que se publique su respuesta meses o años después del artículo que la ha hecho necesaria, es decir, cuando ya no tiene objeto y aparecería hasta ridícula, por haber el público olvidado de qué se trata? ¿Y quién va a arriesgarse en un pleito en que la justicia va a decidir sobre palabras tan vagas y elásticas como las de *ofendido* o *infundadamente aludido*? En esta materia no puede haber más juez que el ofendido mismo.

En lo que toca a la crítica, el Decreto-ley establece una desigualdad entre los ciudadanos. El escritor, el artista, el sabio, no tienen derecho a contestar en la publicación en que han sido criticados. El político, el industrial, lo tienen. ¿Es porque se presume que los primeros, al entregar sus producciones a la prensa, han renunciado de antemano a reclamar de comentarios, no sólo previstos, sino deseados y esperados por ellos? Pues igual presunción cabría hacer respecto al político, por sus actos o palabras dirigidos al público, y al industrial que lanza sus productos a la circulación y con ello los somete a la apreciación general.

De nuevo, mi conclusión es: o todo
o nada.

Apuntes de Sevilla



SEVILLA sin sol es menos Sevilla. No he visto sino su reflejo porque la ví sin sol. Sevilla conserva aun en invierno la caldeada refracción solar en sus murallas blancas, y se mete hacia dentro. En invierno Sevilla no recibe. Dejé inútilmente mi tarjeta y luego de tocar en la vieja aldaba de su viejísima puerta claveteada:

—Sevilla no recibe — escuché.—Y me dije a mí misma:

—No recibe en invierno. Pasa el invierno arrebujaada en su lecho para no ver la ausencia del sol.

—¿Cómo será Sevilla? Ni siquiera la vislumbre a través de sus herméticos balcones. Quise espiar algo a través de los patizuelos plantados de naranjos, pero la casta andaluza tenía bien cerrados los postigos. Sólo Becquer suelta al viento sus rimas que musitan fragmentos al oído. Por eso escuchamos en el viento su voz:

«—¡Dios mío! Qué solos se queda los muertos!»

¡Qué ideas tan trágicas se le ocurren a Becquer por un poco de niebla!

¡Oh, Sevilla, dormida en sábanas de lino! Rezaremos en tu catedral ya que no nos recibes. Acoquinada por el soberbio monumento de la fe andaluza, me echo de rodillas junto a una columna. Los oscuros vitreaux taminzan la luz con vagos fulgores de piedras preciosas. Rubíes, muchos rubíes líquidos llueven su tibia luz sobre la mano que extiende para recibirlos. Estoy embargada y tengo sed. Me gustaría beber fe a grandes sorbos en los cálices fúlgidos. Una virgen trigueña me sonríe con sus hermosos ojos. Bajo su manto blanco, su rostro aniñado de óvalo purísimo llena todo aquel ámbito de una extraña vida. Tiene ricas diademas y pesados collares, y parece dulcemente encantada porque se sabe hermosa. Vírgenes y santos. Cristos y santos ¡tantos! El órgano arriba apunta al otro extremo enormes tuberías de bronce. Me sobrecoge el temor de que dispare sus voces de repente y haga pedazos innumerables la catedral. Virgen hermosa de las crenchas morenas ¡no podrás consentirlo! Rezo, rezo mientras el dulce rocío de rubíes sigue anegándose en su lluvia impalpable. Rezo todos los rezos que conozco, y cuando no sé más, rezo inventando. Me sacude un estremecimiento y miro el órgano. Sus cañones de bronce no se agitan. Son las campanas. Sobre las torres de la catedral vuelan como locas. Hay viejas y jóvenes. Las viejas tienen un sonoro decir trémulo y ronco. Las jóvenes tienen una voz harmoniosa. Y las hay niñas con delgadas vocecitas de plata. A cada instante una nueva campana se une a las precedentes y forman un terrible repiqueteo. Las campanas son las hijas bulliciosas de la Catedral. Todo ese revuelo es porque han divisado desde las altas torres donde viven trepa-

das, el carruaje automóvil de su señor padre el cardenal arzobispo. Ya está cerca, ya viene, y el campanario amenaza derrumbarse con sus locuras. La virgen sonríe. Le echo un beso con el extremo de los dedos y me voy a la torre. Asciendo sin fatiga por la suave pendiente que parece volverse hacia abajo para evitar el cansancio de sus visitantes. Sevilla desde los huecos del muro es blanca con un blanco de leche. Los naranjos en racimos de oro y el verde no intenso del paisaje, sólo interrumpen su blancura. Las campanas atruenan el aire ¡oh voces terribles! El aire está espeso de ruidos y amenaza echarme a rodar desde lo alto si oso continuar avanzando. Me cubro los oídos, y el estrépito, como manojo de cuerdas de plata, me azota el rostro y los vestidos. Sobre todo me golpea las sienes y siento que bajaré con ellas acardenaladas. Pero continúo. Ya estoy con ellas, las hijas vocingleras del señor cardenal. Cada cual tiene colgando un hombre atado por mitad en la cintura, y gira sobre sí misma dejándolo caer y levantándolo, como en un columpio de estruendo. En un rincón, una jaula, donde multitud de palomas grises picotean serenas sin dañarse del ruido. Ya no puedo más. Tengo los dedos hundidos en las orejas pero no me defienden, porque el rumor se me entra por la boca, por los ojos, hasta por los poros de la piel. Quiero gritar y grito, pero ni yo misma me escucho. Siento la fatiga precursora al desmayo en las rodillas temblorosas...

Sevilla, el señor cardenal, los monaguillos negro y ocre, el ventanal desde donde una extranjera suicida se lanzó al vacío, por el ímpetu comprensible de morir en

ese líquido ambiente blanco. ¡Las campanas, abejas
vehementes!... ¡Sevilla, Sevilla!... Bajo desva-
necida por la pendiente suave, que para
que no caiga, se echa hacia arriba.

¡Sevilla! a martillazo de cam-
panas, bajo contigo metida
en el corazón sus-
pirante...

Armando Zegri.

El último decadente

Novela.—París (Editorial
Le livre libre).

CAPÍTULO IV.



RODRÍGUEZ consultó impaciente el reloj.

—¿Qué hora?, murmuró Sarvia, que seguía de cerca a su amigo.

—Las ocho y media.

—Vamos bien.

De la puerta del teatro de La Comedia, siguieron hasta la esquina. Sarvia llamó un automóvil.

—No, exclamó Laura Galdós, tirándole del brazo, mejor una victoria. Me resulta más romántica para viajar de noche.

Los hombres rieron de la ocurrencia. A un auriga próximo indicaron la dirección de Dalia de Rodas y subieron al carruaje.

Durante todo el trayecto, Rodríguez no dijo una palabra. Las calles del centro parecían llenas de gente. Una banda militar tocaba retreta en la plaza de armas. Pasaron frente al cerro Santa Lucía y siguieron por el la-

do derecho de la Alameda. Dalia vino a recibirlos a la puerta. La primera sala estaba llena de humo, de voces y de cojines. Sentados en un diván con cubierta de telas indígenas, Aliro Ordax y Elena Ceballos charlaban, fumando cigarrillos. César Dávila, que oía la conversación, se levantó para ir a saludar a Rodríguez. Elena Ceballos era una mujer madura, alta, maciza, sólida y no poco atrayente. A juicio de algunas personas, había nacido para realizar en la vida dos funciones de igual importancia: hablar de arte y enamorarse de los artistas. Entre la mayor parte de sus amigos, Aliro Ordax merecía el título de *tipo raro*. Había viajado, y de sus viajes, conservaba una manera de ser cosmopolita. Su voz era ronca, áfona y contrastaba, al vibrar, con el desfallecimiento casi femenino de sus ademanes. Vestía generalmente de negro y la palidez de su rostro tenía el color amarillo oscuro de la cera. La historia de su vida comenzaba a la edad de veintitrés años. A la muerte de su padre, se trasladó a Santiago, armado de una pequeña fortuna. Hizo amigos en los círculos literarios; y las reuniones en su casa de la calle Catedral llegaron a adquirir cierta maliciosa notoriedad entre la gente joven. Pero la vida de la capital—vida de aldea en grande, como él la llamaba—empezó pronto a aburrirle. Inesperadamente, una noche, mientras cenaba en el Círculo Español, anunció que había decidido cambiar de domicilio: se iba al día siguiente a Buenos Aires para tomar un vapor a Nueva York. Después se supo que la aglomeración, la simetría, el ruido y el orden de Nueva York le habían, en quince días, destruido los nervios. Estuvo tres semanas en Londres y fué definitivamente a

establecerse a París. Todo lo que había traído lo gastó en un año entre Montmartre y la Plaza de la Opera. Nadie supo en qué forma hizo el regreso a Chile. Una tarde apareció en la esquina de Huérfanos frente al teatro de La Comedia. Desde entonces su vida fué una serie de discursos, trasnochadas y paraísos artificiales. Aliro Ordax era un hombre que sabía conversar. Estaba muy bien armado de cultura, de palabras y de perspicacia para las polémicas. A pesar de la insistencia de sus mejores amigos, jamás se había propuesto escribir y menos publicar nada de lo que improvisaba en las conversaciones. Debido al abuso de los alcaloides, sus ojos empezaron a hundirse en un círculo morado y parecían mirar desde muy lejos. Durante algún tiempo había defendido y elogiado la personalidad de Oscar Wilde en las reuniones literarias. Pocos como él dominaban la obra del escritor inglés y conocían a fondo hasta los detalles más íntimos de su biografía.

—Chile es un país tranquilo, un lugar ideal para morir. respondía Ordax a todas aquellas personas que no habían visto otro cielo que el del terruño y no se explicaban el hecho de pasar por todas las molestias de un viaje a París para ir a terminar nuevamente en un pueblo de la América del Sur.

Dalia ordenó pasar al comedor. Los invitados se levantaron para seguirla. La mesa estaba cubierta de frutas, de cristales, de flores y de botellas. Las paredes eran de piedra oscura y las sillas sugerían, en líneas generales, el asiento de los confesionarios. El respaldo estaba formado de una sola tabla labrada que subía so-

bre el nivel de las cabezas. Los demás muebles eran pesados y sobrios.

—Está usted muy bonita esta noche, murmuró Rodríguez, que había ido a sentarse al lado de Dalia de Rodas.

—Lisonjero...

—Esta es una de las pocas veces que experimento la necesidad de ser expansivo. Créame..., insistió Rodríguez, mientras cortaba nerviosamente con los dedos los tallos de las flores que estaban cerca de su plato.

Dalia se rió con los ojos, e inclinándose para colocarle una gardenia en el ojal de la solapa, prefiero dudarle le dijo, echándole, junto con las palabras, todo el aire de su boca caliente en la cara.

Rodríguez quiso responder algo, pero no supo qué. Y su esfuerzo se tradujo en una sonrisa. En el otro extremo de la mesa Elena Ceballos, Aliro Ordax y Laura Galdós charlaban animadamente.

—Usted nunca habla de su niñez ni de sus amores, insinuó Elena, haciendo una señal a Laura Galdós, que había vuelto los ojos para mirarla. Esos dos estados que el hombre debe necesariamente atravesar para merecer el calificativo de *Hombre* con mayúscula.

—La razón es muy sencilla, respondió Aliro. Mi niñez es una página en blanco. En cuanto al amor, creo que hay necesidad de una clave para enamorar a las mujeres. Algunos hombres nacen con ella: Casanova y Lord Byron, por ejemplo. Otros mueren sin haberla jamás descubierto. Yo me encuentro entre los que todavía ignoran la fórmula.

—No me explico...

—Ni vale la pena, continuó Aliro riendo. Las explicaciones sirven sólo para presentar los objetos con sus defectos.

—Deja usted de ser sincero, intervino Laura Galdós.

—La verdad es por sí sola una paradoja, contestó Aliro mirando a la mujer.

—Ocupémonos mejor de otros asuntos, dijo Elena Ceballos. Para discutir con Ordax es necesario correr sobre un plano inclinado, con la misma velocidad hacia arriba que hacia abajo.

La charla en torno a la mesa se hacía cada vez más viva y más alegre. Cuando se descorchó la primera botella de champagne, Pedro Sarvia propuso la idea de beber la primera copa en honor de alguien. Cada comensal podía sugerir uno o varios nombres, y el nombre que tuviera más éxito se ganaba el brindis. Pero la elección fué difícil; no era posible arribar a ningún acuerdo. César Dávila propuso beber por la serpiente bíblica, por la serpiente con patas del Paraíso Terrenal. Dalia apoyó la idea, diciendo que la serpiente había creado en el primer hombre una virtud esencial: la curiosidad. Pedro Sarvia y Elena Ceballos hicieron la oposición. Después se pasó revista a la mitología. Aliro se opuso a la candidatura de Satanás. Dijo que era una falta de galantería; su triple aspecto de hombre, de carnero y de murciélago repugnaba a las mujeres. El ambiente estaba lleno de carcajadas. Se habían bebido la tercera copa de champagne sin recordar el plan propuesto antes de la primera.

—Y tú ¿no dices nada?, murmuró Dalia, dejando el vaso para mirar a Rodríguez.

—Se han acaparado todas las tonterías, respondió éste, designando con un movimiento de los ojos a las demás personas en la mesa.

—No te incomodes, insistió Dalia, pegándole con una flor en la mejilla. Si algo digo no es porque me indigna, sino porque me intriga tu reserva.

En lugar de contestar, Rodríguez se limitó a mirarla codiciosamente. En realidad, él se sentía molesto en aquel grupo de charladores que todo lo sacrificaban al efecto de una frase ingeniosa. Las preguntas lo turbaban. Le parecía que toda la reunión estaba pendiente de lo que iba a decir. Hubiera querido encontrar alguna excusa para retirarse. Pero le faltaba voluntad para exponer un pretexto en voz alta. En semejante estado de ánimo se mantuvo hasta el final de la comida.

* * *

Elena Ceballos cerró el piano.

—Bastante, exclamó, levantando el brazo para consultar la hora. Y son las cuatro de la mañana. Creo que ha llegado el momento de retirarnos. Es demasiado tarde.

—Es decir, demasiado temprano, corrigió Aliro Ordax parodiando una frase de Barbey d'Aurevilly.

Elena dió una vuelta en el asiento para mirarle riendo:

—Es usted insoportable. Un día le va a vender el alma al diablo por una docena de palabras.

La atmósfera del cuarto estaba cargada de humo de cigarrillos y esencia de licores. Pedro Sarvia y Laura Galdós se habían retirado poco después de terminada

la comida. Entre Aliro, Dalia, Elena y César Dávila el mundo sufrió una revisión teórica de pies a cabeza. Rodríguez fumaba y bebía, persiguiendo con los ojos todos los movimientos del cuerpo de su amiga. Para terminar una de las discusiones, Elena se acercó al piano.

—Algo de Chopin, sugirió César Dávila.

—A Chopin prefiero un disco de jazz en la victrola, interrumpió Aliro.

—¡Qué bárbaro! dijo Elena, haciendo ademán de tirarle con un libro de música.

—Aliro inventa todo el tiempo algo para escandalizar, intervino Dalia. La dificultad está en admitir que dice las cosas en serio.

—Si este siglo ha creado alguna melodía, respondió Ordax, encendiendo un cigarrillo, ha creado la melodía del ruido. El alma del hombre, harta de civilización, vuelve a tomarle cariño a las artes populares. En música, mientras más lejos se camina hacia atrás, en dirección a lo primitivo, el ruido se hace más elemental. Y el jazz se ha servido precisamente de este ruido elemental para expresar la histeria mecánica del siglo. Es el lenguaje musical de la época. ¿Usted se ríe?, continuó, dirigiéndose a Dalia, que desde la primera palabra lo había escuchado con una sonrisa. Hoy día no se puede ignorar la presencia de la máquina. En las grandes casas de comercio de Nueva York cuando un empleado vende un pedazo de casimir, por ejemplo, no necesita medir ni calcular el precio del artículo. Ajustado al mostrador tiene un pequeño aparato que corta la tela y le indica al mismo tiempo el valor de la cantidad de material que ha vendido. Éste es, indudablemente, el

primer paso al descubrimiento de la máquina que nos librará de la molestia de pensar.

—Pero ¿qué conexión tiene todo esto con la música de Chopin?, preguntó Elena,

—Ninguna, dijo Aliro. Diferencia únicamente la expresión musical de un siglo pasado con la del nuestro. La música de Chopin sugiere casi siempre una escena con lágrimas. ¿Y a quién puede interesarle hoy un lamento, cuando las ciudades están llenas de pitos a vapor?

Después del punto de interrogación final, la sala se llenó de carcajadas. Elena, para molestar a Ordax, empezó a tocar la Marcha Fúnebre. Era tarde y decidieron irse. Dalia los acompañó hasta la puerta. Salieron en grupo, llenando el pasadizo y después la calle de exclamaciones y de risas. Nadie advirtió la ausencia de Rodríguez, y cuando Dalia volvió al interior, encontró a éste parado en medio del cuarto. Los ojos de Dalia expresaron sorpresa. La actitud de Rodríguez parecía resuelta, a pesar de la nerviosidad con que apretaba las manos. Dalia no dijo una palabra; pero lo miró interrogándolo con la mirada.

—Perdóneme... titubeó Rodríguez. La esperaba... No quise marcharme sin verla un instante a solas.

Dalia de buenas ganas se hubiera reído, porque la situación estaba tomando un aspecto tragi-cómico. Pero el sonido de la voz de Rodríguez la contuvo: la voz expresaba vencimiento, deseo y ruego. El cuarto estaba todavía lleno de humo y de las copas se levantaba un aroma fuerte de licores. A Rodríguez le parecía que sus piernas se habían transformado en dos columnas de piedra que lo sujetaban al suelo. Las ideas daban vuelta

rápidamente en su cabeza, produciéndole calor y mareo. Dalia volvió a mirarle, y Rodríguez sostuvo la mirada sin articular palabra. El tiempo pasaba muy lento, con una lentitud atroz: con el tamaño de cada minuto se hubiera podido medir la eternidad. Por primera vez sintió Dalia que, a solas, la presencia de Rodríguez la turbaba. Quiso ir a un extremo del cuarto, y algo la hizo vacilar.

—Bien, exclamó por fin acercándose más a Rodríguez. ¿Tiene algo que decirme?

—Rogarle que me perdone... Y... no pudo terminar la frase. Le faltaba coraje. El sonido de las palabras se ahogaba detrás de la muralla de sus dientes. De haber podido, se hubiera roto los dedos para calmar la inquietud de sus nervios.

Dalia levantó una vez más los ojos: el hombre era bello, fuerte; la sangre caliente le quemaba las mejillas. Toda su actitud revelaba lo que le había dado a conocer ya muchas veces: una gran pasión contenida. Repentinamente y sin darse cuenta, le rodeó el cuello y lo besó en los labios con ansia. Creyeron oír ruido de

pasos. Dalia retiró los brazos y condujo a

Rodríguez hasta la puerta de calle. Éste

se afirmó contra la muralla por un

largo rato antes de poder dar

un paso. Se sentía ebrio

de una ebriedad que

no conocía.

Factores sociológicos

I

VIVIMOS una vida de renovación intensa. Cambios profundos se han operado en las instituciones políticas y sociales. El tradicionalismo ha perdido su imperio. Urge reformarlo todo. Es esta la situación más propicia que haya podido presentarse en nuestro país para que en él puedan germinar y desarrollarse los estudios sociológicos.

En un país que cree que sus instituciones son las mejores no hay posibilidad de que nazcan las investigaciones sociales; no hay para ello el estímulo que da el medio ambiente. Los organismos reguladores del sistema funcionan normalmente. Cualquier tentativa para demostrar su deficiencia o ineficacia caerá irremisiblemente en el vacío.

Tampoco habrá ambiente favorable en un país absolutamente desmoralizado, en donde el pesimismo ha hecho presa de los mejores caracteres; en donde la lucha viril y honrada por la vida y por los ideales ha degenerado en un apocamiento crónico; en donde se ha verificado ese desplazamiento—semejante a la ley de Gresham en el bimetalismo—del gobierno de los malos ciudadanos en substitución de los buenos. Entonces el desenfreno más absoluto será el campo favorable para el triunfo callejero de la estulticia, de la inmoralidad y de la audacia, revestidas de ese ropaje de inocencia y de desinterés que, en las épocas normales, son el legítimo galardón de los ciudadanos.

dignos y probos. En esta situación, las más bellas prendas morales del siglo, la franqueza, el desinterés, la abnegación, el sacrificio, la honradez misma, acallarán su voz en espera de un apocalipsis de las almas.

Entre nosotros esta degradación ha llegado hasta el extremo ignominioso de hacer al hombre honrado sinónimo de bobo; al hombre de estudio, sinónimo de hombre ingenuo. Dentro de un ambiente semejante, tampoco, insistimos, es posible fomentar el estudio serio de los fenómenos sociales.

La justicia inmanente se abrió paso a pesar de todo y ha purificado, si no por el fuego como en los tiempos bíblicos, por una atmósfera letal de desprecio, la corrupción de nuestros hábitos políticos.

Desgraciadamente, las instituciones de un pueblo no se depuran en un espacio de meses. La reforma política de las instituciones no puede venir sino después de la reforma de las costumbres; y este trabajo de transformación moral es lento y penoso. Las ciencias naturales han demostrado, por la ley de la evolución natural, que ninguna variación estable y profícua es posible en el organismo social sin una lenta, continua y oportuna preparación de fuerzas orgánicas latentes y de circunstancias externas favorables, porque el tiempo no respeta aquello que se hace sin él. Sólo el estudio coordinado de las ciencias sociales particulares podrá emprender el gigantesco esfuerzo de reorganizar la sociedad toda.

Y bien, este momento ha llegado.

II

¿Qué cosa es la *sociología*? Este vocablo es una creación de Augusto Comte para designar el estudio científico de la sociedad toda entera. Si el vocablo era nuevo, era porque era nueva la cosa que había de ser objeto de estudio. Un neologismo era necesario. Este—formado de una raíz latina, *socius*, y de otra griega, *logos*, formación viciosa que los puristas han a menudo reprochado—es hoy un término irremplazable. Todos los

idiomas modernos lo han acogido. Representa, por sí mismo, la última disciplina científica que se ha agregado a las ciencias naturales.

No quiere decir esto que antes que Comte la legara como conquista del genio a la posteridad, no haya sido la sociedad objeto de estudio. Platón en su *República* (429-347) y Aristóteles (384-322) en su *Política*, nos han transmitido monumentales observaciones sociales, que todavía sirven de guía en estos estudios. Respecto de Aristóteles nos decía don Valentín Letelier que era el más grande de los genios filosóficos que jamás hubiera producido la humanidad, cuyas enseñanzas él intentaba sólo renovar. En la observación de los hechos, nos decía, todos los observadores coinciden, porque sus investigaciones se refieren a los mismos fenómenos, cualquiera que sea la época de que se trate.

Sin embargo, la precisión científica de estos grandes autores antiguos no era del todo perfecta: adolecía de cierto empirismo filosófico, generalizaciones prematuras, basadas no tanto en la observación misma de los hechos, cuanto en ciertas concepciones del espíritu. Este modo de ser predomina en todas las obras numerosísimas escritas sobre el modelo de la *República* y de la *Política*.

A principios del siglo XVIII, Montesquieu (1689-1755), en su obra *Espíritu de las leyes* cambió el rumbo de los estudios sociales, al declarar en los primeros renglones de su gran libro que «leyes son las relaciones necesarias que derivan de la naturaleza de las cosas», con lo que quería dar a entender que la sucesión de los hechos no tiene nada de caprichoso ni de contingente, sino que se suceden los unos a los otros siguiendo las relaciones invariables de causa a efecto. En el curso de su obra Montesquieu hace extensiva esta excelente definición de ley natural a los fenómenos sociales, al declarar que las instituciones jurídicas de los pueblos tienen su origen en la naturaleza de los hombres y en el medio ambiente en que estos hombres viven.

Condorcet (1743-1794) prosigue estos estudios con el mismo

método en su libro *Esbozo de un índice histórico de los progresos del espíritu humano*, que pone de relieve, desde el título mismo de la obra la ardiente convicción científica de que el progreso se realiza, en toda la humanidad, siguiendo reglas fijas e invariables.

La economía política, nacida con los fisiócratas y consagrada a la vida científica por Adán Smith, David Ricardo, Roberto Malthus y Juan Bautista Say, cree haber descubierto las leyes en virtud de las cuales se verifican los fenómenos comerciales e industriales.

Pero, a pesar de estos primeros pasos en la investigación científica, se volvía, aunque inconscientemente, a la primera concepción que de ella tuvieron los filósofos griegos.

El paso definitivo en el sentido de crear para el estudio del fenómeno social un método verdaderamente científico, fué dado por Augusto Comte (1798-1857). Este, en su obra *Curso de filosofía positiva*, procedió a hacer una revista sistemática y sintética de todas las ciencias constituidas de su tiempo, y comprobó que todas ellas, desde las menos complejas, las matemáticas, hasta las más complejas, la biología o ciencia de la vida, estaban sometidas al determinismo universal, y que la ciencia mental o psicología, también lo estaba. Comprobó, además, que el intercambio de los fenómenos mentales o psicológicos entre los individuos, esto es, los fenómenos sociales que dan origen, en su conjunto, al fenómeno genérico de sociedad, también obedecían en su generación y causación al mismo postulado científico.

Desde ese momento, la sociedad o superorganismo social, deja de ser el aparente juguete de emperadores, reyes, príncipes, gobernantes, parlamentos, políticos, o de otras instituciones sociales. La sociedad va a ser objeto de una ciencia y esta ciencia fué llamada por Comte, *sociología*.

III

En el dominio de las ciencias naturales hay, pues, que con-

tar con una ciencia nueva, a la cual debe aplicársele el mismo método que al estudio de las otras ciencias: la física, la química, la biología. En estas ciencias, el investigador está colocado fuera del mundo que observa, y sus estudios tienden a investigar lo que son en sí mismos los fenómenos, con prescindencia de toda influencia o fuerza extraña. El experimentador responde, en estas observaciones, con bastante exactitud, a lo que, según Max Nordau, debe ser un estudio científico: una pregunta clara que se hace a la naturaleza, a la cual quien debe responder es la naturaleza misma, no el que investiga.

Desgraciadamente, este método de tan aceptada y universal aplicación, tratándose de las ciencias naturales, es de muy difícil y, por lo mismo, de rara aplicación, tratándose de esta otra ciencia natural nueva, la sociología. Inveterados prejuicios nos inclinan a pensar que, siendo la sociedad una cosa hecha por nosotros y para nosotros, todo lo que tiene de real y de positivo, depende exclusivamente de nosotros mismos. Dentro de este criterio no hay manera de constituir una ciencia con la sociedad como objeto de estudio: todo en ello queda entregado a la contingencia y capricho de los hombres.

Augusto Comte y Heriberto Spencer nos quitaron esta ilusión, por la cual tenemos una inclinación espontánea. Desde ahora, el que estudia los fenómenos sociales debe colocarse en el mismo estado de espíritu en que se colocan los investigadores de las ciencias físicas y químicas: substraerse al medio ambiente que lo rodea, hacer tabla rasa de todos los conocimientos imperfectos y *a priori* que ha podido adquirir en el curso de su vida, para responder a exigencias prácticas, sin las cuales no nos habría sido posible manejarnos en la vida diaria, e investigar las cosas sociales como cosas independientes de nosotros, que tienen existencia en sí mismas, fuera de toda influencia personal; y así, los resultados que obtengamos pueden considerarse científicos y aún, en muchos casos, contrarios a las concepciones que nos habíamos formado al empezar el estudio, como ocurre en el estudio de la física y de la química.

IV

Aparte de todas estas grandes dificultades de método, el superorganismo social o sociedad, es una cosa de estudio de lo más complejo, esto es, que contiene en sí mismo una multitud de problemas, a su vez complejos, que es preciso investigar separadamente, en toda su amplitud y detalles. De ahí que el propio Comte haya sentido la necesidad de simplificar su estudio, dividiendo la sociología en estática y dinámica sociales. La primera estudiaría la sociedad considerándola como fija en un momento dado de su existencia, procuraría encontrar las leyes de su equilibrio y el principio de orden de su desarrollo. La segunda estudiaría los principios de la evolución y procuraría encontrar las leyes en virtud de las cuales se realiza el progreso humano.

Comte dedicó a la primera parte de este estudio sólo algunas páginas de su obra monumental. En cambio, a la segunda, dedicó los dos últimos volúmenes. Según él, toda la evolución humana o progreso de las sociedades, está contenida en su famosa *ley de los tres estados*: la humanidad habría pasado, sucesivamente, en su infancia, por la fase teológica, subdividida, a su vez, en tres fases: fetiquista, politeísta y monoteísta. En su adolescencia, por la fase metafísica; y en su edad madura, la actual, habría llegado al *summum* de perfección en sus investigaciones filosóficas: la edad positiva o científica, en la cual los hombres renuncian a investigar las causas primeras y últimas de los fenómenos y se limitan a observar únicamente lo que es, lo que en sí tiene existencia y es accesible a los sentidos. Comte no pierde oportunidad para comprobar sus leyes del espíritu humano. Así, alude frecuentemente al desarrollo progresivo del hombre: niñez teológica, adolescencia metafísica y madurez positiva. Aun su crisis mental la aprovecha para corroborarla.

La posteridad filosófica del mundo ha consagrado a esta gran ley por él descubierta solamente un interés histórico, si

bien es verdad que ella ha abierto horizontes nuevos al espíritu humano. No existe esa escisión profunda en las etapas del progreso del espíritu humano. Ellas coexisten en los diversos grados de su evolución, como cualquiera puede comprobarlo en nuestra propia época.

Comte creyó haber fundado de un sólo golpe la sociología, como se funda un sistema metafísico. Y bien, una ciencia puede decirse que no está jamás fundada. Se va constituyendo por partes, por fragmentos, presentándose el caso, muy frecuente, de destruir el avance hecho hoy el avance hecho ayer, volviendo a empezar la tarea de Sísifo, de arrancar a la naturaleza sus inexpugnables secretos.

V

Si bien Comte es el fundador de la sociología, puede decirse que sólo entrevió el principio de su existencia. Las ciencias se constituyen abordando sucesivamente los problemas que ellas plantean. El continuador de Comte en esta ardua tarea es el filósofo, también francés, Emilio Durkheim.

Discípulo de Comte, Emilio Durkheim sigue sus teorías; pero como buen discípulo, no se limita a repetir las teorías del maestro, sino que innova en el método, amplía las teorías y les da una base realmente científica.

Admite que la sociología, la más variada y la más compleja de todas las ciencias, divida su estudio para resolver gradualmente los problemas que plantea. Esta primera división sería en factor sociológico general y en factores sociológicos especiales. El primero está constituido por el *medio social*, factor colectivo de importancia trascendental, pues en él se moldean y plasman todos los fenómenos sociales. El medio social es la materia sobre la cual se aplican todas las fuerzas vivas de la sociedad; pero que, por sí mismo, no desprende ninguna fuerza viva. En este factor debe comprenderse la base geográfica de los pueblos en sus relaciones con la organización social; la población, su volumen, su densidad, su disposición sobre el suelo. Este factor

constituye el substrato de los fenómenos sociales, la parte preponderante; y de la misma manera que la fuerza psicológica de un individuo varía en armonía con la calidad del cerebro que la genera, la cultura y la civilización de un pueblo están en armonía con este factor esencial.

Pero al lado del medio social como factor general, están los factores especiales, también de orden colectivo, de la vida social de un pueblo.

Entre estos hay que contar, en primer término, la densidad de la población. Un pueblo de población escasa no puede tener grandes progresos, ya sea desde el punto de vista material, ya sea desde el punto de vista moral. Por de pronto, si se considera al hombre no solamente como un factor de riqueza, sino como riqueza en sí mismo, fluye que el progreso material no puede ser muy grande. Desde el punto de vista moral, la población escasa no permite la diversificación de funciones, no permite la diferenciación social, y el hombre, por más inteligente que sea, en un medio uniforme, progresa menos. Esto puede comprobarse fehacientemente entre nosotros, en donde las funciones políticas han absorbido a todos los hombres, y en donde, para ser alguien, ha sido menester ser diputado o senador, o gestor administrativo, esto es, si no político, vivir a la sombra de la política y disfrutar de todas sus deprimentes ventajas. En cambio, las más nobles facultades de un pueblo, aquellas en virtud de las cuales nos dominan todavía pueblos desaparecidos hace ya luengos siglos; aquellas que nos hacen girar como minúsculos satélites alrededor de otros pueblos, las facultades intelectuales, ocupan entre nosotros un lugar secundario. En las ciudades más densas ha podido formarse un pequeño núcleo aristocrático de familias; pero no existe un núcleo aristocrático del espíritu, la más grande manifestación del alma colectiva de un pueblo.

La vida universitaria no existe. Existe, es verdad, un esbozo de universidad, dirigida por el mismo espíritu que guía a los políticos: el arribismo personal, la política personal, cuyo fin mediató es el buen éxito inmediato de alguna persona o de

algún círculo, no el aumento inmediato del acervo intelectual, de la riqueza intelectual en general. En ella, hablar de base económica como condición fundamental para formar el profesorado, ha llegado a ser de mal tono. Esto es tanto más absurdo cuanto que los últimos movimientos políticos han triplicado y hasta sextuplicado los emolumentos de todos los empleados del país. Así, por ejemplo, el personal administrativo de la Universidad ha quedado bien remunerado. Es verdad que los profesores, por una especie de capilaridad administrativa, han tenido un deleznable pequeño aumento, sin que este fenómeno se deba a nadie en particular, a ninguna influencia personal. En nuestro país predomina, pues, la política y el burocratismo, de ahí que el simple papeleo administrativo sea considerado más digno de compensación que los valores y esfuerzos intelectuales.

Este manifiesto y vergonzoso atraso entre nosotros, se debe al hecho que vivimos en una *gran aldea*, no en un gran pueblo, grande no sólo por el número de sus habitantes, por la densidad de su población, sino también grande por las emanaciones que irradia un pueblo denso y diferenciado.

VI

Ahora, dentro de este factor especial, cabe considerar otros factores también especiales. Son éstos ciertos modos de pensar, de obrar, de sentir colectivos. Ciertos modos de pensar, como las manifestaciones religiosas, sistemas filosóficos, conocimientos científicos, opinión pública. La religión, sobre todo, reviste una importancia e interés especial, por el relieve con que se destaca en los pueblos en que predomina una confesión sobre las otras, como ocurre entre nosotros con la religión católica. La religión católica la encontramos al nacer, sin que nos sea posible, en alguna medida apreciable, substraernos a su influjo. Algunos Estados se califican por la religión que profesan, así la católica España, confundiendo, de esta manera, el concepto de Estado con el de Iglesia.

La opinión pública es ese estado intangible, vago e inorgánico que se siente y pesa en el ambiente social, sin que alcance a tomar una forma concreta. Es la manera de pensar de la gente honrada, noble y buena que vive al margen de la disgregación social, esto es, de la política. En los pueblos de una gran cultura y en los pueblos de regímenes políticos nuevos, se concreta este modo de pensar flotante en las ligas sociales y en la prensa. Entre nosotros, la prensa está en manos de los comerciantes y al servicio de los intereses creados individuales. No se hace eco de la opinión pública, sino después de reflexionar maduramente que su actitud no va a lesionar ningún interés económico, ningún interés personal. Tiene oídos para no oír la poderosa voz de la reflexión, de la razón social. Tiene, sí, conciencia de lo que debiera ser su misión social. Ella se manifiesta en el hecho de haberse plegado a una institución de carácter público para crearse un seguro de vida, beneficiándose de las primas de seguro que pagan todos los empleados públicos y que la prensa por sí sola, en su vida de negocios, no fué capaz de crear. En esta institución los empleados públicos pagan a las tres cuartas partes del precio del seguro y tienen derecho a un retiro después de cuarenta años de servicios. Los periodistas no pagan sino la cuarta parte y pueden retirarse a los veinticinco años. Los empleados públicos no han podido defenderse de esta *moral periodística*, por su estado de desorganización, aún de pulverización en que los mantiene el Estado, y también, justo es decirlo, porque no tienen un órgano de propaganda que les sea propio.

La opinión pública, además, desempeña ya un gran papel en la solución de los conflictos graves sociales, nacionales o internacionales, echando su peso en la balanza en la parte que tiene la razón y fallando así el pleito como un árbitro omnipotente.

Ciertos modos de obrar colectivos, como los hábitos, los usos, las costumbres, la moral, el derecho. Respecto a la moral, la sociología científica plantea en principio que los hechos morales son hechos sociales y que el mismo método debe apli-

carse tanto a los unos como a los otros. Los hábitos, las costumbres, las leyes, deben ser considerados objetivamente, como fenómenos naturales, regidos por las mismas leyes de la naturaleza física.

El derecho, que tiene su base filosófica en la naturaleza de los hombres y en el medio en que estos hombres habitan y que, en concordancia con sus fundamentos, es una cosa social viva, que evoluciona, que se adapta a las necesidades sociales nuevas que van surgiendo, en la misma medida que lo hace un organismo individual vivo, es el exponente de la cultura política de un pueblo y la condición *sine qua non* de la convivencia humana.

Ciertos modos de sentir, como la tolerancia de las ideas contrarias, el humanitarismo. La tolerancia a las ideas contrarias es el respeto a la sinceridad del prójimo. Si yo soy sincero fluye que debo respetar la sinceridad en mi contrario y convertir mi modo de ser, de elemento de lucha, en elemento de convivencia social. La tolerancia es la inflorescencia de la cultura de una colectividad, siempre sobre la base inmovible de la sinceridad.

El humanitarismo tiende a evitar, a toda criatura viviente, todo sufrimiento injusto. Es la base de la solidaridad humana en su aspecto de superorganismo social. El amor a nuestros semejantes, la compasión por los desvalidos, la caridad, la filantropía, la repercusión del dolor de uno solo en muchos, la práctica de la regla moral de Manuel Kant, según la cual debemos considerar al semejante nuestro como teniendo un fin en sí mismo y nunca como un simple medio para incrementar nuestros goces, parten de este movimiento, que sintetiza, en su más amplio simbolismo, toda nuestra civilización cristiana.

Las leyes llamadas naturales de la economía política sobre la producción y el reparto de las riquezas, han sufrido, mediante la consideración científica de este último factor de la evolución social, un grave quebranto, dando origen a la creación, en todas las universidades del mundo, de la economía social, cuya finalidad es corregir, precisamente, la brutalidad de

las leyes naturales en el reparto y la producción de los bienes humanos.

Resumiendo, tenemos el medio social como factor de la explicación sociológica, dividido en factor general y factores especiales. Hipólito Taine, al procurar aplicar el método científico de las ciencias naturales a las producciones más diversas del espíritu humano, tuvo la intuición genial de la explicación científica de los fenómenos sociales, método del cual Emilio Durkheim es el gran expositor moderno.

Puede avanzarse que si Augusto Comte es el creador de la sociología general, Emilio Durkheim es el creador de la sociología particular. La investigación científica de todos los factores sociológicos, aisladamente considerados, debe dar lugar a esa ciencia de orden puramente especulativo, todavía brumosa para muchos, de la sociología general.

Goce magno



ORONA... He aquí que, al fin,
la suerte me obsequia una corona
viva que eres tú.

Tú, oh! esperada, margarita inocente.

Ojos de la extraña agua verde
que beben los que buscan la muerte.
Manos de la misma tierra entusiasta
con que los hombres hacen cántaros para la leche.

Tú eres ahora mi corona.
Para mí te hicieron los que te llenaron la boca de besos
y tejían rizos cuando estabas pequeña.
Para mí, que venía hacia tí desde hacía diez años
con estas preguntas en la frente anhelante:
¿Conoce Ud. a la que cuando llora
se hace la noche en la ciudad de los extranjeros?
¿A esa que sonríe para que los trigales
maduren dos veces antes del invierno?
¿La que cuando suspira
detiene el agua de los manantiales?

¿La que canta en las sombras
para que dancen locas las perdidas estrellas?
Anda siempre leyendo debajo de los sauces...
¿No la ha visto sentada con un haz de crepúsculos
en la mano derecha? Ah! si está en todas partes.
Están ciegos Uds. ¡Debe estar esperándome!
Nadie me había dicho que tú tenías la cabellera
del color del otoño pasado.
Nadie me había dicho que tus manos dentro del guante
se parecían a las abejas en el estuche de los copihues.
Nadie me había dicho que, al hablar, tu boca
se llenaba de la música de los naranjos floridos.
Nadie, oh! magnífica, me había hablado
de estas cosas de tu vida.
Pero yo lo sabía todo. Oh! sí, yo lo sabía todo.
Cuando naciste, el sol entraba en Piscis
y dicen los signos del zodiaco:
mujer nacida en este tiempo
a los treinta años hallará al esposo.

Tú eres ahora mi corona.
Corona de alegría
y esperanza de arribo en el mar insondable.
De beso en las callejas en que se citan los amantes.
De recuerdo en las noches, cuando afuera,
agua y nieve,
relumbra la herradura del viento.
De nostalgia en los rincones oscuros
donde los azules marineros noctámbulos
abrevan una droga rubia
que le cambia el color a la vida morena.

Tú eres ahora mi corona.
De oro como las que llevan los reyes
y eterna como las que les ponen en las batallas
a los que caen con una espada en el pecho.

Dulce corona, pura,
segura y llena de la algarabía
de los pájaros que por fin divisan el alero propicio.
Rosada y sutil como las flores que hay en las porcelanas
de las lámparas.
Santa y mía como esta tristeza que es mía,
y esta esperanza que es mía
y esta mano tuya que es mía
cuando me hace señas en tus ventanas.

Corona del amor, la palpo y beso
hoy que recuerdo tus palabras:
«Ese hombre nos está mirando».
También nos miraban las estrellas.

Corona del amor en la sombra de esta tarde
en que mi alma te implora:
tu boca aquí en mi boca,
como la boca de ese trashumante
en el borde del vaso en que beben la alegría y la aurora;
tu mano aquí en mi mano, como la mano
de la infanta que en un retrato juega con las palomas.

Hermana sueño

1.—LOS ÁLAMOS

L amanecer nítido enjugó fríamente la última estrella-lágrima. Sobre el campo verdoso, las sombras escurridizas. El flojo cerco de los cerros.

Apenas disfundida en la alta oquedad despierta la primera mancha de cobalto, el aire, en el afán de jugar a los horizontes y robar alguna pequeña onda azul, cargó alborozado contra la alameda gigante que entraba en el fundo desde el camino público. Fué la unida legión de brisillas de la primera alegría al sentir que el sol está vivo, el viejo sol, y subirá pronto. Los álamos balbucieron aun dormidos, en sus estrechas paralelas rígidas y quietas, blandos murallones. Y, sobrecogidos, seniles y trémulos, despertaron, balbuciendo aquello mismo: una dicha que era pavor. Siempre la bandada juguetona los encontraba dormidos, en empaque mustio. Pero ellos, simples y humildes, y hasta tocados de bondad, no se hubieran rebelado. ¿Con qué valor?

—¡Vaya!... Qué bromita, criaturas. Alegres, muy alegres, las brisillas. Buenos días... Ya estamos despiertos... Buenos días.

Uniformados de sombrío verdor, hacen ligeras inclinaciones con sus copas a las brisillas curiosas y rientes. Pero ya huye la alada legión y se reparte hacia los horizontes, porque es la hora del aventurado juego. Los álamos, sin embargo, piensan que las entretienen aún entre ellos, y les murmuran:

—Ustedes, criaturitas, ¿no esperan al Sol?

Pero luego callan. Su estirada vejez es medio insensible en la primera hora de su despertar. Al fin sospechan que están solos. Estrechos y altos—podridos lanzones apretujados y flojos, desde el gran camino hasta la tranquera interior,—los álamos aguardan con sumisión igual y uniforme el claro derrame dorado que pondrá en todo ser una vívida dulzura.

Los hombres los saben indistintos y débiles, vulgares y engañosamente erguidos en sus troncos, lamida suavidad gris. Sus formas, sin un capricho, lejos desmesuradamente de aquella agigantada soberbia de los robles que amenazan al cielo con su greña fina, y de la gracia enhiesta de los coigües de cumbre dispersa. Los hombres los enfilan, los juntan en las llanadas, y los peores vientos se divierten con ellos, los humillan, les hincan el terror, los tronchan, los desgarran.

El álamo que bastardea en la falda o la quebrada, muere de soledad. No es fácil que se crispe alguna vez, si la savia corre y se levanta, fiera de fatalismo, a henchir su tronco harapiento y lastimoso, y su mezquina ramazón estirada. El álamo no ruge, no puede; gime o murmura, es todo. Sólo desea que lo dejen vivir... ¿Pero cómo decirlo? Es el sordo, el pristino deseo. Y confesarlo sería tentar a lo inesperado!... He ahí, pues, el terror. Los álamos tienen cada noche un sueño negro en que escarabajean horribles sorpresas.

La legión que se prepara a aventurar los sobresalta de muerte en el despertar, día a día...

2.—HERMANITA RADIANTE

El sol al ras de los cerros. Las mil puntitas de oro de los álamos. Neutra claridad, abajo; el sombrío uniforme de la alameda.

Las ágiles vecinas comenzaban a mirar aquella hojita aun dormida al extremo de la frondosa varilla apuntada a lo alto. Conmovíalas el profundo sueño la viva palidez que manchaba

su afinada punta. Habíanla distinguido siempre con ligera insolencia de seres bien nutridos, sanos y perfectos. Era debilucha, aunque su gracia, bajo un rayo de sol, ninguna hermana pudiera alcanzarla, por sutil que fuera la onda en que mecerse.

—¡Hermana sueño!—gritó la más próxima.

Así la llamaban desde un día en que el sol estuvo cerca de sorprenderla insensible y pesando, rociada por la ventisca reciente, en el fino peciolo. Desde ese día, la hermana Sueño salía de su letargo sólo en el instante de recibir el primer toque de sol.

El grito de la hermana próxima fué luego de todas, primero risueño y burlón.

—Hermanita Sueño... Hermanita remolona.

Pero su palidez las aterró y tácitamente redoblaron el llamado, pues querían saber... ¿qué?; ansiaban tenerla con ellas en la jubilosa espera matinal. Ráfagas.

—¡Hermana Sueño!—fué el clamor.

Se estremeció la pequeñita, temerosa. Las hojas, en ansia, notaron que el despertar era lánguido y que ninguna, ninguna otra sino ella perdiera el firme y bruñido verdor donde el aire dorado deshacía su oleaje de fulguraciones. La luz bajaba por los álamos, queda—su pompa sideral e impasible,—y los millones de hojas temblaban en el milagroso baño, joyantes y medrosas.

La hoja vieja, donairoza aún, aprovechó su vaivén para asomarse al interior de la alameda. Buscó en vano otro tachón de oro. No pudo, entonces, callar un segundo más.

—La hermana Sueño está perdida—dijo con fuerza; y majestuosa se inclinó en la quietud mullida que dejara un golpe-cillo de viento.

Las demás, abismadas:

—¿Está perdida?

—Condenada a morir—explicó la mayor.—Todavía no somos viejas y nuestro padre es fuerte. ¿Ustedes no creen? Yo digo que la pequeña no debe morir. ¿Qué dicen, criaturas?, ¿qué murmuran?

—La hermana Sueño estará enferma un poquito, nada más—
gimió otra, esbelta, con sosiego.—¿No puede haberla pinchado
algún elemento travieso? Ella no morirá. Nuestra muerte aun
está distante. Pasará el verano, y entonces...

—¡Cómo charlas!—gritó la mayor.—Olvidémonos de nosotras,
y a saber qué tiene la hermanita!

—¿Será enfermedad?

—No; es un misterio. No conocemos otra cosa que nuestro
verdor, grato al Sol. Somos felices; pero, en verdad, aquello
que no nos explicamos ha de amedrentarnos.

—Somos sencillas y felices. No temamos, que lo de nues-
tra pequeña será sin duda algo de vida, de más vida, y no de
muerte o de mal.

—Sí, esperemos. Hermana Sueño ha despertado, es cierto,
muy triste. Esperemos. Ya el Sol nos alcanza.

—¡El Sol! ¡el Sol!—en murmullo fervoroso.

La pompa y gracia del sol. Las hojas—sus caricias—atur-
diéndose más y más. Posesión honda y trágica de los seres
sencillos. Hermana Sueño balbuce sonriente y olvidada. Ella va
a morir; lo sabe y sabe también el porqué. Además lo mez-
quino de su materia, en eterna languidez junto a la dicha cons-
tante de sus robustas hermanitas, ha tocado su sentido de la
muerte, apenas naciera. Es la más débil, pero esta luz neutra
de su vida la serena progresivamente de todo terror.

—El Sol te anima, pequeña—acudió la mayor.

Y las otras:

—¡Sí, estás alegrel

—¡Y graciosa, más que otros días!

—Esa palidez te llena de luz. ¡Miren niñas, está bella!

—¡Oh! ¿por qué?

—Ah, yo tenía razón. Esperemos, les decía. Pues, mirenla.
Está claro que eso es cosa de la vida. Porque a ver, ¿qué es
la muerte?

—¿La muerte?, ¿la muerte?... Yo tengo miedo a la muerte,
como nuestro padre el álamo, y como él yo no sé qué guarda
esa espantosa palabra. ¿Y la vida?

—Bahl la vida! Yo siento la vida. ¿Y el Sol?

—Yo siento el Sol. La, la, la, laaa...

—El Sol... el Sol—murmuran en quietud; y de súbito todas se inclinan en el aire aplumado por brisas que llegan y huyen. La viva oquedad celeste. Tierra intensa de primavera.

En la quietud, la hermana Sueño fija su sonrisa de oro y canta quedo:

—Voy a morir, hermanas.

—¡Local... ¡Hermana Sueño! tú vives vida de belleza. ¿Oyes? Tú sabes lo que es eso. Estás creada de una nada de materia y de mucha luz. Te amamos porque eres tierna y grácil y tienes la única belleza. ¡Eres sólo tú!

—Locas—sonríe la pequeña.—Son sencillas ustedes y tienen la vida pura. ¿Para qué sirve la belleza si lo demás se ha descuidado? *Los seres sencillos y aquellos profundos y grandes se entregan, y aún saben pedir la muerte.* Ustedes no la temerán.

—Maravillosa hermanita—cuchicheó una a su vecina.

—Es la hermana radiante. ¿Dice que los sencillos y los genios?...

—Eso dice. Es la verdad.

—Es la belleza, primero.

—Pequeñita, joya de Sol—dice la mayor—, dime si ayer el Dios te encontró dormida, porque, cierto es, nosotras no te despertamos; ¿recuerdas?

—Sí; el Sol me halló dormida, hermana.

Silencio. Al pie—luz—de los álamos, el potrero.

—Tuve un sueño, hermanita, y por él sé que eso es la muerte. El Sol toca de muerte a aquella que no lo aguarda despierta y ferviente... ¿Este sueño lo tuve porque ibas a morir?

La pequeña Sueño, iluminada y grácil, es leve llama de oro danzando en el vago abismo del aire. Llegó, quién sabe de dónde, una ráfaga fresca que doblegó la inmensa alameda al Sol. La pequeña oyó en su ser ya tenue, un como lejano chasquido.

Desprendida, picó un segundo en el aire y quedó meciéndose a distancia.—Sus hermanas: la mudez del ansia desconocida.—Bajó sin apremio en el suave abismo, juguetona de gracia y de luz. Su sonrisa clavada al Sol.

Fernando Binvignat

Poemas de La Luna de Oro

NOCTURNO



NCLA la noche en la ciudad
su navío de sombra y de misterio.
Velero gigante de leyendas románticas,
fabuloso velero,
que viene de las islas
divinas del ensueño.
En sus bodegas grises
guarda el tesoro de los soles muertos
y la riqueza incomparable
de los crepúsculos de Enero.
En sus mástiles azules
las estrellas son faroles geométricos
y en el palo mayor la luna llena
es un farol inmenso,
y cuando se hace al mar,
se hincha como dos alas el velamen del cielo.

Viene todos los días
cuando la tarde extingue sus incendios
sobre las viejas montañas.

Entonces la ciudad como un puerto
se llena de luces y de rumor de mar.

La noche atraca su velero.

Los poetas y los vagabundos
son sus marineros.

Su capitán
es el silencio.

Armando Donoso

Simple conversaciones con Ortega y Gasset

A bordo del «Manuel Arnús», en el mes de Febrero de MCMXXVI

¿Era esto la vida? ¡Bueno, venga otra vez!
Nietzsche.

EN la vida intelectual de José Ortega y Gasset ha presidido un sino venturoso: fué el infante afortunado que encontró, desde la hora matinal, fácil para sus triunfos el camino de terciopelo. Y aunque la ancianidad no ha blanqueado aún su escasa cabellera, ya la leyenda comienza a aromar la crónica de su existencia: así leemos en la más abultada de las enciclopedias, la historia prodigiosa de esa inteligencia cual una revelación milagrera. Según ocurre en los rancios santorales, recuérdanse allí sus días de aprendizaje en cierto colegio malagueño de Miraflores del Palo, tal la anunciación de un alba para la cultura. ¡Cómo aprendió su latín y su griego, arduas disciplinas, entre doctas sotanas, en esa edad en que los boquirrubios sólo se preocupan en urdir bellaquerías detrás de las puertas, así lo decía don Luis de Argote y Góngora!

Años de aprendizaje de Fausto, antes que de Wilhelm Meister; de un Fausto ayuno aún de su necesario Me-fistófeles, se nos ocurren más tarde, ya entrado el mozo en su provecta gravedad, los del flamante bachiller que va en busca de su doctorado, portando bajo el brazo aquella primera tesis

«*El Milenario*», que tan bien debía cuadrar con su frente preñada de doctos pensamientos.

Corrían aquellos años de triste pesadumbre para la vida española: la guerra de Cuba había liquidado toda la herencia de un siglo y algo insospechado, renuevos vigorosos, hinchaban las sementeras de la cultura. Los primeros libros de Baroja, de Azorín, de Valle Inclán, de Juan Ramón Jiménez andaban ya exhibiéndose en las vitrinas, asustando burgueses con sus portadas llamativas y con esos títulos que eran las únicas ejecutorias de talento, que el Max Nordau de «*Degeneración*» les concedía a los nuevos.

El primer lustro del nuevo siglo prometía fructuosas cosechas para el futuro. Por aquellos años, verde primavera del espíritu, llegamos a Madrid, cuando aún no se iban del todo los de la generación pasada: Valera con su triste ceguera; Núñez de Arce silencioso en sus laureles; Echegaray cubierto de condecoraciones; Pérez Galdós anciano, concibiendo sus postreros *Episodios*; Menéndez y Pelayo encerrado en su biblioteca; doña Emilia Pardo Bazán recibiendo los homenajes de su eterna y agradecida Galicia. Lo nuevo, la revolución, llamábase entonces, a pesar de ciertos entusiasmos del autor de «*Pepita Jiménez*» y de ciertas complacencias del agudo Clarín, Rubén Darío con sus «*Prosas Profanas*»; Baroja, el de «*Vidas Sombrías*»; el Unamuno de «*En torno al casticismo*»; Azorín, el de «*Charivari*» y «*Soledades*»; simples revolucionarios ideológicos en sus comienzos; Valle Inclán con sus «*Sonatas*»; Juan Ramón Jiménez, autor de «*Ninfeas*»; los Machado, muy castizo Antonio, muy verlaineano Manuel.

Darío, maestro de tal hora y entre esa generación, lirico mayor que bien conocía los secretos de la orquestación wagneriana, fué el primero que descubrió a América la nueva España; a través del puente de plata que le tendieron sus crónicas, pasaron uno a uno los nombres insospechados, que eran las banderas del arte nuevo peninsular. Antes que él sólo Clarín, que les había franqueado las puertas de los Pirineos a Zola, Baudelaire, Carlyle, y Valera, inquieto de cosmopolitismo, habían

presentido la eclosión de esa primavera, que iba a florecer plenamente después de su muerte.

Era la hora del simbolismo, el llamado de Verlaine y de Lutecia, a pesar de Moréas, sepulturero oficial de los cenáculos de Mallarmé. Sin embargo, el cuerno de Tanhäuser ganaba también sus adeptos, invitando al viaje que había hecho antes Sanz del Río en busca de Krause. Educadores, estudiosos, oponentes a futuras cátedras de filosofía, iban en la peregrinación necesaria que atraían los centros universitarios tudescos, renovando las dilecciones gratas a Giner, Salmerón, Azcárate y Castro.

Flamante en sus devociones especulativas, empollado en las enseñanzas de la Universidad Central, en pleno ambiente krausista, Ortega y Gasset partió a Alemania para completar sus estudios de filosofía: estuvo en Leipzig, Berlín, Marburgo. Así como Jena tenía las enseñanzas de Eucken, Leipzig la soberbia cátedra de Wundt, Marburgo atraía a todos los kantianos. Allí estaba Cohen, expositor insuperable de las doctrinas del maestro de la «Crítica de la Razón Práctica».

Años metódicamente disciplinados en el ejercicio de la filosofía crítica; de absoluta consagración al estudio, que el joven universitario iba a aprovechar muy bien, antes de regresar a Madrid. Kant preside en su formación intelectual durante esos dos lustros, como no sin cierta ironía lo iba a recordar más tarde, en el homenaje al maestro: «Durante diez años he vivido dentro del pensamiento kantiano: lo he respirado como una atmósfera y ha sido a la vez mi casa y mi prisión. Yo dudo mucho que quien no haya hecho cosa parecida pueda ver con claridad el sentido de nuestro tiempo. En la obra de Kant están contenidos los secretos decisivos de la época moderna, sus virtudes y sus limitaciones.» Sin embargo, después de haber vivido en esa casa y en esa prisión, renegando de todo espíritu misoneísta, se complacía en haber abandonado la filosofía kantiana, siéndole grato en cambio volver a visitarla, como se va en día de fiesta al jardín zoológico para ver la girafa.

Siempre fué excelente escuela para el carácter y el estudio la

universidad alemana, en cuyo seno la influencia modeladora del maestro y del libro se traduce en el mejor estímulo mental; y sobre todo esa universidad del siglo actual, que ha sido la grande renovadora en la filosofía y en las ciencias, en los momentos en que hacían crisis total las escuelas positivas. Era aquella, pues, una hora harto propicia para la curiosidad de un espíritu tan bien dotado como el del joven universitario español: el movimiento criticista nacido después de Cohen, de Wundt, de Eucken, cuando aún no apuntaba la sociología spengleriana, iba a influir decisivamente sobre Ortega y Gasset. Las lecciones de Scheler y la crítica del psicologismo de Hüsserl, le sorprenden en el momento necesario en que pueden decidir una influencia directiva sobre su concepción de la realidad: «la verdad, lo real, el Universo, la vida—como querais llamarlo—se quiebra en facetas innumerables, en vertientes sin cuento, cada una de las cuales da hacia un individuo». Hay en ese momento, detrás del kantiano formado en las lecciones del anciano Cohen, un despunte de la tendencia que luego va ser directriz en toda su ideología: el perspectivismo. Ya lo va a probar, más tarde, cuando afirme que es preciso abrirse a la convicción de que el ser definitivo del mundo, no es materia ni alma, ni cosa alguna determinada, sino una perspectiva.

Es el momento espectacular en que se ha liquidado un sistema, el de todo un siglo, que fué el de la filosofía positivista: los últimos cincuenta años de la pasada centuria sólo contribuyeron a cancelar toda noción medianamente clara de filosofía: «Después del siglo X, dirá Ortega y Gasset al presentar el libro de Voländer, no ha habido etapa histórica en que Europa poseyese menos sensibilidad y saber filosóficos que en los cincuenta últimos años del siglo XIX. Esto ha producido el caos mental que ahora, con sorpresa, encuentra a Europa dentro de sí. Y es que la cultura de los especialistas crea una forma específica de incultura más grande que otra alguna». Pero el siglo XX ha vuelto por la buena tradición, procurando concebir en su esencia pura la verdad, buscándola en su sentido absoluto. La sensibilidad perceptiva nos permite crear conceptos, de manera

que la realidad de las cosas que creamos, está determinada al sujeto que la percibe. El problema de la realidad en sí, de la realidad absoluta, será siempre una incógnita impenetrable.

Toda perspectiva que se proyecte hacia la realidad la sorprende bajo un aspecto cambiante, en alguna de sus facetas, en su relatividad natural. ¿Acaso el propio Einstein no ha probado este aspecto neto del perspectivismo? La realidad no puede ser absoluta, pero sí el conocimiento que podemos llegar a tener de ella; vale decir, la realidad está en las cosas que tienen sus diversos aspectos, su perspectivismo: lo real se proyecta en facetas diversas hacia el individuo.

Más dichoso que Ulises, que no añoraba su Itaca después de escuchar el canto de las sirenas, pudo regresar a esa España en la hora oportuna Ortega y Gasset, a la España de la pre guerra mundial, allá por los comienzos del tercer lustro del siglo. Nada fundamental había cambiado en la vida intelectual de la península: la política, las letras, los hombres. Como Descartes después de su viaje a Alemania y a Holanda, volvía Ortega a su Madrid, animado por un soplo de noble primavera.

Muerto Salmerón, gana las oposiciones a la cátedra de metafísica en la Universidad Central y ese es el punto de partida que abre la más digna de las etapas en la vida cultural española de este último tiempo. Un poco solitario, armado con todas las disciplinas de la sabiduría, con una dignísima tradición burguesa tras él (ese burguesismo en el cual va a repudiar más tarde el sentido de la democracia: «el hombre moderno es burgués», dirá en su ensayo sobre Kant); muy superior a los otros por los dones de su cultura excepcional; aprendiz de filósofo donde la filosofía no se daba como flor en campos propicios; artista de gustos nuevos, dueño de un estilo elegante, flexible, modernísimo, rico en ideas, así el árbol que ha recogido todo el sabor de una tierra opima, era un poco el esperado, el genio de su hora en un medio propicio.

No conoció la época del aprendizaje porque nació flamante y completo de las aulas tudescas, como el símbolo de la diosa en la mente jupiteresca. Antes de escribir su primer libro, gozaba

de la reputación de joven maestro. Era el más europeo de los españoles y, al tornar a Madrid, pudo sentirse el más español de los europeos: «Regeneración es inseparable de europeización» pudo escribir por ese entonces, soñando como Clarín en franquear las ventanas de los Pirineos.

Sus primeros libros suenan a epifanía: aquellas «Meditaciones del Quijote», que nada dicen del hidalgo pero tanto de su espíritu; los ensayos sobre Renan y otros escritores, ya españoles, ya extranjeros; los dos volúmenes iniciales de «El espectador», revelaban a un artista singular, en quien el pensador y el escritor de sensibilidad refinada, movían a colocarle entre esos doce pares del intelecto europeo que recordaba Curtius.

Después de las controversias por el arte nuevo, reñidas por las generaciones de Rubén Darío y Valle Inclán, el advenimiento de Ortega y Gasset traía un aspecto de novedad hartó más plausible, capaz de hacer olvidar a aquél, como bien pronto iba a ocurrir. Ortega no reclamaba el siglo dieciocho, versallesco, ni las galanterías de Casanova: su pensamiento y su estilo eran bien modernos, sueltos, fáciles, actuales. Comenzaban a tener la gracia del cubismo, la soltura del baile ruso, un poco del Stravinski de hace diez años, y la audacia de la física einsteineana. De tal manera lo mejor en su arte fluye en facilidad, en virtuosismo: juega con las ideas como con hojas afiladas y huidizas; baraja las metáforas y a veces se nos ocurre un sofista empeñado en un fácil acértijo de probanzas y aciertos. Prestidigita como ninguno, en un ilusionismo que a veces se encarga en desvanecer con una afirmación. Por lo demás él mismo ha dicho que el arte es un juego, un simple juego: «Ahora que se irá viendo hasta que punto el arte no es cosa seria, sino más bien un fino juego exento de paletismo y solemnidad».

Para él parecía no tener secretos la cultura, porque tan bien puntualizaba la valorización de las doctrinas de Kant como comentaba a Spengler y a Proust o revelaba a Frobenius y a Simmel, ese Simmel cuya influencia no deja de orientar un momento de su evolución intelectual, aquella de las *Meditaciones*

del marco. Sin embargo, cosmopolita, supo no dejar de ser español, vale decir un peninsular que, estando tan cerca de Europa, no quería olvidar el preeuropeísmo africano que señaló Keyserling. No es el sentido de la barbarie, algo de esa africanización de los sentimientos que un día le reprochó a Unamuno, sino lo que Frobenius encontró en las culturas desaparecidas como carácter y sabor autóctonos. En lo cual él buscaba ese algo característico de la hora actual, que se desvive por las culturas humanas más remotas, llegando a pensar lo que Schulten rastreaba en Tartessos y Schiemann en Troya. Así, lo que intentaban Frobenius o Spengler fué un excelente trampolín para las nuevas posibilidades ideológicas de Ortega y Gasset. España debía también ser ubicada como cada grupo en el sitio preciso que le corresponde en la historia, previa reconstrucción de la estructura que ha tenido en su evolución. Y en este sentido, al justipreciar o al afirmar, sus palabras se revestían de un tono autoritario, perfectamente nietzscheano: el espíritu lógico lo impulsaba muy lejos. España no ha tenido grandeza como nación, ni grandeza como cultura, porque purga en ello su defecto de origen, de constitución; no en balde no floreció en ella el feudalismo, al que deben otras naciones lo mejor de su grandeza. Además, en el reparto de las invasiones germánicas a España le tocaron en suerte los visigodos y no los francos, cuando los francos eran los germanos puros, los buenos, los nobles. Es decir, España pudo disfrutar de la herencia pensante que perdió con el visigodo, quedándole tan sólo el visualismo latino, que iba a determinar su carácter secular. En ese dualismo llevó la peor parte: el latino sensorial y el germano meditativo. «¿Qué es meditar comparado con ver?» Hay cumbres en el pensamiento renacentista como Descartes, en quienes se pueden reconocer todas las virtudes salvo la claridad. En cambio «Leibnitz o Kant o Hegel, son difíciles, pero son claros como una mañana de primavera. Giordano Bruno y Descartes, tal vez no sean del mismo modo difíciles, pero, en cambio, son confusos». Una figura representativa del intelecto mediterráneo es Juan Bautista Vico: «no puede negársele genio ideológico, pero quien haya entrado

por su obra, aprende de cerca lo que es un caos». Y mientras los pueblos de la Europa meridional no han hecho sino contribuir a desvirtuar la débil herencia latina, el alma alemana encierra la más elevada interpretación de la cultura europea, cuya clásica aparición hallamos en Atenas. «Gracias a Alemania tenemos alguna sospecha de lo que Grecia fué: no nosotros, ellos con su proverbial pesadez, con su lentitud, con su cerveza, con su castidad».

Arduo problema por resolver sería este del latinismo y del germanismo que, en cierto modo, planteó un olvidado sociólogo francés, con razones no exentas de puerilidad, hace algunos años, cuando la moda anglómana buscaba en París una correspondencia a las *ententes* políticas. Sin embargo, Ortega, en acto de terminante profetismo spengleriano, sanciona el carácter inferior del mediterráneo peninsular, de suyo enemigo de toda innovación, entregado a un inconsecuente misoneísmo: aceptar lo nuevo es humillarse; supone reconocer que no se es perfecto: «Al español castizo toda innovación le parece francamente una ofensa personal».

Acaso una razón tradicional explica la peor enfermedad que padece España: el orgullo que imposibilita ese hecho primario social capaz de fundar una organización en dirigidos y directores. Lo cual supone en unos cierta facilidad para dejarse dirigir y en otros capacidad para dirigir: «donde no hay una minoría que actúa sobre una masa colectiva, y una masa que sabe aceptar el influjo de una minoría, no hay sociedad, o se está muy cerca de que no la haya».

La objeción fluiría fácil contra ese supuesto dominio de las masas en un país donde el pueblo vive yerto bajo la inercia, dispuesto a aceptar cualquiera autoridad, desde la de una clase privilegiada explotadora, hasta la de un rey sin autoridad o de cualquier mandonzuelo audaz.

Antidemócrata, por aquello de lo plebeyo, Ortega cree sentir en su España la tiranía insufrible del espíritu bajo: «tenemos que agradecer el advenimiento de tan enojosa monarquía al triunfo de la democracia. Al amparo de esta noble idea se ha deslizado

en la conciencia pública la perversa afirmación de todo lo bajo y ruin. ¡Cómo teme, cómo repudia esa democracia exasperada en religión, en arte, en el pensamiento, en el corazón y en las costumbres! Bien por el filósofo que vive en su torre y, de tarde en tarde, se asoma a sentir el vaho ya frío de la vida, que sube hasta él, mientras abajo está el dolor que se debate, porque sobre él pesa una injusticia secular. El filósofo querría enmendar con caridad lo que la caridad no podrá sino violentar. Ese sentimiento de la democracia que Ortega suscita, se le aparece como una degeneración de los corazones, cual un error: el caso de un hombre que veía pasar una marquesa en su carroza, en 1789, y se extasiaba en la contemplación de ese lujo y de esa distinción, era el caso de uno de tantos pobres de espíritu incapaz de justipreciar el sentido de la más abyecta de las supervivencias expoliadoras. ¿Cómo gozar de una belleza que sabemos está amasada con el sacrificio, a costa de quién sabe cuántas tristezas anónimas? Pero ¿sería preciso, una vez más, para explicarnos ese 1789 justiciero, volver a los primeros volúmenes de Taine, quien al fin y al cabo también algo tuvo de parte interesada? ¿Cómo pedirle al mísero atorrante que se alegre de la ajena magnificencia mientras ahoga sus angustias y sus hambres y mientras su sensibilidad apenas le permite darse cuenta de sus simples apetitos? Ortega, hombre de universidades, tipo del intelectual frío, egoísta, incapaz de abnegación cordial, no puede sino vivir lejos del hervor vital, olvidándose cada día más de las miserias de esa España suya, que se empeña en ignorar con soberbia, con la soberbia del que olvida demasiado su medio burgués en peregrina succión hacia las clases privilegiadas.

Mas nos llevaría muy lejos la fuga de estas glosas, si quisiéramos puntualizar el discurrir elegante, lleno de gracia tortuosa, de este pensador, tan ágil, tan inconstante. Su obra resume la expresión más nueva en las letras actuales: el espíritu de síntesis, situado en un perspectivismo constante. En la filosofía encuentra la disciplina ideal de su entendimiento; es decir, la filosofía como reacción contra lo erudito, la noticia, la anécdota. Lo historiográfico, el dato, son la regresión a la filología, como si la química

tornara a la alquimia. La filosofía, pura síntesis, excluye cuanto queda en su extraradio: es como una depuración completa de una buena alimentación, en la que lo asimilable se convierte en el vigor esencial.

Después de Alemania, de Kant, de Cohen, de su severa cátedra consagrada a la metafísica; después también de su viaje a la Argentina, viaje en el cual América supo sonreírle como una sirena ocultándole sus dolores y sus miserias, ni más ni menos que al Budha adolescente, Ortega ha sentido renovarse el milagro de Fausto, ese que pudo sentir Nietzsche antes de Sils María: «¿Era esto la vida? ¡Bueno, venga otra vez!»

Nunca es tarde, por lo demás, para que un filósofo de cuarenta años descubra la vida: tal vez la hora de su *dharma* tuvo la culpa del retardo: «Testigo soy, un testigo de la gran maravilla que es el mundo y los seres en el mundo». En adelante, siempre ya, marchará al frente del espectáculo, marcando el paso, en su liviana actitud deportiva, tal el hierofante que inicia la caravana de las novedades.

Como Simmel puede cavilar que la nada no es ya algo frívolo y que el único castigo debe pesar sobre los que se quedan en rezago. No importa cambiar, no importa rectificarse, porque quien se apresura olvida lo que tras él deja. Ahora el filósofo comienza a tener algo del *snoob*, pero del más inteligente de los *snoobs*, que frecuenta el salón donde el círculo aristocrático teje sus homenajes de amor y galantería, como el Proust que siempre marcaba la hora del lado de Swann; ahora el joven maestro comienza a ejercer un magisterio de avanzada espiritual, así el Cocteau no converso aún; ahora el profesor, que ya no busca solamente en Aristóteles las lecciones de la política, toca la más grave de las campanas en los funerales de Maura.

Huyendo del más digno de los sentires de sus contemporáneos se aleja, con un frívolo desdén, de cuantos caminos pueden acercarle a lo humano, al dolor humilde, a todo sentimiento de justicia. Sordo, ciego, mudo, en una hora de grandes angustias morales, se desentiende de cuantos quisieran verle entre

ellos, como Pascal o Nietzsche cuando pedían un hombre, solamente un hombre.

Mas, descorramos un instante la cortina...

UNA CONVERSACIÓN DE CORTESÍA

Aguardamos en la amplia sala de recibo de un tercer piso en la calle Serrano, ancha y soleada vía madrileña. Un piano; algunos muebles; grandes reproducciones colgadas de los muros. El caballero de la mano en el pecho y la Gioconda; dos estantes contentivos de muchos libros, bien encuadernados. ¿Qué obras son éstas? Filósofos, filósofos, filósofos: volúmenes de Hegel, de Platón, de Kant, de Schopenhauer; la «*Kritische Gänge*» de Vischer; el «*Tage-bücher*» de Hebbel; algunos volúmenes de Anatole France; uno que otro libro español o hispano americano, sin abrir y, luego, filósofos, más filósofos: Fichte, Cohen, Aristóteles.

Aguardamos: cinco minutos, diez minutos. Una carta gentil de Gregorio Marañón nos ha precedido. ¿Obrará el milagro del sésamo ábrete? Un escritor, pensamos, suele ser víctima de algunas distracciones. También tiene su importancia saber hacerse esperar.

De pronto se abre la puerta. Es un instante patético. Ortega y Gasset nos brinda asiento. Palabras, palabras perdidas; excusas, adjetivos banales. ¿De qué se puede hablar en una helada, incómoda, grotesca visita de etiqueta? Quisiéramos marcharnos, estar lejos, rehuir aquella conversación forzada, sin intimidad.

El rostro de Ortega parece algo descompuesto: cetrino, con aire de fatiga y de muerte. Sus pupilas, descoloridas, son muy expresivas. Su voz, pastosa, de tono hondo, caliente, vibra como un diapasón. Mientras María, nuestra compañera, le martiriza con una pose fotográfica, le observamos atentamente: es un hombre pequeño, de cuerpo enjuto, cuya cabeza es fuerte, grande, enorme; una cabeza que parece haber malogrado el desarrollo de un cuerpo fino, incapaz de mantenerla erguida. Bien se comprende que el tronco se agostó en la penumbra de

las bibliotecas, doblado sobre los libros, lejos del sol, de todo estímulo físico, mientras la bóveda de ese cráneo revestía la arquitectura de una cúpula.

Aún le observamos: correctamente vestido, su americana es de impecable corte. En los puños de la camisa luce dos bonitos gemelos: rubíes y brillantes. Su corbata se anuda y ciñe con gracia. Casi nos atreveríamos a decir que viste con delicada y fácil elegancia.

Ya la placa está impresionada. Nuevamente queremos hilvanar la charla. Preguntas, vagas respuestas, silencios, silencios. El más modesto de los filósofos tudescos, que nos observa desde las estanterías aprisionado en su volumen, podría exclamar: *Ein Engel schwet über uns...* de tal manera callamos, callamos inútilmente.

Algo queríamos saber del volumen cuarto de «El espectador»: Ortega nos responde que estará enteramente consagrado a un estudio sobre Proust. Pensamos en las milagrosas páginas publicadas en la *Nouvelle Revue Française* y en cierta conferencia leída en el Instituto Francés de Madrid. Ortega nos asegura que está totalmente rehecho, porque se lo ha pedido Gallimard para darlo en sus ediciones.

Le preguntamos por el volumen, anunciado en sus anteriores libros, sobre la Estimativa o teoría de los valores.

—No he hecho casi nada: apenas si tengo tiempo y aco-
modo para escribir lo más ligero de mi obra, lo que no me interesa.

Todavía cabe hablar de libros, de escritores recientes, de las ediciones de su revista. Muchos de los volúmenes publicados apenas si le preocupan: lo mejor está por ser dado a la estampa. ¿Bernard Shaw y su discutida Santa Juana; Hauptmann y su Isla de las Damas, escasamente prodigiosa? Sonríe vagamente y nos dice, sin concederle importancia al ligero juicio incidental:

—Hauptmann es ya un Padre de la Iglesia: tiene toda la pesadez plúmbea de las malas cosas alemanas. No es su lite-

ratura lo mejor que pueda mostrar Alemania, sino la producción de tres o cuatro de sus cabezas más fuertes.

¡Pobre Hauptmann, el Hauptmann que escribió «Almas solitarias», «Los tejedores» y «La campana sumergida»! Pero, en cambio, hay tres o cuatro cabezas fuertes en la patria de Goethe: ¿Hüsserl, Scheler, Simmel, Spengler, Keyserling, Otto? cavilamos *in petto*.

Como Proust es santo de su devoción (¿podría olvidarse aquel ensayo magnífico de Ortega publicado en el número especial que la *Nouvelle Revue Française* le consagró al autor de «Albertina desaparecida»?) y como está presente el eco de cierto artículo sobre la influencia que ha ejercido entre los nuevos escritores, le insinuamos otra pregunta, buscando acaso la manera de encontrar un escritor de su agrado. Entonces se habla de Giraudoux, de Morand, de Girard... Pierre Girard, pensamos con alegría, evocando su lectura más reciente, ese delicioso «Lord Algernon».

A nuestra pregunta sobre la grácil novelita, que recuerda un género de humorismo emotivo digno de Chaplín, según lo observaba acertadamente Edmond Jaloux, replica desdeñosamente Ortega:

—Fernando Vela me dijo que no valía gran cosa. Es el mismo procedimiento, que está bien en un primer libro, pero que no debe repetirse. Después de «Yuna, Felipe y el Almirante» no se puede volver a lo mismo.

En vano María, devota e irreductible girardisiana, protesta; clama porque no les ha gustado «Lord Algernon», que en una próxima nota de la «Revista de Occidente» va a analizar con helada indiferencia el propio Vela. María insiste ante Ortega para que lea esa novela, tan nueva, tan original, tan superior a todo lo del propio Giraudoux, con quien se suele comparar, para disminuirlo, a Pierre Girard.

Ortega escucha, en actitud inexpresiva, con una leve sonrisa en los labios. Pero no dice nada; calla, calla y apura uno tras otro sus gruesos pitillos.

De pronto se abre una puerta. Asoma una criada. Musita algo. Comprendemos...

Afuera, en la calle Serrano, el sol, un sol de estío, desmiente las inclemencias del invierno madrileño.

Con su kodak en la mano, algo mal humorada, María mira sin mirar a lo lejos, desde el fondo de sus pupilas ausentes.

COSAS DE BAROJA QUE ESCUCHA AZORÍN

Han transcurrido varios días. Rueda la vida literaria como un pesado carro, sin otra alternativa que la rara aparición de un libro («Cinco minutos de silencio», de Eugenio D'Ors; «Don Juan, don Quijote y la Celestina», de Ramiro de Maeztu) o de algún buen artículo en *El Sol*. Las tertulias se recluyen en tal o cual café: en la Granja de El Henar, donde cada noche Valle Inclán preside algún grupo afecto o en la botellería de Pombó, que recibe más alegre que nunca a Ramón Gómez de la Serna, a su regreso de Portugal. Pero ¿y Baroja, y Pérez de Ayala, y Ortega y Gasset y Azorín y Araquistain y Díez Canelo y Eugenio D'Ors? Sólo de tarde en tarde los vemos en un té, en alguna comida, en un estreno. Todos viven íntimamente, alejados del bullicio que vibra y pasa, escuchando desde lejos el estrépito de su cascabel.

Sin embargo, hemos vuelto a encontrar con frecuencia al autor de las «Meditaciones del Quijote» en la *Revista de Occidente*; en un palco del teatro Comedia, para escuchar a Berta Singerman, o en amable ágape con que nos obsequia don Nicolás María de Urgoiti. Por lo demás Madrid es pequeño y el sol callejero saca al fin a cada cual de su pequeño refugio.

El reposo convivial de este almuerzo, en compañía de Ortega y Gasset y de Azorín, nos ofrece ocasión oportuna a fin de hablar, de hablar sin apremios. La sobremesa es propicia y grata para oír discurrir a tan fino *causeur* y a tan ágil disociador de las ideas, como es el joven maestro de la nueva España, Azorín, en cambio, es menos locuaz, más tibio y reservado; escucha atento, un poco melancólico y un poco triste. Urgoiti, franco y

cordial, es hombre de ideas nefas, buen lector, muy liberal en sus ideas y de muy firmes convicciones.

Ortega y Gasset habla brillantemente, como el mejor de los oradores, pero en ese tono menor que tan bien aconsona con su voz. Su palabra es cálida, fuerte, juvenil. El momento brinda un asunto propicio: acaba de hundirse el primer ministerio del Directorio y la prensa anuncia la formación de un nuevo Gabinete, constituido por elementos civiles y militares. Urgoiti refiere que la censura le ha objetado en *El Sol* a Bagaría una caricatura muy intencionada, en la cual aparecían tres sables y seis vainas bajo este título: el nuevo Gobierno. Una sonrisa burlona circula un instante. Nadie cree en la caída inmediata de Primo de Rivera, que acaba de salvarse con habilidad. Azorín dice que todo lo veía llegar, mientras Ortega asegura que no se puede pensar en la posibilidad de que se abran las Cortes, ni en algún cambio hondo que haya de modificar lo que existe en la actualidad. Él desearía para España un régimen en el cual pudiera existir mayor concurrencia en todas las actividades de la vida peninsular; mayor consonancia en el dinamismo de las fuerzas creatrices; más estímulo y más libertad en la acción organizadora de las provincias, que hasta ahora, con raras salvedades, se arrastran como un cuerpo muerto.

Pensamos en las páginas elocuentes de «España invertebrada» y en las de aquella conferencia augural en la vida de este escritor: «Vieja y nueva política»; pensamos en los recios artículos consagrados por Ortega, en *El Sol*, a Maura y la política, a Maura que renovó el problema planteado por Costa; y pensamos también en aquellas páginas, maduras de porvenir, del malogrado Ganivet cuando, al hablar de Granada, escribía: «La ciudad que pretenda vivir su vida propia, gozar de la libertad de sus movimientos, debe esforzarse por ser de hecho como desea ser considerada por las leyes... Para mí la clave de nuestra política debe ser el ennoblecimiento de nuestra ciudad. No hay nación seria donde no hay ciudades fuertes». Con oportuna previsión recordaba el autor del «Idearium español» que le había tocado vivir en antiguas ciudades libres, que con-

servaban su libertad, gozando de la plenitud de sus fuerzas, pues en ellas el ciudadano pensaba primero en su ciudad y después en la nación, porque la ciudad era el centro de su país, el núcleo de una energía vital hacia la que concurría, como en la urbe antigua, el esfuerzo sin reservas y sin ambiciones. ¡No había sentido en vano, muy honda, la impresión de las tradicionales ciudades del norte alemán y no había sido para él una lectura frívola la de las páginas de Fustel de Coulanges!

Pero, como quiera que el tema es ingrato y como Azorín calla, amodorrado acaso por ese discurrir tan ajeno a sus dilecciones y a la suave y plácida digestión que invita a la siesta, Ortega le dice cordialmente:

—Estará usted satisfecho con el éxito de «Doña Inés».

Azorín asiente con una ligera inclinación de cabeza. Masculla algo y luego un sí borroso, de sordina, se escapa de sus labios.

Transcurre un instante denso. Ahora se habla de Baroja. Azorín y Ortega son acaso sus mejores amigos. En «Juventud Egoísta» Baroja recuerda, en cada página, a Azorín, aunque ahora piensa que «Doña Inés» es la obra de un discípulo mediocre del Azorín de otros años, vale decir del Azorín de «La ruta de don Quijote». Por su parte el autor de «La voluntad» ha sido el mejor vocero del novelista vasco. En el prólogo de su penúltima obra, Baroja endereza a Ortega sus disquisiciones sobre la novela, que éste ha replicado en cierto modo en los folletones de *El Sol*, recogidos luego en «La deshumanización del arte». Además, en uno de los volúmenes de «El Espectador» encontramos unas finas notas sobre algún libro de Baroja. ¿Cómo no pensar, cavilamos, en Menéndez y Pelayo, en Pereda y en Pérez Galdós, amigos, amigos siempre, apesar de sus ideas tan antagónicas? Claro don de la amistad que no excluye los dictados de la justicia crítica.

Ortega recuerda con entrañable cariño al autor de «Inventos y mistificaciones de Silvestre Paradox». Habla del novelista vasco con entusiasmo cordial que nunca hemos encontrado en sus palabras para otro escritor español.

—Baroja es lo más interesante, dice. No hay nada en España comparable a él. No sólo sus libros sino que su persona merecerían un estudio especial. ¡Y qué buen humor tiene como compañero de viaje! Recuerdo una larga excursión que hicimos con él. Iba con nosotros el joven diplomático X, que poco después se volvió loco. Padecía éste de una admiración maniática por Goethe, hasta el punto que nunca abandonaba las «Conversaciones» de Aeckermann... Ese día habíamos hecho un recorrido largo, muy penoso. Los caminos eran pésimos y la diligencia nos había maltratado más de lo conveniente. Estábamos rendidos de fatiga, de hambre, de sueño y con un frío polar. El joven diplomático no perdía, sin embargo, cabo para continuar disertando de Goethe, a pesar de nuestro desfallecimiento. En la posada le tocó en suerte dormir en el mismo aposento que Baroja.... Muy entrada la noche, tarde, muy tarde, sentimos la algarada que provocaba una disputa violenta en el cuarto vecino de nuestros compañeros de viaje. ¿Qué había ocurrido? Pues que el joven diplomático continuaba dándole la lata sobre Goethe a Baroja y éste había terminado por perder la paciencia, amenazándole con arrojarle del cuarto junto con el autor de «Fausto», Aeckermann y todos sus admiradores....

Azorín ríe maliciosamente, conteniendo los hipos que parecen impedirle soltar una carcajada.

—Baroja es delicioso, prosigue Ortega. Figúrense ustedes que, en las excursiones que solíamos hacer para visitar iglesias, no conseguía que se quitara la boina por temor a los constipados. A veces, cuando la proximidad de algún altar imponía la necesidad de descubrirse, reemplazaba la boina con un enorme pañuelo de yerbas, que dejaba a cubierto la calvicie.

Con entrañable afecto, que no atenúa ninguna reserva, le place a Ortega ir refiriendo tales anécdotas inocentes, que son como las pinceladas entonadoras de este retrato vivísimo de Baroja, del Baroja que nada tiene del hombre de acción, vale decir de su Avinareta.

—Es persona muy fina y el más amable y espiritual de los

conversadores en sociedad. ¡Cómo logra ganarse el interés y las simpatías de las mujeres!

Pensamos, pensamos, sin atinar a conciliar anteriores informaciones que muestran al novelista adusto, misógino empedernido, en este Baroja doblegado a la tiranía social, convertido en *causeur* de salón, muy bien acomodado entre finas, pulcras y bonitas damas. ¡Cuándo su amigo lo dice!

—Un día, recuerda aún Ortega, la madre de Baroja le convenció sobre la necesidad de mandarse hacer un *smoking*. Y, a vuelta de muchos rodeos, Pío doblegó su voluntad ante aquella necesidad, entregándose en manos de un sastre. Artista en su oficio éste, observó la estampa de Baroja y, no satisfecho acaso con su obesidad, descubrió que el novelista abultaba la barriga con amplia faja de muchas vueltas. El *smoking*, prenda que debe sentar al justo, pensó, va a resultar deforme. Insinuóle entonces a Baroja la necesidad de dejarse tomar las medidas sin el envoltorio, súplica inútil porque éste se negó rotundamente, debiendo el sastre cortarle la ropa según lo exigía la protuberancia de la faja de marras...

Ahora sí que Azorín ríe, ríe de buena gana, casi estrepitosamente, aunque sea a costa de su amigo el novelista, creador de las graciosas peripecias de Silvestre Paradox.

Tarde a la tarde, mientras la lluvia rompe sus agujas de cristal contra los vidrios de nuestra ventana, interrogamos a las páginas de «El espectador» lo que Ortega piensa de la obra de Azorín y de la obra de Baroja.

«En Azorín no hay nada solemne, escribe, majestuoso, allisonante. Su arte se insinúa hasta aquel estrato profundo de nuestro ánimo, donde habitan estas menudas emociones tornasoladas... Por una genial inversión de la perspectiva, lo minúsculo, lo atómico, ocupa el primer rango en su panorama, y lo grande, lo monumental, queda reducido a un breve ornamento». Luego observa Ortega que Azorín deja pasar ante su faz casi inerte todo cuanto pretende representar primeros papeles en la escena de la vida: «De pronto notamos un breve temblor en sus labios juntos; una suave iluminación en su pupila; ade-

lanta la mano, señala con el índice a un punto del paisaje humano. Seguimos la indicación y hallamos... esto: un pueblecito—un nombre desconocido u olvidado—un detalle del cuadro famoso que solíamos desapercibir, una frase vívida que naufragaba en la prosa vana de un libro. Como con unas pinzas sujeta Azorín ese mínimo hecho humano, lo destaca en primer término sobre el fondo gigante de la vida y lo hace reverberar al sol. Azorín se le ocurre a Ortega un sensitivo de la historia; es decir, todo lo contrario de un filósofo de la historia. Su obra, opuesta a la de Baroja, «tiene de común con ella esa lontananza gemebunda, ese contrapunto patético y latente que he llamado trémolo metafísico».

Baroja es para el autor de «El Espectador» la más firme, casi valdría decir una de sus raras devociones españolas. Es preciso recordar que en la dedicatoria de su ensayo sobre el novelista, a esos muchachos díscolos e independientes que en algún rincón de la vida provinciana viven en constante irritación contra la atmósfera circundante, situaba el caso de Baroja como el de un hombre libre y puro, «que no quiere servir a nadie ni pedir a nadie nada».

Observa Ortega que el novelista ha hecho de su obra una especie de asilo nocturno donde únicamente se encuentran vagabundos: aquellos hombres de condición inquieta y despegada, «que no echan raíces ni en una tierra ni en un oficio, sino que van rodando de pueblo en pueblo y de menester en menester, empujados por sus fugaces corazones». Son creaturas errabundas e indóciles, que no quieren disolver sus instintos en las formas convencionales de vida que la sociedad exige. Así buscando esos seres vagabundos, al margen de la sociedad, esas vidas que son un fracaso práctico, ha dado con las verdaderas almas victoriosas, las únicas que se rebelan contra la vida burguesa, contra el burguesismo odioso que ha desalojado del mundo todo lo exquisito, lo socialmente ineficaz. Así, pues, el efecto que haya de producir la lectura de Baroja, suele ser de indignación porque él «no se contenta con discrepar en más o menos puntos del sistema de lugares comunes y opiniones con-

vencionales, sino que hace de la protesta contra el modo de pensar y sentir convencionalmente nervio de su producción». Sin reparos dice Ortega que en esta ansia de sinceridad y lealtad consigo mismo no conoce nada en España y fuera de ella comparable con el novelista: «Baroja es el caso extrañísimo, en la esfera de mi experiencia único, de un hombre constituido exclusivamente por ese fondo insobornable y exento por completo del *yo convencional* que suele envolverlo». Como Stendhal podría decir el autor de «César o Nada»: cuando miento me aburro.

LAS ARGENTINAS... LAS MUJERES, EL AMOR

Llueve, llueve sin quebranto. Se deshace en copioso aguacero la cenicienta tarde madrileña. ¿Qué hacer, reclusos en la odiosa soledad de un cuarto de hotel? Bienvenida sea la esquila, con dos letras de Ortega, que nos invita a tomar el té en su casa. Acudimos con María, al finalizar la tarde, cuando ya las luces del crepúsculo se han deshecho en la noche anticipada de estos días de Diciembre.

Por segunda vez nos encontramos en la sala amplia donde los libros, graves volúmenes de helada filosofía, se alinean en sus ringlas, acurrucados en las estanterías. Nos reciben Rosa Ortega y su esposo. Ella fina, amable, serena. Sus grandes ojos claros y sus palabras suaves, parecen llenar esa casa que el primer día se nos ocurrió fría y hostil. María quiere conocer a sus hijos y, uno tras otro, desfilan los tres muchachuelos: el mayor un garzón fuerte, corpulento, de cabellera rebelde, de facciones toscas; el segundo más parecido a su madre, sano, encendido; y, el tercero, una chica bonita como una muñeca, de pelo castaño y limpios ojos azules.

Una taza de té suele ser el mejor propósito para hilvanar una charla cordial. Y es así como aquella tarde decembrina, el ambiente hogareño parece haber ido fundiendo poco a poco el hielo de las primeras pláticas.

Ortega está de un humor excelente. María recuerda la visita

inicial que le hiciéramos, aguardando en la misma sala en que ahora nos recibe. De pronto, y no sin cierto rencor, le dice:

—Ese día estuvo usted perfectamente impertinente...

Ortega se ríe de buena gana y le responde:

—¡No ignoraba que usted me tenía por un perfecto salvaje! Si no me equivoco, se lo manifestó a mi mujer, tal vez guardándome el infundado rencor de aquella primera visita. No desmiente así la rebeldía araucana para juzgarme. Tal vez ignoran ustedes que esa tarde me encontraba enfermo y que estuve a punto de no recibirle, apesar de la carta de Marañón. Por lo demás, yo sólo inicio las amistades después de la cuarta conversación, antes no...

Rosa sonríe, mientras ofrece un bollo o un confite.

No le ha hecho gracia a María la referencia araucana y, junto con reprochárselo a Ortega, éste le dice:

—No se enfade usted porque es el grano de sal necesario a su tipo interesante. Y el tipo siempre se toma de la tierra, no hay más que observar. Casualmente en *A. B. C.* de ayer se publicaba una fotografía de cierto congreso de sufragistas australianas, entre las que se advierten algunas fisonomías características de inglesas que, habiendo vivido en Sydney o Melbourne, han tomado el sello de la tierra, mostrando frentes abultadas, propias de ese desarrollo excesivo que impone la necesidad de proteger la vista contra las irradiaciones de un sol fuerte. ¿No se ha fijado usted cómo se parecen el hombre y el ciervo en el Japón? Y el gato de la China ¿acaso no tiene hasta los ojos oblicuos?

Ortega es un hombre de buen humor; de excelente humor a toda prueba. Irreductible sofista y ágil improvisador, crea y recrea en todo instante. ¿Qué son las ideas sino blandas y dóciles migajas que toman las formas que sus dedos quieran imprimirles?

La charla se enreda en cosas pueriles: se habla de todo y de nada; apuntan los nombres de dos mujeres de América; llegan pronto a cuento los libros, los libros más recientes. María recuerda «La prodigiosa isla de las damas», la novela de

Hauptmann, que acaba de publicar la *Revista de Occidente*; dice que no puede tolerar siquiera veinte páginas de su lectura y Ortega confirma esa impresión asegurando que tampoco consiguió leerla. Descaríamos preguntarle ¿por qué la publicó entonces?, cuando él, presintiendo acaso la interrogación, agrega:

—Es necesario darles algunos libros a las mujeres...

—Gracias, por lo que a mí me toca, le responde María.

Y Rosa, entretanto, sonríe, sonríe. Ortega apunta:

—En cambio me vindicaré con otro libro para ustedes, que aparecerá en pocos días más: son las «Cartas biológicas a las damas», de Üexkull, una obra muy clara y muy sencilla.

Aún el tema de los libros parece propicio. Asegura Ortega que no está satisfecho de cuanto ha editado hasta ahora la *Revista de Occidente*, a pesar que algunos de los volúmenes, como «Lo santo» de Otto, merecen ser leídos atentamente.

—Los «Cuentos de un soñador», de Lord Dunsanny ¿le agradan a usted?, le preguntamos.

—Es un libro soporífero, subraya María.

—Yo no lo pude leer, exclama Rosa.

—Si, tal vez, contesta Ortega. Piensen ustedes que ese escritor interesa mucho en Inglaterra... Y el libro de Victoria Ocampo ¿les gustó?

—Mucho, responde María.

Y Ortega puntualiza esa afirmación diciendo que ese libro está bien; que está hecho en gris, con una fina agudeza femenina y que en breve se va a reimprimir porque ya se agotó.

Victoria Ocampo cuenta con buenos y fieles amigos en España. Recordamos haber visto a Ricardo Baeza ocupado en traducir, con devoto interés de artista, una reciente comedia dramática suya, que va a publicar la *Revista de Occidente*. Es preciso no olvidar que la autora «De Francesca a Beatriz» escribe un perfecto francés, la lengua que aprendió de niña mejor que la propia. Entre los libros cabe la mesa de trabajo, en casa de Jacinto Grau y de Baeza, el retrato de Victoria Ocampo está como un recuerdo patente y palético de la más devota

amistad. Nunca tuvo la Argentina embajadora espiritual más eficaz en España.

Ortega habla con gran simpatía de Buenos Aires: le preocupa cuanto allá se realiza, aunque estima que es aquella una cultura aún incipiente. Admira en la Argentina tres cosas formales: el sentido del mando; la vida rural, las estancias, el campo; y sus mujeres, que forman en el seno de su sociedad una especie de *élite* delicada.

—¿Le gustan a usted las americanas, las argentinas?

—Tanto, que por lo que toca a la Argentina, me parece que una de las cosas más admirables que tiene, según ya se lo decía, son sus mujeres. Yo estuve allí hace diez años. Los argentinos, a pesar de su orgullo no siempre bien fundado, me dejaron buena impresión; pero ellas, y no hablo de su belleza, me parecieron magníficas.

—Se dice... ¡cuántas cosas se dicen de usted!... que estuvo enamorado de V. O.

—Qué mucho que se diga, si aunque no fué así bien pudo serlo. Si usted leyó el epílogo que escribí para «De Francesca a Beatriz», se habrá dado cuenta de cómo me interesa su talento. Y Victoria Ocampo, siendo interesantísima, no es lo más interesante todavía. Pero eso es justamente lo extraordinario de la Argentina. No es una mujer, son muchas las que seducen con un espíritu fino y superior. Sin pretender ofender la buena amistad que mantengo con los argentinos, le aseguro que deseo volver allá más por ellas que por ellos.

—¿La interesan las otras mujeres de América?

—No conozco muchas. Fuera de Gabriela Mistral es María la única chilena que he visto. Me gustan el tipo y el espíritu criollos. La criolla tiene valores que no alcanzará jamás la europea: es valiente, juguetonamente audaz, apasionada, vibrante.

—¿Y la española?

—Es otra cosa: me interesa muy poco. No le niego un sin-número de cualidades, de que en general la criolla carece; pero, como estamos refiriéndonos al espíritu, afirmo que la española no me gusta.

—No ha faltado quien asegure que usted es todo un don Juan; vale decir un mujeriego.

—¿Mujeriego yo? Tan poco lo soy que, cuando he leído las tentaciones de San Antonio y de otros santos, he sentido el pasmo de lo que han tenido que hacer para dominar sus deseos. Por mí así me encerrasen con la Venus de Milo, no necesitaría flajelarme para mirarla tranquilamente. En ese terreno tengo cierta feminidad espiritual en cuanto participo de los sentimientos femeninos, que mueven a no amar a un hombre por hermoso si de uno u otro modo no ha logrado hacerse amar por su espíritu o por sus hechos. Yo soy susceptible de amar lo que ha comenzado por interesarme. La mujer posee esa condición: su cuerpo es al mismo tiempo espíritu y por eso siente el pudor que no experimentan los hombres. Esconde su cuerpo como esconde sus pensamientos.

Calla un instante; enciende un pitillo y nos dice:

—El amor me parece maravilloso, una de las cosas más extraordinarias que se dan bajo el sol y en la cual la mujer es árbitro supremo. Sinceramente enamorada, la mujer posee el don genial del amor y llega a latitudes que nunca alcanzaremos los hombres.

Alguien habla del matrimonio y Ortega responde:

—El matrimonio es una institución social. No hace falta el amor en el matrimonio sino la cordialidad, la comprensión mutua, la amistad bondadosa. Puede darse el amor en el matrimonio, es claro, pero no se da sino rara vez y está bien así siempre.

—¿No cree usted posible la amistad amorosa?

—La amistad amorosa, con su solo nombre me irrita. Es una cosa trunca, banal, literaria y absurda. Creo en la posible amistad de un hombre y una mujer como en un amor entre ambos, pero no se hable de amistad amorosa!

Tarde a la tarde y, antes de despedirnos, le decimos a Ortega:

—Pero hemos hablado de todo y de todos, menos de usted: sus libros, sus artículos, sus posibles próximos viajes...

—¡Mis libros, mis artículos!, nos responde él mientras aspira el humo de su cigarrillo. ¡Si supiera cómo me cuesta escribir! Así como pensar no me demanda trabajo, pues lo hago hasta con cuarenta grados de fiebre, escribir me significa ponerme en un estado de agilidad, como quien se apronta para el salto; crearme un estado de simpatía especial, de verdadera disposición.

Recordamos lo que Araquistain nos decía cierta vez: A pesar de la inmensa cultura y de la extraordinaria inteligencia que tiene Ortega, es un improvisador; vive al día, de lo que le sugiere el momento. Per eso no creo que emprenda alguna obra sistemática, de vasta arquitectura orgánica.

¿Entonces es inútil que pensemos en la futura «Introducción a la Estimativa o ciencia de los valores», en la cual hubiera reanudado la tradición que iniciaba el propio Séneca o prometía una reconstrucción de la historia como un proceso de descubrimiento de los valores; ni en «La superación del subjetivismo», ya anunciadas; ni en las lecciones de su cátedra de metafísica en la Universidad Central?

Y, aunque no se lo preguntamos a Araquistain, desde el fondo de nuestra curiosidad interrogativa parece decirnos su afirmación: sí, tal vez sea inútil esperar de ese árbol otras flores que las fugitivas, frágiles y admirables de ese inconstante florecer.

ALGO SOBRE LOS TOROS, LOS AMERICANOS Y OTRAS COSAS

En el hotel Palace: huyendo del té de moda y del estrépito de su música, que no abandona del todo los timbales y los cobs del *jazz-band*, hemos ido a buscar quieto refugio en un rincón de la amplia rotonda del vestíbulo, en este hotel magnífico que bien merece su nombre de palacio. De nuevo nos encontramos reunidos Rosa y José Ortega, Gustavo Pittaluga, Maria y el cronista que estas líneas hilvana.

Es la tercera vez que estamos con el doctor Pittaluga, este hombre amable y afable; pequeñito, como que todo en él es me-

nudo y leve: los ojos, la voz, la cabeza, las manos. Rubio y algo miope, impone con su aire displicente, su voz mesurada, que pronuncia demasiado las palabras; con su no sé qué de estiramiento de primera reunión.

Rosa mantiene su serena inmutabilidad, que constituye su mayor encanto. Ortega apura un pastelillo y gusta con fruición de la mermelada de fresas. María, muda, exhibe su aire ausente.

De pronto Pittaluga, por decir algo, comienza a hablar de los toros. Ortega bebe un sorbo de té sin poner reparos a esos difirambos. María fija en él sus pupilas escrutadoras y Ortega no rehuye la interrogación. Se enjuga los labios y dice valientemente, aunque sabe que su respuesta le puede valer una enemiga apasionada:

—Sí, María, me gustan los toros. ¡Oh, no me mire así! Me gustan ¿qué quiere usted? Y aún a riesgo de irritar más ese semblante hasta hoy amigo, he de decirle que me parecen soberbios... ¿Qué? ¿Me va a argüir aquello de la sangre, del público feroz, de los caballos destripados, de la crueldad del espectáculo? Pero, vea usted: vamos por partes. Las corridas de toros, desde luego, no se acabarán ¡no, felizmente! ¿No advierte usted toda la locura que siguen despertando? Es que el espectáculo que le parece bárbaro a usted, no lo es porque es la encarnación de la belleza misma; sí, es la belleza misma... ¿Lo niega? No se puede negar eso, María, aunque quiera. Si la belleza no está en los banderilleros, ni en las capas rojas, ni en el traje de luces. ¡Si la belleza está en el desdén al peligro, en el riesgo del torero, en la absoluta falta de amor a la vida; ese villano amor a la vida que no siente el espada! Porque, mire usted, eso eleva al torero, un ser casi siempre vulgar, a desmesurada altura. Deja de ser un ser primitivo para convertirse en un ser superior. ¿En qué se distinguen las razas inferiores de las más elevadas? En que son infinitamente más susceptibles al terror que estas últimas... ¿Que el torero no se juega la vida? Pues ¿y qué es lo que hace en todo momento, sino jugársela segundo a segundo? Y en cuanto al caballo ¡vaya un honor que se le hace! El caballo es un animal a quien el hombre honra

haciéndole participe de una fiesta heroica. El caballo en el ruedo se dignifica como en el campo de batalla.

El último sorbo de té y, luego, un cigarrillo.

—¿Que son útiles las batallas y las corridas no? ¿Y la utilidad de la belleza o su inutilidad, como usted quiera? ¿De cuándo acá la belleza necesitó de utilidad alguna?

María, irritada, nerviosa, le replica:

—Sofismas, Ortega; usted es un sofista terrible. Bien me decía, hace pocas horas, una amiga suya: Ortega tiene razón siempre, ya lo creo, como que dirá cualquier día, mostrándole esa planta: ¿ve usted? Es una planta. ¿Creía usted que era una planta? Pues está en un error... ¡y te probará que es una piedra! Y tú no le darás crédito a tus ojos porque le creerás a él... Ya ve usted, Ortega, no quiero convencerme de que una corrida no es un espectáculo salvaje. No siga hablando. Y, sépalo usted: desde este momento lo admiro menos.

Ortega se ríe. Con presteza recobra sus fueros de *galantuomo*, para replicar de muy buen humor.

—María, renuncio a las corridas de toros; si usted quiere renuncio.

María simula una sonrisa de paz y habla de otra cosa, mientras Ortega se incorpora de su asiento. Su gran cabeza se recorta con claro relieve en el fondo de bruma artificial de ese jardín de invierno. Viste un traje impecable que, en su corte modernísimo, parece hacer más delgado su cuerpo enjuto, que ciñe sin una arruga la perfecta americana. Se pasea un instante, alumbra una cerilla que acerca al pitillo y retorna a su asiento.

—Ya no somos enemigos, le dice a María; renuncio a los toros, es un hecho.

—¿Qué piensa usted de los americanos?, le interroga ella por toda respuesta. Sus opiniones deben ser bien desdeñosas ¿verdad?

—No, de ninguna manera; eso es falso. Los americanos, lo sé por grata experiencia personal cuando estuve en Buenos Aires, tienen una extraordinaria intuición de las cosas y constituyen un público atento, enormemente seductor para todo aquel

que desee dirigirse a ellos, hasta el punto que han logrado que los tomen seriamente en cuenta. Y si no, lea usted o relea mi *Carta a un joven argentino*, en el volumen quinto de «El Espectador». De lo que considero poco capaces a los americanos es de método. Además son soberbios, los argentinos al menos, y dudan en reconocer méritos fuera de su tierra. Estas dos condiciones perjudican cuanto podría dar su espíritu de pujante y de original. Yo no sé de ningún escritor americano realmente estudioso y bien disciplinado en lo que toca a observación y trabajo. Usted, por ejemplo: haga algo por corregirse organizándose y estudiando.

—¿Cómo debo comenzar?

—Aprendiendo lenguas. Usted sabe el francés; siga con el alemán. No creo que se pueda ser un escritor completo si no se sabe el alemán. Es indispensable leer una regular cantidad de libros en esa lengua, que no están traducidos y que tardarán en estarlo.

—Es usted un apasionado de las cosas alemanas.

—Soy un apasionado de ellas porque son las mejores del mundo. La cultura de Alemania y por ende su ambiente son los más completos e interesantes que hay. Podrían ser superiores todavía pero, en fin, contentémonos con saber que son lo mejor que existe sobre la superficie del globo.

Calla un instante, porque el doctor Pittaluga le advierte que es tarde ya, bien entrada la noche, y agrega:

—No olvide este consejo desinteresado: usted, como cualquier escritor que anhele ser algo, debe venirse a vivir un tiempo largo a Madrid. No se imagine usted que esto, en cuanto a ambiente, me parezca el desideratum; al contrario, creo que es muy poca cosa. Pero es más que América. Además, aquí nos encontramos en Europa y a cualquiera le resulta fácil pasar largas temporadas en Berlín, indispensables desde el punto de vista cultural.

Por la noche, en breve vigilia, hemos releído las magníficas páginas de aquella epístola a un joven argentino que estudia filosofía: «La nueva generación, escribe en ella Ortega, goza de

una espléndida dosis de fuerza vital, condición primera de toda empresa histórica: por eso espero en ella. Pero, a la vez, sospecho que carece por completo de disciplina interna, sin la cual la fuerza se desagrega y volatiliza; por eso desconfío de ella. No basta curiosidad para ir hacia las cosas; hace falta rigor mental para hacerse dueño de ellas.»

Al día siguiente, en la tertulia del Regina, le decimos a Araquistain, al referirle la defensa acalorada de Ortega por los toros, que Eugenio Noel debería comenzar en su anti-flamenquismo derrotando a cuantos como Ortega y Pérez de Ayala son sus tenaces defensores. Pero Araquistain nos responde:

—No crea mucho en las lecciones de Ortega, que son las de un profesor un poco escéptico, hábil maestro en sofisterías. ¡Defender los toros! Yo también los defendería si se les constituyera en un deporte en el cual participaran todos los hombres desde los quince hasta los treinta años. Porque avergüenza ver a las multitudes que, detrás de los tendidos, piden, rugen porque el torero se acerque al toro; que se juegue la vida para satisfacer su brutalidad. Si a esos cobardes se les obligara a bajar al ruedo y poner en juego su propio valor, España sería otra cosa y no este pueblo de cobardía colectiva, helado de marasmo. Que no se prohíban los toros sino que se les transforme en deporte nacional y obligatorio, como el servicio militar y la doctrina cristiana en las escuelas. Que sean la escuela popular del peligro; es decir, lo contrario de lo que hoy son.

EL NUEVO TEATRO, LA NOVELA Y LA SOCIEDAD

En el recogido saloncito de nuestro hotel, en la *Revista de Occidente*, en casa de Gustavo Pittaluga o de Ricardo Baeza, encontramos con frecuencia a Ortega. Una noche nos dice a los devotos de su tertulia:

—Traigo una noticia interesante. Es preciso oirla... Extrae de su bolsillo una esquila y lee una breve carta de Azorín, en la

cual le anuncia que ha terminado una «Judith», que ha de poner en escena Margarita Xirgu.

Jacinto Grau se muestra sorprendido, asombrado, dudoso acaso de creer que el autor de «Doña Inés» pueda acercarse a la recia hembra bíblica.

—¿Qué le parece? ¿Qué le parece?, nos dice, mientras nosotros sólo alinamos a responderle:

—¿Qué nos va a parecer, a pesar del claro talento de Azorín, después de la «Judith» de Hebbel?

Sin embargo, imaginamos que, así como el autor de «La ruta de don Quijote» se reveló excelente orador en un discurso memorable, puede resultar ahora un óptimo escritor dramático.

Entre tanto Ortega comienza a hablar brillantemente sobre el teatro nuevo:

—Es necesario, dice, comenzar por demoler cuanto existe, porque no vale nada, nada. En el teatro hay que crear algo novísimo, en que el espectáculo sea todo: los actores deben salir a primer plano y los autores desaparecer a recluirse en el segundo. Es preciso comenzar por los espectáculos de los bailes rusos, tan llenos de calor y de sugerencias artísticas. Nijinski, por ejemplo, no es algo abstracto: es preciso verle para formarse idea sobre él. Un salto de Nijinski es un salto que no puede ser descrito en un libro. Que venga el espectáculo y que desaparezca la literatura en el teatro, pues no hace falta.

Herminia Grau, esposa de Jacinto, actriz excelente, con su sentido modernísimo de la escena, bate palmas, mientras el autor de «El hijo pródigo» apunta algunas reservas calorosas.

—Sí, comprendo su indignación, Grau, le dice Ortega, pero es que yo estimo que están equivocados, siendo todo lo apreciable cuanto ustedes hacen. En la *Revista de Occidente*, una vez que se terminen sus nuevos salones, pienso iniciar la serie de espectáculos interesantes, que explicarán mejor lo que deseo. Por ejemplo, he encargado la música de un trozo para un Don Quijote antes que lo escribiera Cervantes, a manera

de ensayo inicial a fin de intentar luego obras de mayor aliento. Será el Quijote mozo, enjuto, neurasténico, de veinticinco años, simple soñador. En la feria del Toboso ha visto a Aldonsa Lorenzo; le encontramos en el postrer acto lúcido de su vida, antes de volverse loco. Pero, como no es fácil descubrir un músico lo suficientemente penetrado del espíritu moderno que yo quisiera imprimirle a esto, le he pedido que escriba la música para un solo fragmento, cuando Don Quijote vela las armas. Ya veremos si resulta.

El hijo mayor de Pittaluga asegura que el músico ha dado en el clavo: «es hermoso aquello, muy hermoso y muy actual», exclama.

Araquistain, al recordar acaso tiempos de buena mocedad estudiantil convividos en Alemania, nos ha dicho que Ortega guarda una novela terminada. María, aprovechando un silencio, le dice:

—¡Qué deseos tengo de leer su novela! ¿Es cierto que tiene una novela terminada, desde hace algunos años?

—La novela es un género que me gusta. En hacer una buena novela estan cifrados todos mis esfuerzos. Veremos.

—¿Tiene algo avanzado?

—Mucho. Desde luego está toda hecha in mente y tengo un sinnúmero de notas. Abre una cartera y nos va alargando, una a una, cuartillas pequeñas, llenas de diálogos vivaces, de agudas reflexiones, de nombres, de referencias.

—¿Y el asunto?

—¡Las novelas de hoy tienen tan poco asunto! Pero he aquí algo del mío: un hombre de la clase media que se siente sucionado de pronto hacia una esfera superior, hasta las altas clases de la sociedad.

—Claro está que ese hombre es usted.

—Tal vez sí y no. Todas las novelas tienen algo, mucho de autobiográficas.

—Es frecuente oír que a usted le preocupan y le interesan mucho las clases de la aristocracia.

—Eso es la verdad: yo fui un solitario durante mucho tiempo.

Dentro de mi aislamiento, en mi sitial de espectador, me di cuenta entre otros problemas por resolver, que es preciso interesar a las clases altas por los artistas, por el arte, por las cosas de intelecto en general. Y quise, entonces, llegar hasta ellas, pero como se debe poner el pie en esos lugares, para dominarlos.

Cavila un instante, apura un sorbo de *champagne* y toma un confite que le ofrece la fina mano de una dama.

—Creo haber realizado una grata conquista, prosigue. Esas gentes tienen sus desventajas, como todas las gentes, pero tienen algo de que no es fácil darse cuenta. En las aristocracias hispano americanas, que no cuentan más de un siglo, no puede darse nada semejante. No se inventan veinte abuelos y el que no los tiene tras de sí no sabe lo que es sociabilidad. Yo voy a un salón y tengo allí todas las expectativas: se puede conversar tan bien; cada frase es tan oportunamente acogida y tan bien devuelta. Es un juego apasionante ese juego de la palabra pensada y estudiada, que se lanza como una bala certera para producir un efecto preciso. A veces una réplica inesperada, a veces la sonrisa de una mujer que parecía imposible.

—Pero ¿acaso no puede darse lo propio en salones menos encumbrados pero acaso más selectos?

—No, porque no hay mujeres; y nada puede ser menos en el mundo que una conversación sin ustedes. Sé que se me va a decir: ¿y las otras mujeres? No es lo mismo aunque sean hermosas, aunque sean letradas, aunque vibren también como las otras. Les falta precisión, contorno: los veinte abuelos detrás, proyectando la sombra necesaria en el estrado de sus salones...

Goethe y Chateaubriand anduvieron también perdidos en ese liviano juego del amor y de la frivolidad, que llega hasta nosotros como el perfume del siglo de Watteau... y de la Enciclopedia.

Pero ¿es dable hablar de la frivolidad cuando se trata de todo un filósofo? Bien haya por el hombre mozo que, en el alborear de los veinte años, hace cada mañana el viaje de

Citeres; pero, no concebiríamos al Spinoza ni al Hegel de los cuarenta otoños perdido en el vano juego de la galantería. ¡Los cuarenta años que Taine deseaba para la primera obra de madurez!

Sin embargo, en Ortega y Gasset los rebrotes primaverales han venido a retoñar en hora tardía. ¿No desconocerían estas actuales *Notas del vago estío* o aquella sobre una conversación en el golf las graves reflexiones que firmaba en Junio de 1908 el flamante universitario tudesco, en su ensayo alrededor de «El Santo» de Fogazzaro? De entonces, de aquel entonces, son las palabras siguientes: «Todo hombre que piensa: *la vida es una cosa seria*, es un hombre íntimamente religioso. La verdadera irreligiosidad es la falta de respeto hacia lo que hay encima de nosotros y a nuestro lado, y más abajo. La frivolidad es la impiedad, la *asebeia* maldita, asesina de razas, de ciudades, de individuos; ella debió ser la más grande tentación de San Antonio, y yo espero que vendrá un tiempo más sutil y profundo que el nuestro, en que, perdonándole al Diablo todas sus jugarretas en lo concupiscible, se le excrete tan sólo porque es un ser frívolo.»

¡Un ser frívolo! ¿Qué mala venganza ha querido jugarle al adusto pensador de treinta años el espíritu avieso de Mefistófeles tornándole ligero, elegante, gracioso, fino..., frívolo, digámoslo de una vez? ¿O será que se ha cumplido en él aquello que pedía Nietzsche: *Vivid en peligro*; el peligro de acercar un poco la filosofía al amor, porque ya pensaba él que «la meditación es ejercicio erótico», y el eros platónico no es más que la inducción que mueve a penetrar en el sentido de las cosas. No, no: estamos distantes ahora del amor puramente conceptual; es decir, del amor en su proyección casi metafísica.

Ahora Ortega, como Proust, no puede, no quiere, dejar de pensar también *du côté de chez Swann*. Al escribir su primera novela, acaso le encontremos como al admirable joven maestro francés, perdido en el mundo pueril de la distinción y de los salones, aguardando en el recodo de algún camino el paso de

la noble señora o compartiendo la amistad de cualquiera de sus ayudas de cámara para lograr admirarla más de cerca.

¡Tiempos menguados estos que corren para los destinos de la distinción y la galantería!

SIMPLES PARALIPÓMENOS

Nada más que fugaces pinceladas para un retrato algo íntimo, pretenden ser estas páginas, sazonadas gracias a la sal de indiscreciones con que el cronista, tocado de boswelliana curiosidad, las ha ido condimentando. ¿Acaso no está bien fresco el recuerdo de Anatole France, cuyo espíritu es dable conocer tan hondamente en la lectura de los libros de Gsell y de Brousson, para no citar los de tantos otros que, como abejas indiscretas, han venido a revolar sobre la cabeza del octogenario yacente? Por lo demás, la lección es muy antigua, tanto que no la desperdiciaron los discípulos de Sócrates y le dió carácter de maestría aquel caballero que siguió los pasos del escritor Johnson, como Aeckermann fué tras los de Goethe.

Extraordinario *causeur* Ortega y Gasset, animador de ideas, buen sofista y maestro de la paradoja, podría, según dijera de Rivarol alguno de sus contemporáneos, vivir para deleitar con el don de su plática sabrosa y fina, no menos grata que sus libros. ¿Qué mucho entonces que la pícara indiscreción de tal o cual de sus oyentes haya querido perpetuar el aroma de esas charlas, ya que no le era dable aprisionar la forma primorosa de su expresión?

En el discurrir cotidiano de esa vida ¡cuántas cosas habrán de ser imaginadas en la conversación que, sin embargo, escapan al libro, que siempre atemoriza con su carácter de eternidad! Porque todo lo que en la plática nos permite conocer al hombre íntimo, al hombre intacto en su sinceridad sin reservas, no siempre se nos da en la letra impresa, molde demasiado temerario para encarar la estulticia del *bildungsphilister*, que decía Nietzsche.

Han sido hilvanados estos simples recuerdos en la paz que
brinda el tranquilo mar de los trópicos, lejos de la urbe
distante y de las tierras americanas, sin más con-
tactos ni referencias que el puente ideal tendido
hacia los recientes días vividos por la
desprevenida memoria, más esquiva
y menos fiel que una doncella
en flor de primavera.

Hombres, ideas y libros

Una cruzada por la escuela en España



Alfines de Septiembre de 1924, Luis Bello inició en «El Sol» de Madrid una campaña que muy pronto había de remover una zona, la más augural y la más consoladora, de la conciencia española.

El primer artículo de aquella campaña aparecía precisamente bajo el anuncio habitual de que el diario había sido revisado por la censura. Eran dos presencias seguramente ingratas la una a la otra por la profunda oposición de su significado. Una hablaba de materialidad, de fuerza sobrepuesta a las inteligencias, del drama entero de España. La otra era una noble voz hacia lo inmaculado, hacia el porvenir; voz que ya tenía la madurez del fruto y la sabiduría generosa de un alma.

Así comenzó la cruzada de Luis Bello en favor de la escuela de primera enseñanza. El escritor ha trabajado infatigablemente, y el público del gran diario español, primero, y luego grandes masas de opinión en todas las regiones y provincias de España, instituciones particulares, asociaciones obreras, etc., no sólo le han escuchado con interés: le han ayudado y han terminado asumiendo la campaña en su aspecto de realización práctica.

La iniciativa de Luis Bello merece ser considerada como uno de los más importantes acontecimientos españoles del presente.

Juzguemos de la campaña escolar por este detalle que, en-

tre nosotros, será una sorpresa: fué comenzada por un hombre en Septiembre de 1924 y todavía no ha terminado; ya no terminará. Ha desbordado del periódico y encarnado en la vida española. Era natural el temor de que, cualesquiera que fuesen los dones intelectuales y literarios del escritor, la campaña, después de interesar pasajeramente a los maestros, fatigaría al público. No ha sido así, como se ve. El público leyó, cada vez más atento y, por último, marchó con el periodista y fué a afiliarse en la Sociedad de Amigos de la Escuela, fruto primero de la propaganda emprendida. Una simpatía unánime de la prensa y de cuantos podían aportar algo a la campaña le dió pronto amplia resonancia.

En una relación de su cruzada, hecha a solicitud de algunos colegas, Luis Bello ha dicho refiriéndose al origen de ella:

«Fué en Septiembre cuando publicó «El Sol» mi primer artículo sobre las escuelitas rurales. Vizcaya acababa de inaugurar la escuela de San Julián de Musques, en el camino histórico de Semorrostre, al pie de los montes del hierro. Era una buena ocasión para comparar el esfuerzo de las mejores provincias españolas con la pasividad y la inercia de esta zona muerta que rodea la capital de la nación. Siempre creí en el extraordinario influjo de la escuela en un pueblo donde la inmensa mayoría no pasa a enseñanzas superiores, ni siquiera al bachillerato. Y cuando todos mis compañeros en letras andaban buscando la razón de que España lea—y compre—tan pocos libros, yo procuré destacar la importancia de un dato que ellos desdeñaban: el dato de que la mitad de los españoles no sabe leer.»

Comenzó, pues, visitando las escuelas de lo que él llamó «el cerco de Madrid» y relatando en las páginas de «El Sol» las observaciones e impresiones recogidas en su visita. Y el cuadro de las escuelitas rurales, con todas sus deficiencias, su pobreza, sus estrecheces, su dramática insignificancia respecto de la grandeza de la misión que a ellas incumbe, fué revelándose elocuentemente a la opinión española. No descuidó aspecto alguno del

problema y todo lo abordó con un sentimiento tan lleno de amoroso interés que bastaría para explicar las crecientes simpatías que fué conquistando.

Como un desarrollo natural de la campaña recorrió luego las regiones y abarcó manifestaciones más amplias: dió conferencias, promovió reuniones, suscitó en todas partes un movimiento de ayuda y de fomento en favor de la escuela.

Donde hubo que alentar iniciativas ya emprendidas lo hizo con entusiasmo; donde el esfuerzo de los maestros— y esto fué casi en todas partes, porque Bello encontró muchos buenos maestros— mereció reconocimiento y aplausos, los dió sin reservas.

Los males que fué hallando a su paso no le arrancaron estériles protestas ni esas declamaciones airadas que rara vez son el síntoma de una obra creadora. Los miró con pena, alguna vez con indignación, pero sus pensamientos y sus palabras se orientaron siempre con una bondad enérgica y paternal, consciente de los tesoros de abnegación, de paciencia, de buena voluntad que era preciso invertir para curarlos.

No fué a combatir la escuela, sino a combatir por la escuela. Y su procedimiento era acaso el único adecuado para obtener no un entusiasmo fugaz, sino una disposición perdurable, enraizada y fecunda en toda España.

Frente al problema que iba mostrando, ya conocía lo que era dable esperar de los recursos oficiales. En uno de sus primeros artículos ironizaba acerca de este punto. Dirigiéndose a algunos maestros de Madrid que le escribieron para animarlo a proseguir su campaña, decía:

«Lo que pedimos está ya concedido. Desconocíamos los antecedentes—por lo menos yo.—Hay disposiciones oficiales que se han adelantado a estos artículos; y basta reproducirlas para comprender que no era indispensable insistir sobre el tema. Todavía hoy podemos solicitar la construcción de escuelas sin ponernos en ridículo; pero dentro de algunos meses habría sido absurda nuestra gestión. Hay un decreto de 17 de Diciembre de 1922 cuyo artículo 1.º dice:

«Todos los Ayuntamientos están obligados a instalar y conservar las Escuelas Nacionales de Primera Enseñanza en los locales que reúnan condiciones higiénicas y pedagógicas para la educación de los niños comprendidos en la edad escolar y a proporcionar a sus maestros vivienda capaz y decorosa.

«El cumplimiento de estas obligaciones será exigido a todos los Ayuntamientos, a fin de que en un «período de cinco años» que determina el Real decreto de 3 de Marzo de 1922 estén éstas atendidas de modo normal y conveniente.»

«Van ya trascurridos—continúa Luis Bello—más de tres años desde esa fecha. Apenas les queda año y medio a los Ayuntamientos para cumplir esa obligación. Es decir: que si aguardamos un poco hubiéramos llegado tarde, cuando las escuelas estuvieran ya construídas y todos los maestros satisfechos. El 3 de Marzo de 1927 «no habrá problema».

La empresa de Bello habría sido estéril si se hubiese dirigido preferentemente al Estado. Era a la opinión, a las energías vivientes de los pueblos, de las ciudades, de las provincias a las que había que llamar en auxilio de la escuela. Así lo repitió y lo hizo comprender y sentir en sus artículos y en sus conferencias.

—Vengo en realidad—ha dicho al relatar una de sus visitas por Castilla y León—buscando un gran ejemplo donde apoyar y robustecer mi convicción de que a este pobre Estado, menor de edad, incapaz de valerse por sí mismo en asunto que tanto le importa como la instrucción de sus hijos, hemos de sacarle adelante entre todos, mientras no sepa cumplir con su deber. En Salamanca no hace escuelas el dinero del Estado. Sus tres mil millones de pesetas no llegan a eso. Pero ya están construyéndolas, de prisa y bien, los céntimos de los trabajadores. Es paradójico, ¿verdad? Es el obrero quien va a hacerle la caridad de sustituirle, dando medios a los Ayuntamientos, con tal eficacia que en pocos años no habrá en las tres provincias de Salamanca, Avila y Zamora un solo pueblo sin escuelas. Cuando hayamos vencido este largo período de la Prehistoria pedagógica en España y las escuelas que ahora veo sean como

cavernas del maestro neolítico, quedará memoria del esfuerzo más interesante y más simpático: el de las Cajas de Previsión Social.

Pero no fué en Salamanca, en Avila y en Zamora únicamente donde el escritor halló el ejemplo que buscaba. Lo encontró también, y lo reveló con gratitud y con alentador entusiasmo, en muchos otros pueblos y provincias, en los cuales la iniciativa de los particulares, de abundantes o de escasos recursos, realizaba una obra mucho más inteligente, más amplia y más eficaz que la que el Estado podría cumplir en largo tiempo.

En esta revista de la íntima fuerza de España se ha destacado con particular vigor el aporte de los emigrados en América, los indianos. Se trata de una obra inmensa, que se ha desarrollado y continúa desarrollándose mediante fundaciones que, para el fomento de la enseñanza en su tierra de origen, han hecho y hacen principalmente los asturianos que residen en América.

Muchos son los rasgos interesantes de la cruzada escolar emprendida por Luis Bello. Es, al mismo tiempo, la obra de un pensador, de un escritor admirable, de un alto maestro y de un caballero andante. Para los que la miramos desde esta distancia de tiempo y de espacio, ella posee, además de todos sus méritos, el valor de habernos confirmado en una fe y una esperanza que los hechos superficiales y oficiales de España se empeñaban en combatir: la fe y la esperanza de que España viva realmente y de que acabará por triunfar de las adversidades y del infortunio.

R. CABRERA MÉNDEZ.

Mad. Caillavet y Anatole France

ES un asunto bastante viejo, como que remonta a los años de madurez del novelista. En 1887 Julio Lemaître presentó a Mad. Caillavet el autor de unos cuantos volúmenes de prosa y de verso, que comenzaba a adquirir renombre en los ambientes literarios de avanzada. Anatole France era este escritor. Mad. Caillavet sintió desde el primer momento por su nuevo amigo una estimación singular. En su casa, que conservaba la tradición de los salones clásicos de Francia, se recibía dos días de la semana: los Miércoles y los Domingos. Infaltable desde el primer día, Anatole France llegó a ser el amigo predilecto de Mad. Caillavet y luego su amante. Detalles de esta *liaison* existen en gran número. Antes de la muerte del maestro, su secretario Jean-Jacques Brousson había sido no uno de los primeros pero sí uno de los más indiscretos para revelarlos. No mencionaba Brousson el nombre de «ella», a quien llamaba sencillamente *madame*. Pero como no era un misterio el enredo, el libro de Brousson sirvió para precisarlo más perfectamente. Ahora último otra señora, Mme. Pouquet, que fué nuera de Mad. Caillavet, ha publicado todo un libro dedicado a este asunto. No será inútil resumir en unas cuantas líneas lo que se sabe al respecto.

Hemos dicho ya que France y la Caillavet se conocieron en 1887 y que desde el primer instante hicieron buena amistad. Mad. Caillavet en ese tiempo vivía la hora cenital de su existencia. «Era entonces—escribe un comentarista—una mujer pequeña y gruesa, con la cara encuadrada por rubios rizos sembrados de lazos de terciopelo negro y de pequeñas rosas.»

Retratos de la época nos la muestran con un rostro amable y dulce, en el cual vaga una sonrisa de inteligencia y de distinción. Sus ojos son claros y el aspecto todo de su fisonomía es sensual y hasta voluptuoso. Sus labios son carnosos; su nariz, roma y graciosamente respingada, y sus orejas, grandes. Un hermoso pelo corona esta cara dulce, unida a un cuerpo regordete por un cuello blanco y grueso. Cuando conoció a France, vivía ya en su residencia definitiva, el hotel que había pertenecido a Arsenio Houssaye, ubicado en la Avenida Hoche, N.º 12, que entonces se llamaba Avenida de la Reina Hortensia. Era una casa lujosa, compuesta de grandes salones en que se juntaba toda clase de muebles valiosos y objetos de arte. En el salón destinado por Mad. Caillavet a la recepción de sus *habitués*, se veían siempre instrumentos de música—un piano de concierto, un arpa—junto a vitrinas cargadas de bibelots y a cuadros de buenas firmas. Pero a pesar de lo solemne y amplio de toda la casa, no saltaban en ella algunos rincones gratos. Uno de estos era seguramente el escritorio en que trabajaba France. Era pequeño, y unas altas estanterías adosadas a la pared y cuajadas de libros lo hacían aún más íntimo. En el centro una mesa sencilla; frente a ella un sillón de estilo, y al otro lado una chimenea de mármol, coronada con un espejo y cubierta con un biombo chino.

Este era el lugar de los suplicios de Anatole France. El ilustre escritor no sentía el menor apego por el trabajo y seguramente en aquella casa su espíritu se sentía más dado a la molicie y al amor que al esfuerzo. Pero Mad. Caillavet era una Venus juiciosa. No le permitía a su amigo sino muy contadas expansiones. El resto del tiempo lo instaba a trabajar, empleando para ello todos los medios a su alcance. Brousson cuenta algunos episodios (*) bastante reveladores. En alguna ocasión la buena señora habría llegado hasta el colmo de echar llave a Anatole France en su gabinete, para que diera cima a algún artículo o cuento que urgía entregar. Anatole France

(*) Véase «Anatole France en pantoufles», de Brousson.

protestaba en todos los tonos contra esta tiranía. A sus íntimos les contaba que su amante era implacable, que no tenía piedad alguna para con él y que no respetaba el instinto flojo y remolón que lo poseía. Pero las quejas de France no excluían respeto y hasta gratitud. France ha confesado no sólo que sin Mad. Caillavet no habría escrito muchas de sus obras, sino que hasta algunas páginas de ellas deberían llevar la firma de su amiga. Loti y Lemaître, entre otros, oyeron a Anatole France esta confesión interesante y peregrina.

Rasgos que nos revelen el grado de amor que reinaba en estas relaciones, parecen ser hasta el momento ignorados. No son conocidas todavía, por ejemplo, las cartas cambiadas entre los dos amantes, a excepción de algunos escasos fragmentos. Cuando Anatole France realizó su viaje por la República Argentina, Mad Caillavet escribió a una amiga: «¡Qué insensato! Ha ido al país de los antípodas a vivir con la cabeza para abajo, en compañía de salvajes, monos y papagayos.» Como buena hija del país de Francia, Mad. Caillavet confundía de manera deliciosa las nociones geográficas y cosmográficas. Por lo demás, su sentimiento herido por la ausencia bien podía dictarle expresiones atribuladas y no muy exactas. Por su parte, Anatole France escribía a su amiga, con ocasión de otro viaje: «Me siento tonto lejos de usted.» Y luego le declaraba: «Horacio aseguraba que Virgilio le había llevado al partir la mitad de su alma. A mí no me ha quedado tanto.» Cumplido que no por ser tan erudito podemos tachar de frío o de poco expresivo.

La amistad de Mad. Caillavet y Anatole France duró más de veinte años y terminó con la muerte de ella. En ese período el escritor publica sus más valiosas obras y conquista, con una seguridad desconocida hasta entonces y con una serenidad envidiable, los más altos lugares. Cuando publicó «Crainquebille», France reconoce a su amiga el valor de sus relaciones. En el ejemplar que le dedica, conservado celosamente en la Biblioteca Nacional de Francia, escribe: «A Madame Arman de Caillavet ce petit livre que sans elle je n'aurais pas fait, car sans elle je ne ferais pas de livres, très respectueusement et très affectueu-

sement, Anatole France.» No sólo, como hemos dicho, Mad. Caillavet instó a su amigo a trabajar, sino que hasta algunas páginas de sus obras se deben a ella. Pero hay más aún: Anatole France no habría podido escribir, con la brillantez y el valor de realidad que todos admiran en «*Le lys rouge*», este libro magnífico sin la cooperación de su amiga. Mad. Caillavet fué, en efecto, quien introdujo a France en un mundo distinguido y quien le dió a conocer muchos detalles de la vida elegante, inéditos enteramente para el novelista. Ya en la trastienda de cierta nobleza, France pudo descubrir los hilos de la farsa y reír y hacer reír con su juego. Su amiga lo perseguía con su admiración y lo hacía exhibirse y darse pisto. Sin ella, mucha de la fama de France—por lo menos, su fama de salón como espíritu amable, conversador ameno, sutil paradojista—habría quedado en la sombra. En el salón de Mad. Caillavet el novelista no podía estar oculto ni tratar de pasar inadvertido. Es famoso ese breve diálogo: «*Monsieur France, vous dormez, je crois?—Non, madame; je réfléchis.*» En verdad el escritor no reflexionaba sino que dormía. Y entonces era cuando su tirana lo hacía colocarse de pie junto a la chimenea y recitar algunos versos o leer algunas páginas de su libro en prensa. En ocasiones Mad. Caillavet convertía a France en un instrumento de pelambre y de murmuración mundanos. Brousson, que tanto nos ha dicho en su libro «*Anatole France en zapatillas*», ha conservado la visión de aquellos instantes. El escritor obedecía discretamente a su amiga y narraba el último escándalo o la más picante comidilla social. Pero no era su charla una simple chismografía o un vulgar pelambre. Era una disertación amena, en la cual se mezclaban el hecho escueto y la divagación del escritor, erudita y disolvente, en forma indisoluble.

Muchos otros detalles tenemos ya sobre esta amistad de más de veinte años, que tuvo tanta influencia en la vida y en la obra de France. Algunos comentadores exageran su importancia. Si Mad. Caillavet no hubiese muerto cuando murió, su amigo no habría asumido tales o cuales actitudes. Si Mad. Caillavet hubiese estado viva, el escritor no habría sido pacifista durante

la guerra y comunista después de ella. Y sin embargo, parecen olvidar los que tal cosa dicen que fué la misma Mad. Caillavet la que determinó la intervención de France en el episodio Dreyfus, siguiendo una línea de conducta que no era nueva en sus salones. Pero eso no interesa. Recojamos, para finalizar, una anécdota valiosísima que nos cuenta más de un cronista bien informado. En el salón de recibo de Mad. Caillavet, una noche de recepción, a la hora de la comida. «Mme. Arman estaba en su poltrona y M. France junto al fuego.» En esos momentos entra un político, invitado a la comida. «El político en cuestión entró y besando la mano de la dueña de casa con toda la gracia—no excesiva por cierto—de que era capaz, se disculpó de llegar demasiado temprano.—«Veo que he llegado primero» —dijo.»

Realmente, no era misterio para nadie que en aquella casa vivía en cierto modo el autor de «Tais». El y su fiel amiga ya han muerto y el recuerdo de su relación no tiene por qué ser indiscreto ni menguado.

RAÚL SILVA CASTRO.

Chaplin

PELÍCULAS

YO amo las películas cómicas. Nada más fuera de las cosas de todos los días, de la repetición rutinaria de los mismos gestos y de las mismas actitudes del alma, que esas escenas inconexas en que la vida parece organizarse conforme a un ritmo dislocado y siempre imprevisto.

Los hombres de hoy somos demasiado tristes para poder soportar, sin menoscabo del equilibrio vital, que al gris real y permanente de nuestro mundo interior, se agregue el gris fácil y adulterado de las ficciones teatrales.

Por eso huímos instintivamente de la tragedia; por eso triunfa el bataclán exótico y descoyuntado; por eso el síncopa sensual y colorido del «jazz» se hermana con tanta justeza al síncopa de nuestro corazón; por eso nos atraen las películas Max Sennet con sus «chicas» en traje de desnudo y sus escenas inarticuladas y sorprendidas; por eso nuestros héroes son Harold Lloyd, Agapito, etc...

¿Y Chaplin?...

CÓMICOS Y CÓMICOS

Cuando hablamos de películas y de actores cómicos, debemos, ante todo, hacer una división.

De un lado, aquellos que nos hacen reír, reír sin pensamiento y sin control, los que ponen todo cuanto son en una cabriola,

en un costalazo, en una escena imposible, con gatos que vuelan, negros que se vuelven blancos, seres que se alargan hasta lo fantástico, hombres que se inflan como globos, y se golpean y se mezclan y se deforman como sólo podría suceder en una pesadilla. A este género pertenecen Harold, Agapito, el Turnio...

Del otro lado está solo Chaplin.

A pesar de los múltiples imitadores, y a pesar de su influencia, que alcanza a todos, absolutamente a todos los artistas cómicos del cine, Chaplin es algo aparte, una especie de fenómeno aislado.

Su arte, distinto al de todos los demás, es una especie de absurdo que consiste en empujar la tragedia hasta el vértice mismo donde se quiebra en risa. Y la perfección y el equilibrio que Chaplin logra en la empresa son tales, que mirándolo, aislado y movable sobre la tela muda, la risa se nos vuelca en lágrimas y la angustia nos revienta en carcajadas.

AHORA

¿Os acordais de «Vida de perro», de «Armas al hombro», y de esa maravilla de ternura y de creación que se llama «El pibe»?

¿Qué valen todas las pretensiones trágicas de los films «serios» ante la risa de llanto que se nos despeña del alma contemplando las evoluciones militares de Charlot y sus penetrantes cuadros—siempre hilarantes—de la vida en las trincheras? ¿Qué resta de todos los romanticismos cinematográficos ante la suave y melancólica onda de amor que nos rebalsa cuando, en «El Pibe», le vemos agitarse y deshacerse en dulzura y en maternidad?

Ahora, todos los teatros de Europa están dando la «última creación» del artista admirable. Y todos los teatros se ven, noche tras noche, repletos de un público que va a reír y que, sin quererlo, siente que la risa le es salina y amarga.

LA OBRA

La ruée vers l'or es—como dicen los affiches—la blanca epopeya desolada de los buscadores de oro de Alaska.

Cuántas películas hemos visto sobre el mismo tema, con el mismo desarrollo y casi, casi con las mismas peripecias. Y, sin embargo, he aquí que Chaplin, con idénticos elementos, da forma a una obra totalmente nueva; he aquí que en esta obra supera todo lo que antes ha hecho.

Del primer Chaplin de las piruetas sólo resta lo indispensable. Desbastada, pulida de cuanto sea acrobacia o adorno sobrepuestos, *La ruée vers l'or* se desarrolla lisa, y clara y natural.

No imaginéis por ello que el bufo estupendo no esté, en cada instante, moviéndoo a la hilaridad. No imaginéis que se haya vuelto actor «serio». Al revés, nunca como ahora Chaplin ha sido el cómico inimitable. Exactamente, porque nunca, como ahora, ha trabajado con prescindencia absoluta del gesto excesivo, de la innecesaria escena anecdótica; porque nunca como ahora Chaplin ha sido *actor cinematográfico*.

El drama corre escueto, ceñido, solo... Cada gesto es un verso fotográfico; cada verso es una tragedia; y cada tragedia es un surtidor de risas.

Yo no sabría decir qué parte de este film es superior a las otras. Pero no podría callar una escena en que, a mi entender, el trabajo cinematográfico, la delicadeza y la riente ternura llegan a superación.

Charlot ha invitado a su amada—que se burla de él—a esperar el Año Nuevo. La mesa está puesta (¡qué mesa, Dios mío!... Y los sacrificios, las angustias y las miserias que ha costado)... Chaplin espera, espera. Las velas se consumen dolorosamente. La amada y sus amigas no llegan.

Chaplin, hundido de pena, se queda dormido sobre la mesa y sueña... sueña que «Ella» está ahí, que ríe, que es feliz, que él le hace los honores...

Entre estos honores, figura la «danza de los panecillos».

En un par de tenedores, Chaplin ensarta dos pequeño panes; dos pequeños panes que toman todo el estafalario aire de los pies del actor. Y, sobre la mesa, ante las pupilas maliciosas de las invitadas, los panecillos se adaptan en tal forma a los brazos y a la cabeza de Charlot, que forman con ellos un todo, unido e irrompible. Y este todo danza con tal plasticidad, con tal finura, con tanta gracia, que uno precisa dividirse en tres para gozarlo en la íntegra multiplicidad de sus aspectos.

De pronto el hilo de la danza se corta. Suena la media noche. Y, en una locura de alborozo, llega el año inédito.

Chaplin está solo, abandonado de «Ella», de la alegría, de la esperanza... Sobre la mesa, donde los panecillos tejieron la danza maravillosa, las velas agonizan en estalactitas de esperma...

El público—que ha reído tanto—se estremece. Y, en la oscuridad de la sala, es como una múltiple e inmensa cosa negra, asaeteada de contradicciones y llena de carcajadas y de lágrimas.

FERNANDO GARCÍA OLDINI.

ACTIVIDADES UNIVERSITARIAS

Resumen sobre la marcha de la Universidad de Concepción durante el año 1925

N 1925 funcionó nuestra Escuela de Pedagogía con su curso de Inglés completo y el segundo año del curso de Francés. Anexo a la Escuela, continuó sus actividades el Curso de Secretarios comerciales.

Un nuevo considerable esfuerzo significó para la Universidad la creación del segundo año de la Escuela Médica, que este Departamento pudo presentar a sus alumnos, a fines de 1925, a la rendición de las pruebas del Bachillerato que deben rendir los estudiantes de esta facultad.

La Escuela de Medicina funcionó este año, como el anterior, en el mismo local de las de Farmacia y Química, propiedad universitaria, para lo cual había sido ampliado en el curso del año anterior con la construcción del pabellón central de dos pisos y había de serlo más a fines de 1925, con la edificación del pabellón externo de tres pisos, que quedará totalmente terminado y habilitado en Abril de 1926.

Las Escuelas de Farmacia, Química y Dentística y reparticiones anexas funcionaron con toda regularidad y todas ellas gozaron de las ampliaciones, progresos y fomentos que el presupuesto de entradas de la Corporación ha permitido.

La Matrícula de la Secretaría General ascendió a principios de este año a trescientos sesenta y tres alumnos.

Las actividades de Extensión estuvieron representadas prin

principalmente por las Conferencias ofrecidas por el Departamento respectivo y la publicación de la revista **ATENEA** que cumplió en 1925 su segundo año de existencia y cuya obra de cultura ha sido tan elogiosamente acogida tanto en nuestro país, en que es, tal vez, la primera publicación de su naturaleza, como por la crítica, instituciones educacionales y prensa extranjeras.

En el curso de este año, la Universidad de Concepción vió felizmente coronados sus esfuerzos con la obtención de la disposición gubernativa que autorizó, reglamentó y dió forma legal a las gestiones de donaciones con sorteos que practica nuestra Oficina de Subsidios. Tal acertada medida, reconociendo las bases y condiciones de absoluta honradez y seriedad de las operaciones de nuestra Oficina de Subsidios, ya ampliamente conocidas por la prensa y el público, permitirá a la Universidad de Concepción continuar con mayor holgura y facilidad el progresivo desarrollo de su obra educacional y cultural, tan insistentemente reclamado por las necesidades del país,

El presupuesto general ordinario para 1925 ascendió a \$ 632,156.70, y se distribuye en la siguiente forma:

Secretaría y Tesorería generales (comprendidos los gastos de avisos, publicaciones y propaganda, adquisición de útiles de escritorio para Oficinas y Escuelas, publicación de ATENEA , Extensión Universitaria, contribuciones, impuestos y seguros de todos los Departamentos, sostenimiento del Curso de Ciencias Económicas).	\$ 95,654.70
Escuela de Pedagogía.....	77,200.00
Escuela Dental.....	159,448.00
Escuela de Medicina.....	148,826.00
Escuela de Farmacia.....	60,952.00
Escuela de Química Industrial.....	81,076.00
Total.....	\$ 623.156.70

A este Presupuesto deben agregarse Gastos extraordinarios

hasta por la suma de \$ 129,469.04, cuyas principales partidas se detallan a continuación: Comisión de estudio a don Enrique Madsen (\$ 6,745.00); Comisión de estudio a la señorita C. Vargas (\$ 3,000.00); Trabajos de higienización en la Escuela Dental (\$ 4,300.00); Creación del cargo de Jefe de trabajos prácticos en la Escuela de Medicina (\$ 7,200.00); Adquisiciones para completar el Laboratorio de Fisiología (\$ 20,000.00); Adquisición de nuevos sillones de Clínica para la Escuela Dental (\$ 5,000.00); Delegación al Congreso Dental de Buenos Aires (\$ 13,061.54); Delegación al Centenario de Bolivia (\$ 6,785.00); Adquisiciones para el Laboratorio de Física de las Escuelas de Medicina y Farmacia (\$ 25,000.00); Adquisición de un sifio a la H. Junta de Beneficencia (\$ 9,861.00).

Del Ejercicio General de Tesorería se deduce que, el 31 de Diciembre de 1925, el haber universitario ascendía a la suma de \$ 1.476,148.30, distribuído como sigue:

Muebles y útiles.....	\$ 407,495.19
Depósitos a plazo.....	550,299.41
Propiedades.....	516,644.88
Varios.....	1,708.82

Total de Activo..... \$ 1.476,148.30

Renovación de las autoridades universitarias

EONFORME a las disposiciones de los Estatutos que rigen la vida legal de la Universidad de Concepción, cada tres años debe procederse a la renovación del Directorio Universitario, que es el cuerpo administrativo superior de la Corporación. Este año correspondía, además, proceder a la renovación del cargo de Presidente de la Universidad.

En esta virtud, el 30 de Abril pasado se reunió la Junta General de socios de la Corporación. En esta reunión se dió lectura a la Memoria presentada por el Directorio pasado sobre la marcha de la Universidad en el trienio comprendido por los años 1923, 1924 y 1925, período para el cual fué elegido. Conocido este documento, que daba cuenta del mandato administrativo del Directorio, la Junta General, por la unanimidad de los socios asistentes, acordó aprobar la labor desarrollada por dicho cuerpo y, por indicación del socio don Zenón Urrutia, otorgó al Directorio que terminaba sus funciones un voto de aplauso por la eficiencia de su obra.

Practicada en seguida la elección de las diez y nueve personas que debían constituir el Directorio Universitario por el período de 1926 a 1928, quedó con este hecho establecida la nueva autoridad que ha de regir la marcha de la Universidad de Concepción.

Algunos días después, y con el objeto de proceder a la elección del nuevo Presidente de la Corporación, se reunió el Claustro Pleno Universitario, formado por los directores recién elegidos, los profesores de la Universidad y un delegado de los alumnos elegido por cada una de las Escuelas. De este acto

resultó reelegido para el cargo directivo superior de la Universidad, por la casi unanimidad de los votos, don Enrique Molina.

La renovación del Directorio trae consigo la del Consejo Universitario, cuerpo a cuyo cargo está la dirección de las actividades propiamente docentes de la Corporación, y la de los Delegados del Directorio que tienen la supervigilancia de las Escuelas Universitarias.

Efectuadas las designaciones a que se ha hecho referencia, las autoridades universitarias han quedado constituídas en la siguiente forma:

Directorio.—Presidente: don Enrique Molina; Vice-Presidente: don Julio Parada Benavente; Secretario General: don Luis D. Cruz Ocampo; Tesorero General: don Eliseo Salas M. Directores: don Francisco Amthauer, don Antonio Aninat, don Néstor Bahamonde, don Serapio Carrasco, don Alberto Coddou, don Desiderio González M., don Enrique González Pastor, don Guillermo Grant B., don Aurelio Lamas, don Augusto Rivera, don Alcibiades Santa Cruz, don José M. Santander, don Luis Urrutia, don Pedro Villa Novoa y don Samuel Zenteno A.

Consejo.—Presidente: don Enrique Molina; Secretario: don Luis D. Cruz Ocampo; Consejeros: don Serapio Carrasco, don Alberto Coddou, don Salvador Gálvez, don Enrique González Pastor, don Guillermo Grant, don Julio Parada B., don Alcibiades Santa Cruz y don Samuel Zenteno A.

Delegados.—De la Escuela de Pedagogía: don Enrique Molina; de la Escuela de Medicina: don Guillermo Grant; de las Escuelas de Farmacia y Química Industrial: don Alcibiades Santa Cruz; de la Escuela Dental: don Enrique González Pastor.

Extensión Universitaria

LAS últimas actividades del Departamento de Extensión de nuestra Universidad están constituídas por el curso de tres conferencias dictadas en el aula pública de la Corporación por don Emmanuel Galland, actual Secretario de la Div. Estudiantil en la Federación Sud-americana de la Asoc. Cristiana de Jóvenes.

La primera de sus conferencias desarrolló el tema *Hacia la formación del carácter. La personalidad y la obra de un educacionista contemporáneo: F. W. Foerster*.

Fué una disertación dedicada especialmente a los alumnos universitarios y a los de la Escuela Normal. El estudio del señor Galland se refiere muy en especial al período comprendido por los diez últimos años de la vida de Foerster, el más interesante desde el punto de vista de su labor educacional. Comprende también el análisis de algunos de sus libros: *Escuela y carácter, En los umbrales de la mayor edad, Para formar el carácter, Cristo y la vida humana*, etc.

La segunda conferencia llevaba por título *Trepando las Cumbres*, fué dedicada a los alumnos de Humanidades y es una consideración sobre los problemas que se ofrecen al joven y una exhortación a prepararse para la vida, despertando la conciencia y disciplinando la voluntad.

La tercera disertación fué *Ideales y realidades estudiantiles en Europa*. En ella reveló el señor Galland poseer una cabal experiencia sobre la vida estudiantil europea; expuso, además, interesantes ideas sobre lo que llamó las fuerzas destructoras y creadoras en Europa y su influencia respecto del individuo.

Congreso Nacional de Farmacia

 A Facultad de Ciencias de la Universidad de Concepción y la Sociedad Farmacéutica han tomado la iniciativa de organizar un Congreso Nacional de Farmacia que ha de celebrarse en nuestra ciudad el 17 de Septiembre de este año, para concurrir a la inauguración del nuevo local de la Escuela de Farmacia y Química de nuestra Universidad.

Tiene por objeto este primer Congreso Chileno de Farmacia propender al perfeccionamiento y dignificación profesional de la carrera respectiva y al desarrollo intensivo de la ciencia farmacéutica; se estudiarán en él todas las cuestiones relacionadas con el levantamiento del nivel social del farmacéutico, con su posición ante la nueva legislación sanitaria, con la reforma de los programas de estudios, con la formación de una gran Asociación Farmacéutica de Chile. etc., etc.

Las diversas materias que constituyen el programa del Congreso se han agrupado en dos secciones generales:

- A) Instrucción y legislación, y
- B) Temas referentes a la profesión misma.

Junto con celebrarse las sesiones del Congreso, se abrirá en el local de la Escuela de Farmacia una gran *Exposición* de productos farmacéuticos, cuyo éxito es seguro, si se considera la notable acogida que esta idea ha encontrado entre los interesados.

La Comisión organizadora del Congreso está constituida en la siguiente forma: Presidente: don Salvador Gálvez R., Tesorero: don Evans Weassor, Vocales: Dr. don Guillermo Grant B., don Alejandro Paredes, don Enrique Giraud, don Juan Ze-

melman, don Luis Mayorga, don Augusto Pfister y doña Elisa Guerra, Secretarios Generales: don J. Ernesto Mahuzier y don Juan Perelló P.

Los siguientes son los *temas oficiales* del Congreso:

- I.—Legislación farmacéutica.
- II.—Reforma del plan de estudios de la Escuela de Farmacia.
- III.—Farmacopea nacional.
- IV.—Asociación Farmacéutica de Chile.
- V.—Ética profesional.
- VI.—Creación de la Facultad de Farmacia.
- VII.—Protección a la Industria farmacéutica nacional; Arancel aduanero y Ley de impuestos a los específicos.

Todos los datos relativos al Congreso deben solicitarse a la Secretaría de la Comisión organizadora (Concepción, O'Higgins 850, Casilla 265).

NOTICIARIO

BLASCO Ibáñez no ha cejado en su campaña contra la monarquía y la dictadura españolas. Recientemente ha lanzado, por intermedio de la casa Flammarion, un volumen que es la continuación de su «Alfonso XIII desenmascarado». «Ce que sera la république Espagnole» es el título de su nuevo folleto.

—En Francia no se olvida a los buenos escritores del pasado. Un completo estudio sobre Maupassant acaba de ser publicado por Georges Normandy. Estanislao Fumet renueva el interés por la obra de Baudelaire—escasa y exquisita—con su volumen «Notre Baudelaire». P. Martino, en fin, se ocupa de «Parnasse et Symbolisme», estudiando con singular agudeza las características de una y otra escuela.

—La publicación del libro sobre Dostoyevski, obra de la hija del novelista, ha dado origen a numerosos comentarios. Toda clase de críticos y cronistas han analizado este trabajo que ofrece nuevas perspectivas sobre la existencia del autor de «El idiota».

—La muerte de Mr. Peter H. Goldsmith, ocurrida el 8 de Abril último, ha determinado la extinción de «Inter-América», buena revista de intercambio intelectual americano. El señor Goldsmith, conocedor certero de la vida de los países del nuevo continente, había puesto al servicio de esta iniciativa todo su entusiasmo y toda su ilustración. Con su muerte deja de publi-

carse un buen órgano de la inteligencia mutua entre los pueblos del nuevo mundo.

—Ha sido anunciada la celebración de una Semana Española, en París, que contaría con la colaboración de numerosos escritores de nuestra lengua.

—La Residencia de Estudiantes de Madrid iniciará dentro de poco la publicación de una revista de estudios, que cuenta con los mejores escritores y maestros de España para sus trabajos. No es la primera intentona editorial de la Residencia. Hace algunos años editó, con lujo sobrio, diversas obras de Ortega y Gasset, Azorín, Unamuno, Eugenio D'Ors, etc. No es aventurado, por esto, suponer que su Revista será una publicación estimable.

—La escritora sueca Ellen Key ha fallecido hace poco. Era autora de un buen número de libros que, en sus traducciones francesas, inglesas, italianas, españolas, etc., habían obtenido grandes triunfos. «El siglo de los niños», «Amor y matrimonio» son las más destacadas de sus obras.

—La *Revue Latine* de París, por intermedio de su redactor Gastón Picard, ha hecho una encuesta sobre Víctor Hugo, a propósito de la fundación de la cátedra Víctor Hugo en la Soborna. Entre los más entusiastas hugólatras, merece citarse a José Delteil, quien ha respondido a Picard: «¡A su lado, qué pequeño se ve todo! Es grande, vastísimo. Es la encina. Y sin duda yo no desdeño las rosas. Pero la encina está por encima de las rosas». Montherlant, en cambio, ha respondido con cierta acritud, sin conceder nada a Víctor Hugo.

—Un nuevo Congreso Internacional de PEN Clubs se ha reunido en Berlín, en la segunda quincena del mes de Mayo último. El 16 del mes citado se efectuó la primera reunión. Al día siguiente se realizó el almuerzo de estilo, en el Hotel de

Ville (Municipalidad) de Berlín. El 18 se efectuó un banquete en el Kaiserhof. El 19, en fin, excursiones a Potsdam y a Wamsee pusieron fin a la reunión. En el curso de ella se trató de la constitución del Comité superior internacional, del problema de las traducciones, de las condiciones para ser miembro del P E N Club, etc. La delegación británica era presidida por John Galsworthy, y la francesa por Paul Valéry. Un segundo número del Boletín de la Federación de los P E N Clubs ha sido publicado, con artículos de Mistress Dawson Scott y de John Galsworthy y numerosas informaciones internacionales de importancia para la institución.

—Ossendowski, que en poco tiempo ha venido a ser uno de los más ingentes prestigios del mundo intelectual, anuncia la publicación de cuatro nuevos libros. «Le Nord enflammé», relatos de viaje por Africa del Norte; «Hors de la grand muraille de la Chine», continuación de «Bestias, hombres, dioses»; «L'Aiglonne», novela marroquí, y «Le sorcier noir» son los títulos de sus obras. Todas ellas, como se ve, continúan beneficiando la mina aventurera en que ha cavado, con singular fortuna, Ossendowski.

—Una verdadera novedad literaria es el Congreso de Críticos, que se ha celebrado recientemente en el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual de París. Fué constituido por enviados de las labores críticas de muchos países de los diversos continentes. América estaba representada por el crítico brasileiro Severiano de Rezende y por el mexicano Alfonso Reyes. Las materias tratadas son abundantes y significan un paso más en la inteligencia internacional de los escritores.

—Un libro de Alvaro Melián Lafinur, joven y destacado escritor argentino, publicado hace algunas semanas en París, ha sido objeto de entusiastas elogios. Entre otros, ha escrito sobre el Francisco García Calderón. El libro de Melián Lafinur se ocupa de grandes figuras continentales. De su patria escoge a Rivadavia, Mitre, Avellaneda, Güemes, etc. Otros capítulos de-

dicados a Rodó, a Darío, etc., dan a la obra de Melián Lafinur un carácter más próximo y literario.

— Con ocasión del segundo tomo del «Journal intime» de Jules Renard, que ha sido publicado hace poco, se ha hecho objeto de algunos homenajes al autor de «Zanahoria». Los críticos dicen que esta obra encierra muchos puntos de vista interesantes sobre la vida de uno de los escritores más leídos de nuestro tiempo.

— La Academia de Medicina de París ha celebrado el jubileo de un sabio hartamente discutido: Carlos Richet. Como se sabe, el doctor Richet es una especie de polígrafo, que no sólo ha escrito obras de historia, novelas, poemas, obras filosóficas y psicológicas, sino que también ha intentado sistematizar y convertir en materia de investigación científica algunos experimentos metapsíquicos. En la sesión solemne que se dedicó al doctor Richet pronunciaron discursos laudatorios M. Painlevé y M. Léon Fredericq, quien confirió al doctor Richet la Orden de Leopoldo de Bélgica.

— El libro de James Joyce publicado en Francia con el título «Gens de Dublin», ha sido leído con avidez curiosa y ha provocado artículos ya entusiastas, ya condenatorios. Uno de los más entusiastas es el de Edmond Jaloux. En él el autor dice que los escritores franceses siempre han tenido algún escondido propósito didáctico o lógico al escribir sus obras. En Joyce no aparece nada de eso, sino que la vida atraviesa por las páginas de su obra, indeterminada, flotante. El autor no pretende sacar ninguna conclusión; no predica, no hace labor de pedagogo. De allí, concluye Jaloux, la extraña impresión que a los franceses produce este escritor.

— Waldo Frank, un escritor norteamericano cuyo prestigio crece día por día, ha publicado recientemente un libro titulado «Virgin Spain», a la vuelta de un viaje por España. En nuestro

próximo número daremos mayores datos sobre esta obra y sobre la interesante personalidad de su autor.

—Fernando García Oldini, el crítico, el político, el ensayista, el poeta, el músico, el orador, el discutidor perenne y apasionado, el periodista de todos los asuntos, el Oldini de alma redonda porque en ella todo repercute, ese mismo Oldini fantasmagórico y presente que estaba en todos los lugares, desde su actual rincón de Suiza ha enviado los originales de un nuevo libro.

Los que conocen *Y dolor, dolor, dolor...*, sus conferencias musicales o su ensayo sobre literatura biológica; los que estuvieron con él en las asambleas o los que desde una butaca lo vieron tocar la flauta; los obreros del mitín, las jovencitas que estudiaban piano, los demócratas empedernidos, la banda de Pablo Neruda, los estudiantes, los hombres de espada y los curas, cuando aparezca su libro, estarán frente a un Oldini diverso. Y a través de su prosa sonora, imantada y movable hasta el extremo, verán las doce figuras que llenan su libro.

Gabriela Mistral, Pedro Sienna, Pablo Neruda, Rokha, C. Préndez Saldías y otros más, aparecerán, ante el hombre que lee, en una actitud hasta ayer desconocida.

Y esto ocurrirá porque Oldini no acepta que los escritores sean como generalmente se cree que son. El los ve distintos y los entrega al juicio de sus contemporáneos tal como los ve. Es decir, tal como no los vemos nosotros.

—Con el nombre de «Educación», el conocido profesor y publicista Emilio Uzcátegui García ha iniciado la publicación de una revista, destinada a reseñar las actividades educacionales del profesorado ecuatoriano y a divulgar las experiencias pedagógicas de todas partes.

EX-LIBRIS

SUS MEJORES CUENTOS, por *Mariano Latorre*. Editorial Nascimento, Santiago, 1926.

Uno de nuestros cuentistas más destacados y colaborador habitual de *Atenea*, Mariano Latorre, reúne en las páginas de este libro aquellos cuentos suyos que han merecido mayores elogios y dos inéditos. Autor de «Cuentos del Maule», de «Cuna de cóndores», de «Zurzulita», de «Ully», Latorre es uno de los prestigios más sólidos de las generaciones literarias jóvenes. En este libro se ve hasta qué punto merece el autor los dictados de la crítica y el favor creciente del público.

Vuelve a hacerse notar con ocasión de este libro el talento especialmente narrativo del autor. Para él, como decía Gautier, existe el mundo exterior y no sólo existe sino que también tiene caracteres que lo hacen digno de ser materia de arte. Las descripciones de Latorre demuestran a un paisajista de primer orden a quien la naturaleza despierta emociones vivísimas que, perpetúa en las páginas de sus libros.

Contiene este volumen dos cuentos inéditos, «El aspado» y «La desconocida», que son dos pequeñas obras maestras, tanto por el acierto en la acción de los seres que en ellos viven como por las descripciones del ambiente en que actúan. También nos prueban estos dos relatos que Mariano Latorre continúa en sus nuevas obras rindiendo el tributo de su admiración a la naturaleza.

Tal vez pudiera reprocharse al autor el que su excesivo cariño por los aspectos pictóricos del arte literario le haya hecho

olvidar un poco los dominios de la psicología. Pero cuando Mariano Latorre quiere ahondar en las almas sabe hacerlo con acierto y discreción sumas. Así, al menos, podemos ver en «La desconocida», uno de los dos cuentos inéditos de este libro que no será olvidado.

Impresa con sobria elegancia por Nascimento, «Sus mejores cuentos» es una obra que logra definirnó íntegramente la personalidad de su autor.

LOS ORÍGENES DE LA VIDA, por *D. L. de Saint-Ellier*. Agencia Mundial de Librería. Madrid, Buenos Aires, París.

Los viejos debates en torno al origen de la vida en el planeta no han cesado ni llevan vías de terminar en una fecha próxima. No sólo hay vinculado a ellos un interés científico, no sólo se lucha por la posesión de la verdad. Lo que explica el encono que demuestran filósofos y hombres de ciencia para ocuparse de estos temas, es que a ellos hay adscrito un contingente de fe amplísimo.

En este breve folleto se hace una crítica de las teorías evolucionistas y transformistas, proclamadas por Darwin y otros investigadores, en la forma clásica que asume la controversia conducida por los creyentes. El argumento contra el evolucionismo es el orden. ¿Cómo ha podido ordenarse de manera tan *maravillosa*—tal es la palabra empleada—el mundo conocido, si no fué creado por una inteligencia y un poder superiores?

Como todas las obras escritas por hombres en cuya formación intelectual han pesado siempre más los argumentos de autoridad que el juicio personal, en esta hallamos una referencia dilatada a trabajos como los del entomólogo Fabre. Es sabido que Fabre era deísta y que tras el instinto en los insectos veía la mano de la providencia que había forjado, en su opinión, el universo todo.

Otros hombres de ciencia también creyentes siguen dando al autor de esta obra pruebas que le confirman en su creencia. En realidad siempre se ha necesitado mucho menos que eso para

sentir fe en una causa directora, en una inteligencia superior y en un poder más alto que todos los poderes. Pero el autor sabe que el efecto de citas y alusiones de esta clase es poderoso y que la propaganda no debe renunciar a este expediente.

EL ULTIMO DECADENTE. Novela de *Armando Zegrí*. París, Editorial Le Livre Libre.

He aquí un libro que vale más, mucho más, que su título. ¿Quién sabe si el autor se ha visto desbordado por su tema, a medida que lo desarrollaba, y ha sido llevado mucho más lejos de lo que quería, sobre todo a mayor profundidad?

El decorado es decadencia, y también las conversaciones, y las paradojas, que recuerdan, en efecto, las del *Retrato de Dorian Gray*. Pero el tema es un tema eterno, uno de esos temas que obligan, por así decir, a la obra maestra, por poca sinceridad absoluta que se tenga.

Pero ha sido con una absoluta sinceridad como Armando Zegrí ha estudiado su personaje de Dalia de Rodas, tipo de perversa por coquetería. Tipo acaso bastante raro; pero temible y gran destructor de energías masculinas... Es Carmen, es la heroína de *La Femme et le Pantin*. Y verdaderamente Dalia es digna de entrar en esta galería de retratos femeninos.

Nada hay, en efecto, que produzca un contraste más vivo que el tono de decadencia de esta obra preciosa y tan cerebral, y la salud, si así puede decirse, de la aventura, su normalidad robusta, experimentada, llena de vida. — *Francis de Miomandre*.—París, 1926.

MIRADOR, por *Rosamel del Valle*.—EL AVENTURERO DE SABA, por *H. Díaz Casanueva*. Ediciones Panorama. Santiago, 1926.

En estos dos libros de estos dos muy jóvenes poetas, adviértese notoriamente una igual tendencia a la absoluta libertad de creación, libertad solamente sopesada por un afán de dig-

nidad literaria sobresaliente, profundo; libertad y dignidad incontrables hasta ahora en el abigarrado, retórico, banal, libro de versos sudamericano. En estos dos cuadernos predilectos vemos cómo la poesía, casi desprendida de agregaciones y mezclas, ha evolucionado dentro de sí misma, ha soltado sus elementos íntimos y propios, chocándolos, variándolos, desarrollándolos hasta elevar una purísima flora, de solidísima valoración intrínseca.

El libro de del Valle corresponde a una personalidad viva, de gran impresionabilidad. Su ambiente objetivo es amplio, pero el poeta corta a hachazos el ramaje, y escoge. Escoge del Valle el fruto altísimo o el nido del hallazgo, y su verso meridiano, nervioso, tiene la cingladura de la pedrada al partir.

Díaz Casanueva lo es de mayor intimidad lírica; su palabra apenas sale del anillo secreto del corazón; tartamudea no al buscar su fondo sino al expresarlo; y ese temor presta como un temblor nuevo a su poesía, da una delicadeza y valor extraordinarios a sus resultados, seduce, maravilla.

La crítica oficial apenas ha mencionado estos dos libros. Porque en realidad ellos tienen por sí solos su profunda atmósfera, y para escritores que producen conociendo con tanta fuerza y nobleza el material literario, debe ser sin duda indiferente el acuerdo o desacuerdo con ella.

GLOSARIO DE REVISTAS

El Teatro del Mirlo Blanco

En un artículo reciente para *La Nación* de Buenos Aires, Enrique Díez Canedo ha revelado el comienzo de una interesante realización teatral. En Madrid, en casa de la familia Baroja, y por obra del entusiasmo de doña Carmen Monné de Baroja, esposa de don Ricardo, «pintor, dramaturgo y hombre de variadísimas aptitudes, hermano de Pío Baroja, el gran novelista», ha principiado a funcionar en los primeros meses del año el *Teatro del Mirlo Blanco*. El 7 de Febrero, en efecto, han comenzado las representaciones de que Díez Canedo da cuenta en su artículo.

«El escenario—nos dice el autor—está dispuesto en un fondo de salón, rincón íntimo, techado más bajo que el resto de la pieza, porque otra pequeña habitación superpuesta, que se abre en galería al ámbito mayor, le corta la mitad de la altura. Poco más alto es el escenario que un hombre puesto

en pie; y la profundidad tampoco es mucha, como puede comprenderse.» En tan breve espacio de terreno se ha hecho mucho. Diversos artistas, presididos por Ricardo Baroja, han pintado decoraciones llenas de novedad y atracción. Siendo tan pequeño el escenario, uno de los trabajos más considerables ha sido ampliarlo, al menos para fáciles efectos de óptica, por medio de procedimientos eficaces. «Sucesivamente hemos visto aparecer en ese escenario una sidrería vasca, un café madrileño de barrio, una botica de pueblo, una estancia de un enfermo y la de un moribundo, el gabinete íntimo de un hipnotizador. En el caso del café madrileño, una disposición ingeniosa sugería, tras el primer recinto, otros más amplios.» «Claro está—agrega Díez Canedo—que la tendencia simplificadora, impuesta no sólo por limitación de local sino por el sabor moderno que se ha intentado dar a las decoraciones, era la predominante.»

Pero ya es tiempo de que

nos ocupemos de las piezas que se han llevado a la escena del Mirlo Blanco. «Sólo un autor extranjero—dice Díez Canedo—el norteamericano O. Henry, ha sido representado en El Mirlo Blanco: el diálogo «Misericordias comunes», en que un ladrón reumático penetra en la habitación de un enfermo de reuma, a quien ya se le pasa el ataque, y la común enfermedad une los ánimos de aquellos dos hombres que parecían llamados a no entenderse en el terreno de lo tuyo y lo mío.» «Una autora, Beatriz Galindo (seudónimo de doña Isabel Oyarzábal de Palencia), ha dado un apunte de drama sintético». Otro autor que ha llegado hasta el Mirlo Blanco es Cipriano Rivas Cherif, «excelente traductor de obras italianas» y artista a quien los problemas del teatro siempre han interesado de manera vivísima. Su obra es un «paso de grand guignol» llamado «Trance». Ricardo Baroja, por su parte, ha contribuido con un cuadro titulado «Marinos vascos», a cuya vigorosa emoción alude Díez Canedo con términos especiales. Valle Inclán también ha contribuido a la iniciativa con algunos fragmentos de su obra «Los cuernos de don Friolera». Pero el autor más importante que ha llegado hasta las tablas del Mirlo Blanco es Pío Baroja. De él se han representado dos obras: «Adiós a la bohemia», diálogo que

figura en el libro titulado «Nuevo tablado de Arlequín» y ya representado por Mercedes Pérez de Vargas; y «Arlequín, mancebo de botica o los pretendientes de Colombina». Esta obra fué escrita por Pío Baroja especialmente para el Mirlo Blanco y ha sido calificada por Díez Canedo como la obra maestra de este teatro familiar. El crítico agrega: «Los personajes de la comedia italiana vuelven a hacer sus muecas de amor y de broma en la farsa del autor de «El árbol de la ciencia». Un Pío Baroja humorista no es, propiamente, una novedad. Pero un humor tan risueño, tan despreocupado, tan fácil para la expresión vivaz, tan vigorosamente animador de los tipos de pretendientes, el medicastro, el albéitar, el gendarme, del gracioso lacayo y la empingorotada condesa, del boticario Pantalón, padre de Colombina, y del aturdido mancebo Arlequín, cuya aristocrática cuna se descubre al final, no había dado, tal vez, fruto tan espontáneo y gracioso en la obra del novelista vasco.»

No es esto todo: el propio Pío Baroja subió a la escena y desempeñó un papel de importancia en su farsa, el de Señor Pantalón, siendo secundado en el de Arlequín por Cipriano Rivas Cherif. Díez Canedo termina su artículo con las siguientes palabras: «¡Buen capítulo para la biografía del

«hombre humilde y errante», del humorista a veces malhumorado! Pío Baroja, y los actores del Mirlo Blanco, señorita Natividad González, señoras Bach de Goldenberg, Juan de Benito, de Palencia, de Caro, de Abreu, señores Baroja (R.), Rivas Cherif, García Bilbao, Vighi y de la Fuente, merecen ver consignados sus nombres en el frontón del templo de Talía.»—S.

El dandysmo de Baudelaire

La figura de Baudelaire no ha pasado del todo en el film vertiginoso de la actualidad. Las modernas generaciones francesas le tienen, es cierto, un poco olvidado, pero eso no quita que sea para muchos jóvenes escritores y artistas un nombre respetable. Fuera de Francia, su influjo es seguramente mayor. Para algunos amateurs chilenos, Baudelaire sigue viviendo una existencia esencial y pristina. Dios que merece todos los holocaustos, tiene un culto, con ritos propios y especiales.

Un escritor francés que no ha sido del todo infiel a Baudelaire, Estanislao Fumet, ha publicado recientemente un estudio sobre el dandysmo en el poeta de «Las flores del mal»*. No dice cosas que sean enteramen-

te una novedad para el buen conocedor de la obra baudelairiana, pero su artículo tiene un interés innegable. Desprendamos de él algunos acápites.

Fumet comienza por decirnos que el maestro «quería embellecer la vida y la naturaleza», anhelo que se oculta en el corazón de todo poeta. Pero el medio que preconizaba Baudelaire no es el más común. «Su dandysmo—escribe Fumet—era la doctrina del progreso personal, en oposición al pseudo-progreso mecánico que las democracias no dejan de hacernos sentir.» Según Baudelaire hay sólo un progreso posible para el hombre consciente de su propia esencia. Es el que le «desembaraza del mal moral»: doctrina que lleva aparejadas muchas peregrinas consecuencias que es interesante reseñar. «El dandy—dice Fumet—aspirará, entonces, a lo sublime. Elevará su corazón, lo distraerá, por los pensamientos metafísicos y por la voluntad de la caridad divina, de los sentimentalismos fáciles y mínimos.» «Sus ademanes—agrega—serán medidos, armoniosos y protestarán contra toda infame vulgaridad. Moral de lo bello, sin duda, pero de lo bello tomado en su esencia, como equivalencia o irradiación del bien.»

Tenemos ya definido de ma-

* Forma parte este trabajo de un libro de Fumet, titulado «Notre Baudelaire», lanzado a la publicidad hace poco por la colección «Le voseau d'or».

nera bien precisa un aspecto que se halla en muchos episodios de la vida de Baudelaire y que informa buena parte de su obra. Muchos años más tarde, en buena lengua castellana, Azorín nos dirá lo mismo que Baudelaire: «Ocultad vuestros dolores; haced bella y fuerte la vida.» Y en esta breve sentencia reconoceremos el eco de las voces de los estoicos, viejas como la civilización occidental y acaso como todas las civilizaciones. Fumet resume su pensamiento en las siguientes líneas: «En una palabra, el dandysmo es el estoicismo. El estoicismo del siglo diecinueve. Una antecámara del cristianismo para los hombres muy delicados y para los suicidas fracasados.»

Oportuno es entonces recordar que en el número de éstos se halla Baudelaire. A los veinticuatro años, Baudelaire, joven genial, a quien más de una desgracia de familia hacía sentir sobre sus espaldas el peso de una soledad perfecta, atentó contra su vida. ¿Por qué pretendió matarse? Él mismo nos lo dirá: «Me mato porque soy inútil a los demás y peligroso para mí mismo.» Pero lo más curioso de todo es que pretende matarse también porque es creyente... He aquí un católico que no cumple de manera muy fiel los mandatos de su comunión. Liberarse de la vida es para él la culminación de su

dandysmo íntimo. Pero suicidarse es, para la religión, un pecado que no tiene dispensa alguna.

Pero esto no es lo más importante: veamos entretanto algo más del dandysmo de Baudelaire, llevado, como se ve, hasta sus últimos extremos por el joven poeta. Muchas cosas le parecen a Baudelaire condenables y dignas de execración. Su criterio de dandy le alejará no sólo de todo aquello que forma lo patético vital: las emociones, las pasiones, los extremos políticos, sino también de actividades sociales como el comercio. Nadie le pide al poeta que sea comerciante, sin duda, pero el poeta nos dice: «El comercio es satánico, porque es una de las formas del egoísmo, y la más baja, la más vil.» Todo en Baudelaire es desprecio de la cantidad por la calidad. No acepta que se piense en rebaño, que los hombres se congreguen para ocuparse de un asunto común. Lo excepcional y privativo es lo que desea su espíritu. Fumet dice que si el poeta manifiesta un sentido tan estricto en lo que se refiere a puntos que no le tocan de cerca, cuál no será su estrictez si se trata del arte. Y agrega más adelante esta pequeña pregunta profunda: «¿Cuántos de aquéllos, tan numerosos, que admiran a Baudelaire, le siguen hasta donde va él?»

Los pensamientos de Baudelaire

laire sobre el arte son ya más conocidos, y han sido divulgados por sus discípulos y seguidores, no siempre con mención especial del poeta. De seabá el maestro del parnaso que los menesteres del arte fueran patrimonio de unos cuantos hombres a quienes se pudiera confiar tal tarea. Estos eran para él los verdaderos *aristócratas*, es decir, seres refinados y exquisitos que habían llevado el dandysmo a lo más íntimo de su alma. El artista se halla, para Baudelaire, solo en el mundo, y la multitud lo excera. Recuérdese aquel admirable, aquel maravilloso poema en que una madre, grávida de un hijo que va a ser artista, increpa al cielo por aquella «maldición». El dandy completa su ciclo con muchas otras expresiones así, en verso y en prosa, que revelan el fondo de su pensamiento. Su arte es un arte distinguido, de guante blanco. La inmutabilidad es patrimonio de muy pocos. A la multitud la enloquecen lo patético, el gesto desenfrenado y el grito sin medida.

Pero para Baudelaire pasan los años brillantes de la juventud, en los cuales podía hacer el cuadro integral de su dandysmo. No sólo era dandy en lo que se refiere a sus sentimientos, a su arte, a su vida. También lo era en el vestir. Sus biógrafos nos han dejado

de él una imagen perfecta. Vestía con un buen gusto propio y personal que, por el hecho mismo de no ser el común, parecía exagerado. El mejor sastre y los más afamados camiseros y sombrereros abastecían su guardarropa. No era Baudelaire hombre de fortuna, pero todo aquello que ganaba, o casi todo, se convertía en corbatas, redingotes y bastones de puño de oro. Llegado a la madurez, madurez un poco gastada, acaso vejez prematura, no le queda al poeta otra cosa que su dandysmo interior. Solo, como siempre vivió, exagerando un poco el sentimiento de su soledad, ya no se le ve como antes lucir la levita mejor cortada o el bastón más hermoso. Pero su espíritu sigue, hasta el último día de su vida, alentado por la distinción que le erguía por sobre sus contemporáneos.

Fumet termina su artículo con un oportuno recuerdo de algunas palabras de Jesús a sus discípulos. «Cuando ayunéis—dice el Maestro—no debéis presentaros demacrados, como los hipócritas, que extenúan su semblante para que se suponga que un prolongado ayuno les tiene así.» Baudelaire reconoce en Jesús un antecesor de su dandysmo, no el primero, sin duda, si se recuerda la escuela estoica, pero sí uno de los más destacados.—S.



Sigamos, al ofuscado y apasionado crítico, a lo largo de sus opiniones sobre nuestros principales escritores y prohombres de la pasada centuria.

BILBAO

El artículo que el crítico pelucón consagra a Francisco Bilbao es el mejor exponente de la feroz intransigencia de sus preocupaciones religiosas, de su mezquindad de espíritu, de su insidiosa virulencia. Cruz no concibe ni acepta la admiración desinteresada y sincera, la espontaneidad, el entusiasmo, la comunidad de ideas: todo lo mira a través de un prisma de pequeñez, de egoísmo, de sentimientos inconfesables y ruines. Para él Bilbao es un iluso, un desequilibrado, un insano, aquejado de perturbación mental, que vive en medio de las alucinaciones de una semilocura. Leamos este párrafo de Cruz, revelador de toda la plebeyez de su alma y de las prevenciones de su pluma: «Uno de los que asistían con más constancia a las sesiones de la Sociedad, dice, era un hombre del pueblo, bastante andrajoso. No salía de allí. Bilbao se le acercó una vez y le dijo:

—Ciudadano, es necesario no olvidar que necesitáis del trabajo para vivir.

—Yo no, ciudadano, contestó, porque vivo de entusiasmo.» —¿Qué conclusión saca el escritor de esta admirable y preciosa respuesta, reveladora de la influencia de su verba ardorosa y del ascendiente que ejercía en el espíritu de las masas? Oigámosle: «Tal vez el roto estaría medio achispado, y quizás sería ese su estado normal e iría a dormitar a la Sociedad arrullado por la voz del orador. Pero, en fin, si le hubiesen preguntado: ¿entusiasmo de qué o para qué?, nunca habría podido decirlo claro. Casi todos irían a las sesiones a oír hablar como iban también a la retreta a oír tocar.» Esta glosa vulgar, tan *terre à terre*, no puede ser más desgraciada y pobre. Un verdadero escritor, una pluma más zahorí, habría obtenido de aquella respuesta una explicación mucho más humana y satisfactoria. Un

crítico tendencioso y prevenido como Cruz, no halló un comentario más adecuado que el burdo y ramplón anteriormente transcrito.

Pero para Cruz no fué el autor de «La sociabilidad chilena» un desequilibrado en todos los instantes de su azarosa existencia: cuando publicó en Lima unos «Estudios sobre la vida de Santa Rosa de Lima», estuvo en un momento lúcido, el único de su fecunda carrera! Sintetizando su opinión sobre Bilbao, Cruz escribe: «Y digámoslo también, los que aquí, en tiempos de agitación religiosa, intentan hacer revivir la memoria de Bilbao, ¿qué otra cosa procuran sino glorificar los escándalos que dió inconscientemente, a ver si otros se animan con el ejemplo y poder lanzarlos contra lo que convenga destruir, en cualquier orden de cosas? Grande abuso de la credulidad del vulgo es presentar a Bilbao como filósofo, regenerador, benefactor público, escritor notable. Ni dejó sistema alguno, ni fundación benéfica, ni regeneró nada, ni inventó nada sino obscuridades ininteligibles, ni supo discurrir, ni escribió cosa que valga la pena de leerse.» Esto está muy bien, particularmente en una persona tan respetuosa de los dogmas de la iglesia católica como el señor Cruz, pero, ¿nada más? ¿Qué es lo que admira la posteridad en Bilbao? Su entusiasmo, su valor moral, su obra de agitador de las masas y de los espíritus, su labor renovadora de las ideas y de las costumbres políticas, en medio de una sociedad dominada por el fanatismo, que sólo se preocupaba de invocar a Dios y rezar el rosario. Pero, consolémonos, la prédica de estos espíritus trogloditas cae en el vacío: la Cámara de Diputados acaba de autorizar recientemente la erección de un monumento al autor de los «Boletines del Espíritu».

LASTARRIA Y SUS ADMIRADORES

En el estudio sobre Lastarria y en el que le sigue sobre Lastarria y sus admiradores, hallamos la misma pequeñez de espíritu, la misma obstinada intransigencia, el mismo odio que orientan las páginas de la biografía de Bilbao. El liberalismo

del autor de los «*Recuerdos literarios*» y sus juicios sobre el partido conservador, son su obsesión, y contra ellos arremete, si no con atinados argumentos, con agresividad inspirada por el más rudo fanatismo, abultando los defectos y reduciendo los atributos, ampliando las sombras y trazando una semblanza antipática del hombre y del escritor. Es cierto que no le regatea algunos elogios: reconoce que de nuestros escritores es el que tenía mejor frase, pero que en lo que ha escrito anda muy señalado el ceño adusto del raciocinio y faltan casi por completo la sonrisa y el gesto expresivo de la imaginación. Esto, que en Lastarria es un defecto y cualidad característica en Vicuña Mackenna, da ocasión al crítico para formular un reparo. Agrega que Lastarria sabía exponer sus doctrinas con claridad, que tenía ideas filosóficas, pero carecía de originalidad. «Se conoce, se siente, escribe, diré más bien, que era hombre de verdadero talento, de un talento claro, vasto, generalizador, con muchas aptitudes para la especulación; que era hombre capaz de sobresalir con justo título en su género, y de escribir obras mejores, más útiles y mucho más duraderas que las que escribió.» Estos elogios, que a regañadientes le tributa el crítico, son una perla en un mar de disquisiciones agresivas e insidiosas.

Las opiniones de Lastarria sobre don Diego Portales y la política conservadora son las que más merecen la apasionada crítica del escritor pelucón. Para don Pedro Cruz, Portales descuella en nuestra historia como verdadero gigante, pero sin que consigne la justificación de su afirmación. ¿Cómo se explica el crítico conservador las opiniones de Lastarria sobre el omnipotente ministro de la administración Prieto? ¿Por la solidez de sus convicciones liberales, la tolerancia de sus principios, o por su repugnancia a la política de represión y arbitrariedades que simboliza aquel eminente hombre público? Nada de eso: la explicación es mucho más sencilla y muy del agrado del espíritu conservador: la causa de la malquerencia de Lastarria hacia Portales era la envidia. «Todo esto es una confusión, escribe. ¿Qué era, al fin, ese ministro? Era un grande hombre a quien nuestro autor odiaba y envidiaba. La ambición de éste no era otra que desempeñar en

Chile el papel que hizo el ministro, esto es, el de organizador de una sociedad nueva y fundador de su gobierno. Lastarria mira a Portales como un enemigo personal, como a un hombre que le ha arrebatado la gloria: en vez de la estatua de Portales, debía levantarse la del autor de las «Lecciones de política positiva». Este pobre autor debía sublevarse delante de su rival, considerándose como la inteligencia pura vencida por la fuerza bruta: sus teorías se estrellaron contra los sólidos muros que dejó levantados el que fundó el partido conservador en nuestra patria.» Y poco más adelante: «Y bien, ¿cómo había de conformarse nunca al ver que Portales, un hombre sin conocimientos, un simple mandón, un tiranuelo, como lo llama, llegase a ser la piedra angular del gobierno de su patria; mientras que él, Lastarria, nunca pudo aparecer sino como político mediocre, teniendo como tenía en sus manos las tablas de la verdadera política, la política positiva, y sabiendo como nadie lo que es a punto fijo la libertad y el derecho, y en qué consisten las evoluciones, y mil curiosidades de esta especie? Padebió muchos desengaños, y bien podemos perdonarle la acritud de sus desahogos.» Lastarria no condenaba, pues, a Portales porque veía en él la encarnación de un sistema político que repugnaba a su espíritu, no porque considerara inaceptables e injustificables sus arrestos de dictador, no porque rechazara con toda la fuerza de sus arraigadas convicciones sus funestas ideas políticas, sino porque lo envidiaba y sus opiniones las dictaba el despecho. Ya lo dijo un eminente escritor peninsular: «Insistiré siempre en que las características del espíritu conservador, y por lo tanto del criterio conservador, es ver de explicar la conducta ajena por los móviles más bajos. En substancia, plebeyez. Se deduce un doble postulado: el espíritu conservador suprime la energía ascendente y noble de la vida; el espíritu conservador es incapaz de engendrar grandes empeños o de comprender grandes obras de arte.» *

* Ramón Pérez de Ayala, en un artículo de la revista «España» de 9 de Abril de 1915.

En el capítulo que consagra a los admiradores de Lastarria, don Alejandro Fuenzalida Grandón, don Augusto Orrego Luco y don Paulino Alfonso, se acentúa esta tendencia a buscar una explicación en móviles bajos y mezquinos, a los elogios que los autores nombrados bordan en torno a la vida y la obra del autor de los «*Recuerdos literarios*». Comienza Cruz por asentar que no está suficientemente demostrada la importancia de los servicios prestados a la nación por Lastarria, y que se procura ensalzar su personalidad más allá de los términos debidos. Está visto: el proyecto de erigir un monumento al autor de «*La América*» no es grato al espíritu conservador. La evocación de la personalidad de Lastarria presta aquí asidero al crítico conservador para emprenderlas contra aquél, contra la enseñanza del Estado, don Valentín Letelier, Barros Arana y el mismo Fuenzalida Grandón. En sus opiniones sobre el hombre público liberal constatamos la misma hostilidad que anima su estudio de 1890, las mismas suposiciones insidiosas, la misma obstinada incomprensión de siempre. El mismo libro de Fuenzalida Grandón tampoco sale muy bien parado de manos del rudo crítico. «*Lastarria y su tiempo*», la obra de Fuenzalida Grandón, fué premiada en un concurso, cuyo jurado era integrado por los señores Barros Arana y Valentín Letelier. ¿Cómo obtuvo Fuenzalida el premio? ¿Porque su obra era buena y lo merecía, porque admiraba sinceramente a Lastarria y su labor era un serio esfuerzo de investigación y de crítica? No, señores, nada más lejos de eso; sino porque el autor se dedicó a lisonjear a los miembros del jurado, porque tenía sus mismas ideas en materias políticas, religiosas y educacionales. La misma mezquindad, el mismo criterio estrecho, la misma absurda y tenaz incomprensión que campea en todas sus páginas!

La antigua hostilidad reaccionaria contra la enseñanza del Estado halla en Pedro Cruz un ardoroso intérprete. Ya que no con buenas razones, sobran las envenenadas insidias para atacarla. «Es de suponer, escribe, que el señor Fuenzalida Grandón, profesor del Instituto Pedagógico, ha de ser consecuente con sus ideas, y procurará con todo empeño cerrar el paso a cual-

quier elemento conservador, clerical o monacal que tenga el atrevimiento de aspirar a profesor de Estado.»

Lo que el prestigioso catedrático dice de cómo concebían la historia Amunátegui y Barros Arana, saca también a Cruz de quicio, y sin más bagaje que la lectura del libro de Gaylord Bourne sobre el régimen colonial de España en América, condena a ambos historiadores a velas apagadas. «Cualquiera que lea la obra de Eduardo Gaylor Bourne «El régimen colonial de España en América», se convencerá de que ni Lastarria, ni Amunátegui, ni Barros Arana comprendieron ese régimen. En todo caso, en ese libro está marcado el verdadero rumbo para conocer el espíritu de la organización colonial española.» Con esto el virulento escritor cree clavar una pica en Flandes y haber dicho una verdad más grande que una cordillera, pero sin que ella contribuya a destruir ninguna arraigada convicción, ni aporte una razón valedera.

AMUNÁTEGUI

El estudio que Cruz consagra a don Miguel Luis Amunátegui y a su obra literaria es, en mi opinión, lo más acertado de su volumen, pero oscurecido por la fanática intransigencia de su espíritu colonial. Reconoce el escritor conservador en Amunátegui condiciones de historiador, elogia sus primeros libros, señala sus cualidades, pero lo odia en cuanto a educador y hombre público por haber sustentado ideas liberales. Cuando Amunátegui cita a Jesucristo y habla de Dios, escribe movido sinceramente por la inspiración; pero cuando se deja llevar de sus ideas y llega a conclusiones que no son del agrado del crítico, es un historiador detestable.

Para elogiar al autor de «La dictadura de O'Higgins» Cruz se complace en rebajar a Barros Arana. La personalidad de nuestro eminente historiador es una obsesión que lo persigue a todas partes. No le puede perdonar su liberalismo, el arraigo de sus ideas, su espíritu científico, su probidad literaria. El que no crea en burdas patrañas, ni comulgue con el rancio

espíritu colonial, ni cite a Dios y a la Divina Providencia a cada paso, lo saca de quicio. Amunátegui y Barros Arana tienen, pues, para él dos pecados gravísimos que purgar: haber sustentado ideas liberales y haber sido acérrimos enemigos de la libertad de enseñanza, tal como los conservadores la entienden. De aquí a negar a ambos sus condiciones de historiadores y escritores no hay más que un paso. Aún más: ambos han contribuido a echar a perder el gusto literario de los chilenos. «Hemos tenido la desgracia, escribe, de que los historiadores chilenos que han formado la opinión corriente acerca de la época colonial, hayan sido liberales o incrédulos.» Hemos tenido la suerte y la felicidad, diré yo, de que nuestros historiadores se han dejado guiar por la única orientación que rinde frutos duraderos: la investigación de la verdad, y nada más que de la verdad. Porque han sabido encontrarla y exhibirla es que sus obras viven y perduran, y han contribuido, con razón, a formar la opinión corriente. En vez de dejarse llevar de añejas preocupaciones, de rancios prejuicios, guiados sólo por un austero espíritu científico han erigido en nuestra literatura un monumento sólido y perdurable. No es que nos hayan faltado historiadores crédulos y católicos servientes: ahí están las obras de los padres Olivares, Ovalle, Rosales, Molina, Melchor Martínez, para demostrarlo. La única luz que resplandece con brillo propio y penetrante es la de la verdad, y cuantos esfuerzos se hagan por desvanecerla u ocultarla resultarán siempre estériles.

Pero, debo repetirlo: prescindiendo de las apasionadas páginas que al crítico dicta la intransigencia de su espíritu, el estudio sobre Amunátegui es en general, justo, acertado y exacto.

BELLO, SALAS Y LACUNZA

Los tres artículos siguientes los consagra Cruz a estudiar la personalidad de don Andrés Bello, de don Manuel de Salas y del padre Lacunza. No pretendemos escatimarle elogios: el crítico discurre aquí con más ecuanimidad, y no se deja arrastrar

por sus prejuicios. La personalidad del venerable redactor del Código Civil no le entusiasma; reconoce sus altísimos merecimientos, apunta las características de su selecto espíritu, pero formula sus reservas. El crítico no comprende al hombre ni el medio en que actuó. Pretende Cruz poner en ridículo a Bello, exhibiéndolo como enfrascado en la averiguación de minucias lingüísticas, gramaticales y filológicas, ajeno por completo al movimiento literario de su época. Bastaría recordar la primera polémica que provocó Sarmiento, en la que don Andrés Bello participó incidentalmente, para reconocer la inexactitud de esta afirmación del escritor pelucón. Conservador, académico, hombre dócil al poder, erudito, gramático, don Andrés Bello pudo haber arrancado un elogio más ardoroso a este discípulo de Valbuena, pero su entusiasmo no trasciende: el aplauso se enfría en sus manos, una sonrisa escéptica se le dibuja en los labios. No quedarán como un modelo de comprensión las páginas que este rudo crítico conservador ha consagrado al sabio rector de la Universidad de Chile: después de las admirables que le han dedicado escritores como don Manuel Antonio Caro y Rufino Blanco-Fombona apenas si ellas merecerán recordarse a título de curiosidad erudita.

Su estudio sobre don Manuel de Salas, su vida y sus escritos, está concebido sin fanática intransigencia, con rara ecuanimidad y atinado acierto.

Del padre Manuel Lacunza dice Cruz que es el mejor escritor chileno: esto podrán apreciarlo quienes lo hayan leído, pues la personalidad y la obra del oscuro jesuita están tan lejos de nuestra época y nuestro interés que ellas apenas si despiertan la curiosidad de este o aquel erudito.

VICUÑA MACKENNA

Con muy buen acuerdo el autor ha relegado a las últimas páginas de su libro el estudio sobre don Benjamín Vicuña Mackenna, que no es más que una colección de ineptias. El señor Cruz desconoce la obra del autor de la «Historia de

Santiago», ha picoteado en ella un párrafo aquí y otro más allá, ha recorrido superficialmente algunos de sus libros y con esos precarios elementos pretende componer un juicio definitivo. Según él no tenía noción clara y bien definida del conjunto, ni el arte de disponer las partes y pormenores, en suma, la facultad narrativa. En alguna de sus obras hay algunos trozos regulares, uno que otro bueno, pero son tan raros que no pueden tomarse en cuenta. Para leer a nuestros escritores el crítico conservador se pone ante todo las antiparras de la antipatía y la prevención, y así todos resultan desfigurados, falseados o grotescamente ridículos. En una obra literaria tan extensa como la de Vicuña Mackenna, en una producción tan fecunda, es natural que haya muchas páginas mediocres, no pocas insignificantes y algunas dignas de piadoso olvido. En un escritor que vivió la mayor parte de sus días angustiado por la conquista del cotidiano mendrugo, que anduvo desterrado y escribiendo siempre a la carrera, como llenando una imposterizable necesidad de su espíritu—«mi mejor medicina es la tinta», decía,—no puede buscarse una perfección académica, ni un amaneramiento muy del agrado de los críticos. Pero a falta de ello, ¡qué comunicativo entusiasmo, qué ardiente apasionamiento, qué espontaneidad, qué encantadora soltura! Vicuña Mackenna es, junto con Pérez Rosales y Justo Arteaga Alemparte, nuestro mejor escritor de la pasada centuria, el que se lee con más agrado, el que posee un estilo más evocador, lleno de pasión y colorido: el de más aguda sensibilidad, el más interesante y más cercano a nuestro espíritu. Muchas de las páginas de su «Diario de tres años de viajes», del «Ostracismo de O'Higgins», de los «Diez meses de misión», de «Don Diego Portales» y de «La jornada del 20 de Abril de 1851», quedarán siempre como unas de las más bellas y admirables de nuestra historia literaria. La hostilidad y ceguera del crítico sólo se explican por la insuficiencia de sus lecturas y las preven- ciones de su intransigente espíritu,

UN ESPIRITU COLONIAL

El señor Cruz no oculta ni disfraza su credo de conservador y fiel creyente: en la página 97 consigna que Dios creó al hombre, le dió libertad, lo hizo sociable, le asignó un fin último, al cual debía tender solo y asociado. Ya antes había escrito que el hombre está en la tierra para amar y adorar a Dios y conquistar el cielo con la práctica de las virtudes cristianas.

No se puede menos que creer que un espíritu bienaventurado, una alma ingenua y candorosa como la del señor Cruz, que comulga con tales ruedas de carreta, no admire ni venera las personalidades de hombres como Bilbao, Lastarria, Barros Arana, Amunátegui y Vicuña Mackenna, que riñeron tan rudas batallas en favor de sus convicciones liberales. Es perfectamente explicable también que el escritor conservador considere que los escritores nombrados nos han trazado un cuadro falso y tendencioso del régimen colonial español. «Nuestros historiadores liberales hacen lo propio: tienen la manía de oscurecer el régimen colonial, escribe, y de poner a los chilenos de aquel tiempo como un rebaño de viejos santurriones, más o menos estúpidos; aquello es de una lobretez melodramática. Vamos, no debía ser tanto como dicen. No hay motivos para creer que en tan pavorosa época no hubiese escuelas, libros, agudos ingenios, y sol, cielo azul, primavera, amores, niñas encantadoras y galantes mancebos. ¡Cuándo se levantará un historiador que nos ilumine esas tinieblas con brillante antorcha y no con mezquinas velas de sebo!» No se ve qué relación pueda haber entre el sol, el cielo azul, la primavera, las lindas mozas y los amorosos mancebos, con las costumbres y el régimen colonial peninsular. Escuelas había unas cuantas anexas a los conventos, libros no se conocían otros que los indigestos de teología y legislación, y en cuanto a los agudos ingenios deben haber vivido tan ocultos e ignorados que no ha bastado el transcurso de los siglos para sacarlos a luz.

Este tópicus del régimen colonial español es muy del agrado del crítico, pues a hacer su panegírico dedica buenas páginas

de su volumen. ¿Qué nos legó el régimen colonial español? Según él lo siguiente: la paz, la equidad, y la pureza de costumbres. La tranquilidad y la paz sólo fueron transitorias en nuestro país, donde el ánimo inquieta y belicosa de los araucanos prolongó la lucha hasta los días mismos de la república; la equidad de los tribunales y autoridades españolas es punto muy discutible; y en cuanto a la pureza de costumbres, ella está muy lejos de haber sido probada. El crítico pelucón cree en ella como artículo de fe y el hecho de que don Miguel Luis Amunátegui se haya permitido dudarlo, y aún publicado un libro para llegar a la conclusión contraria, le da materia para discurrir varias páginas, con ardiente celo de convencido católico, pero con muy flacas argumentaciones. Según él las conclusiones del eminente historiador están encaminadas a difamar a una sociedad profundamente católica: afirmación gratuita y perfectamente insidiosa, del todo injustificada. «Lo bueno es que en medio de la crápula, desenfreno y espantosa inmoralidad que Amunátegui ha encontrado en la colonia, dice, no aparecen rastros de una sola casa de tolerancia, ni siquiera de alguna menguada mujercilla que ejerciera tranquilamente el oficio.» Es cierto que Amunátegui no encontró rastro de casas de diversión, pero es raro que un crítico tan bien enterado de la labor de nuestros escritores olvide las páginas que a las mujeres de vida airada consagró Vicuña Mackenna en uno de sus libros, «Los médicos de antaño en el Reino de Chile». «Esta austeridad de costumbres, agrega el escritor conservador, está confirmada por los cronistas de aquella época, y aún por extranjeros que visitaron la colonia en el siglo XVIII». Muy oportuno habría sido citar el nombre de esos cronistas; del lado contrario se puede allegar el testimonio de dos testigos insospechables, don Jorge Juan y don Antonio de Ulloa, que en su justamente famoso libro «Noticias secretas de América» dieron muy prolijas y menudas noticias de la disolución de costumbres de la sociedad colonial de su tiempo.

Lo que hay es que al reconocer que las costumbres no eran tan puritanas ni ceñidas a una moral tan acrisolada como se pretende, habría que reconocer el fracaso de la misión morali-

zadora del catolicismo, postulado que para una pluma tan fanática como la del señor Cruz equivaldría a la más señalada de las herejías.

En su afán apologético del régimen colonial español, el escritor conservador llega a consignar afirmaciones tan descabelladas y tendenciosas, que más vale considerarlas como burdas ineptias. Así, en la página 257, dice que en Chile estaba tan hondamente arraigada la fidelidad al monarca español «que es bien probable que se hubiera resignado a su suerte y que la independencia se hubiera retardado, si los jefes de la expedición, Osorio y después Marcó, no hubiesen exasperado a los habitantes con su despótica administración, bien diversa de las tradiciones coloniales». La simiente que habían lanzado al surco Camilo Henríquez e Irizarri, Argomedo y Martínez de Rosas, no habría fructificado a no mediar las exacciones de la reacción española! Magnífico paradigma de incomprensión, mezquino aserto de un mezquino espíritu, ofuscado por el fanatismo y la superstición religiosa!

CONCLUSIÓN

El estudio de nuestros escritores sirve a Cruz de pretexto para quebrar lanzas en pro de su credo religioso: no lo mueven ni su afición literaria, ni su ecuanimidad; su acendrada fe y sus convicciones son el mejor acicate de su apasionada pluma. No debemos, pues, asignar a las páginas de su volumen una existencia duradera; tendrán tal vez el valor de un aporte polémico, ardiente y encendido de religioso celo. Pero de aquí a considerarlo un nuevo Menéndez y Pelayo media enorme distancia: yo diría que tiene del erudito polígrafo castellano la feroz intransigencia del espíritu, con mucho de la miopía y estrechez del inolvidable don Antonio de Valbuena *.

* De las críticas de Cruz a la labor literaria del historiador de Chile me haré cargo en un próximo artículo, «Barros Arana y sus detractores».

Alhué

MI PADRE

MI padre comenzó a existir de improviso. Un día lo vi junto a la casa montado en hermoso caballo. Nunca supe si era buen jinete; pero en ese instante impresionaba su actitud. Sentíase alegre, irradiaba seguridad. Parecía un caballero de cuadro.

Era mi padre un hombre alto, blanco, de grandes ojos llameantes. Su traje negro hacía lo aparecer casi delgado. Generalmente su aspecto era severo, pero cuando conversaba solía reírse con risa lenta, continuada y loca que lo transformaba en absoluto.

Hablaba con mucha seguridad y su voz estaba siempre variando de tono. Sin embargo, en un lapso cualquiera, sin suspender la charla, se iba íntimamente de la conversación como solicitado por una preocupación particular.

En esa época creía yo que dentro de uno se alberga cierta alma inmortal, y observando a mi padre, cuando daba la sensación de no estar presente, sentía toda su realidad. Mientras hablaba daba casualmente con algún recuerdo significativo y lo seguía, sin desatender la lógica de la conversación. Era un desdoblamiento perfecto.

Conversando mi padre se animaba en extremo. Todo lo que contaba parecía formar parte de su propia historia. Iba diciendo las palabras en el tono menor de la voz firme. Los detalles

tenían esa vivacidad de lo experimentado. Uno veía paisajes, tipos, acción. ¡Y con qué inteligente abandono intercalaba un espacio de silencio entre una frase y otra!

Más tarde he querido separar la parte de creación que había en sus narraciones, pero no lo he conseguido.

Otro hecho fundamental de su carácter era la posición que ocupaba frente a los demás. Nadie lo tuteaba ni aventuraba en su presencia una familiaridad. A pesar de lo amable que eran sus maneras, por una razón que no pude comprender entonces, y que más tarde tampoco he descubierto, había en él algo insalvable. Por hábito natural mantenía sus relaciones en la nota más fina.

Y esa misma actitud mantenía en nuestra casa. Mi madre sentía por él un emocionante respeto que le impidió siempre emplear el tú en vez del usted.

Durante muchos años debí ser para él algo así como un arbusto. Mirábame de modo particularísimo y no me nombraba jamás. En cambio, yo le tenía más devoción que a Dios.

En casa estaba sólo a la hora del almuerzo. Durante dos horas leía *La Ley* línea por línea, sin desdeñar ni siquiera los avisos.

Desde la habitación contigua, donde me instalaba para espiarlo, veíalo leer con abrumadora atención. Las letras del diario iban saltando una a una a sus ojos. Cuando su mirada caía sobre el pie de imprenta, arrojaba el papel y se levantaba para escobillarse con la mayor parsimonia.

UNA CALLE

Las calles del pueblo eran numerosas y anchas en demasía para el tránsito cotidiano.

A la hora del tren se abrían todas las puertas y unas cuantas personas salían con rumbo a la estación. Encontraban no sé qué placer en mirar, a través de las ventanillas, las cabezas desgreñadas de los viajeros. Para el pueblo, los hombres del tren formaban la humanidad desconocida pero latente.

Antes y después las calles eran inútiles porque nadie las frecuentaba. Permanecían mudas, desiertas, escondidas. Eran puro paisaje. Y salir al balcón resultaba ocioso.

La nuestra era una calle de gran calma. En toda su extensión no había más de doce casas, pero los cercos coronados de hojas llegaban hasta donde alcanzan las miradas, y aún superaban esa distancia.

Por el hecho de nacer en la calle principal conservaba en su primera cuadra cierto aliñamiento burgués: tenía aceras ripiadas y, de trecho en trecho, árboles anémicos, empolvados, sin primavera ni pájaros.

Después seguía una jornada de murallones clericales, y de repente la atravesaban los brazos de acero de la vía férrea, brazos fraternales si queréis, pero brazos que arrebatan desde la ciudad lejana el fruto de los campos.

Iba bajando luego con movimientos ondulantes hasta el cementerio. Su aspecto hacíase selvático. Se alzaba a su derecha un bosque de álamos transparentes que favorecía con su sombra a los innumerables ociosos del pueblo. El flanco izquierdo estaba cubierto de zarzamora. Los conejos que ahí tenían su cuartel corrían bifurcándose entre la yerba.

Tristán, mientras permanecía el sol, los acechaba desde la alameda. Su escopeta tronaba hasta que no había luz. Era el fantasma de los conejos.

Solía esparcir trozos de espejo junto a la zarza para atraerlos e inmovilizarlos; pero los conejos, seres sin vanidad ninguna, iban y venían locamente, zigzagueando.

Tan pronto como la obscuridad deshacía la calle, los raros transeúntes del día desaparecían. Y hacían bien. A esa hora, las parejas que no querían llegar al matrimonio en estado de perfecta inocencia, buscaban el amparo del bosque.

Más allá comenzaba la zona del cementerio. La calle hacíase de pronto anchurosa, como si los que por ahí transitaban necesitasen de mayor espacio.

Sin embargo, aparte del asno que poseía el Municipio, todos preferían irse por otro camino, porque un cementerio, aunque

no tenga en su frontispicio coplas de Manríquez o inscripciones aterradoras, entenebrece todas las almas.

El asno era el único paseante venturoso. La proximidad del cementerio ponía entre él y sus enemigos una muralla de paz. Además en el contorno sobraba la yerba.

Frente al cementerio tenía su casa el viejo Aliste, sepulturero perpetuo ante quien nacían y morían las gentes después de acabar una vida sin asunto.

Un poco más lejos se asomaba el rancho de Cacú estrangulado por la zarzamora. Desde ahí seguía la calle sin la compañía de nadie. Y, naturalmente, aburrida de su propia soledad, se empinaba un tanto y saltaba al río. Este se la llevaba consigo eternamente.

CREPÚSCULO

La primera casa que habitamos, de fisonomía vagamente española, era demasiado grande. Al término de sus cuartos, un patio perennemente musgoso y siempre abandonado, la aislaba de la arboleda.

En la vastedad de ese albergue continuamente silencioso, yerto, inalterable, conocí todos los matices de la desesperación. Sentía deseos de huir, de trepar árboles, de gritar multitud de palabras, de oír otra voz. Después el aburrimiento roía todos mis deseos, aplastaba mi cuerpo y me dejaba a tono con el ambiente.

Pero apenas el sol se hastiaba de estar sobre el pueblo, y las sombras de los árboles, las casas y los cuerpos se desprendían de esto para amalgamarse en la atmósfera, la alegría corría por la calle y golpeaba en nuestra puerta.

Los vecinos ponían los pisos en la acera y aguardaban la hora de cenar.

Las sombras iban pegándose circularmente y adensándose, y cuando ya el pueblo estaba encerrado, nos sentíamos como bajo la carpa de un circo.

El farolero del pueblo iba despertando las luces de nuestra

calle. Qué gusto daba verlas temblar dentro de la obscuridad.

En la esquina inmediata estaba el Almacén El Tropezón... Una recia vara, pulida por el tiempo y el uso, servía a los huasos para atar sus cabalgaduras y topear en los días festivos.

También el despachero aguardaba la noche. Apoyado en el mostrador miraba hacia la calle sin pestañear, con todos sus sentidos en tensión. A él no lo sorprendía así no más el aliento de la noche. Mientras su vista percibía claramente la figura de las cosas ubicadas en el contorno, sentíase tranquilo; pero cuando se iniciaba la transfiguración y las formas individuales se sumaban en un todo inabarcable, desmesurado, recogía su mirada hasta el umbral y esperaba nerviosamente el arribo de la penumbra. Por solapado que fuera el avance de ésta, él no se dejaba engañar. Encendía las cuatro lámparas del negocio y la penumbra se esfumaba velozmente.

Los peones de los fundos circundantes entraban a beber. La calle se llenaba de palabras, risotadas y gritos.

También solían pasar algunas carretas. Sus astrosos conductores, perdidos en la obscuridad y subordinados al lentísimo tranco de los bueyes, cantaban tonadas de enervante monotonía.

Poco antes de la queda, llegaba hasta nuestra puerta un hombre trajeado de negro, bajo y de bondadosa barba amarillenta. A menudo me dejaba entre las manos un paquetito con frutas secas.

De día el Almacén El Tropezón tenía escaso movimiento. Entraban algunas personas antes del desayuno y cerca del almuerzo. En las demás horas no había sino tierra y soledad.

Su dueño, don Nazario, sudaba angustia, porque aborrecía el silencio y carecía de iniciativa interior. Quizás le hubiera convenido más instalar una taberna en la ciudad; pero tampoco podía sufrir una situación nueva. Lo desconocido le horrorizaba. El no podía concebir nada; pero se aburría.

DON NAZARIO

Don Nazario era altísimo... No terminaba nunca de ser grande. De sus hombros ya un poco cansados nacía el cuello, afianzado por gruesas venas, y sobre éste gravitaba una cabeza pequeña y canosa, de cuya cara, más pequeña aún, caía, sin desprenderse, una enorme nariz,

Era serio, perezoso monosilábico. Desde la mañana mordía su vieja pipa y tranqueaba por la acera de su almacén.

Le gustaba que los demás hablasen. Un charlatán impenitente era para él un ser de gran inteligencia. La posibilidad de asociar varias palabras le maravillaba.

Sin embargo era absolutamente reacio a la elocuencia. Tal vez entendía las palabras; pero en su vida de relación no emitía más de cuatro.

Cuando necesitaba responder no decía sino *así*. Y bastaba. Por el tono y el ademán podía deducirse lo que anhelaba.

Su mujer no se asomaba al mostrador casi nunca. Tenía el esqueleto muy escondido entre las carnes y el malhumor a flor de piel; pero tampoco hablaba. En su mímica cotidiana expresaba tanto la alegría como el disgusto.

Y precisamente en el mutismo residía la desventura conyugal.

Don Nazario, a pesar de hallarse tan cerca del cielo, era un hombre melancólico. Nunca lo abandonaba esa especie de tristeza carnal que vive y permanece en quien no ha conocido más mujer que la propia.

Solía aventurarse por las casas de las viudas. Pero era tan grande, tan mudo. Se asemejaba más a un árbol que a un hombre. Y luego no sabía decir esas palabras mágicas que afiebran la piel. Todo el deseo se le concentraba en sus ojos de brasas; pero su inmenso esqueleto, aislador de toda posibilidad romántica, ahuyentaba a las más valientes. Jamás se le aproximó el éxito. Estaba condenado al abrazo frío de su mujer, de su mujer de tantos años.

En su condenada vida de almacenero no tenía más placer
que escuchar. Sus grandes orejas le permitían enfocar
los ruidos lejanos con perfecta claridad. Sabía
cuándo el caudal del río era mayor y per-
cibía el traquetraque del tren mucho
antes que llegara a la estación. En
la noche oía ensimismado la
plática de los peones.

Pablo Neruda

Dolencia



N el fondo del mar profundo.
En la noche de largas listas,
como un caballo cruza corriendo
tu callado callado nombre.

Alójame en tu espalda, ay refúgiame
aparéceme en tu espejo de pronto
sobre la hoja solitaria nocturna,
brotando de lo obscuro, detrás de ti.

Flor de luces olvídame ahora.
Acúdeme tu boca con besos.
De qué estaba hecha, de llanto,
de distancia, de separaciones.

Ahora bien, en lo ilimitado,
en lo sin orillas, olvidándose.
Lo que de noche queda fuera de las cosas:
los rieles, el grito de las lluvias.

Acógeme en la tarde de hilo
cuando el anochecer apura
su vestido y palpita en el cielo
una estrella llena de viento,

acércame tu ausencia hasta el fondo
pesadamente, tapándote los ojos,
crúzame tu existencia suponiendo
que mi corazón está destruído.

Antonio Bórquez Solar

Bizarrias de Antaño

RICARDO Prieto Molina, el poeta amigo, muerto también en plena y fuerte virilidad, fué el que más elogiosamente me manifestó su aprobación por este artículo. Sus versos merecen figurar en una bella Antología que fuera hecha con ecuanimidad y gusto acendrado. Sus tercetos amorosos, que cultivó con especial predilección, son perfectos, impecables, voluptuosamente tristes. Pero, ¿no es acaso la voluptuosidad la más grande tristeza del amor? Lástima que el autor de tales tercetos se ausentara de esta tierra sin agavillarlas, que andan por ahí dispersas en *La Ley* y en las revistas de la época.

Era Prieto un hombre alto, bien musculado, de fuertes biceps. Lo conocí cuando era militar, un apuesto capitán, de faz morena y mirada vivaz. Se retiró de la milicia y se dedicó al comercio. Murió rico, un poco corto de vista y desengañado de los versos. Una de las últimas veces que le encontré, hace años, me dijo: —Toda mi vida ha sido de amor: amo a las mujeres, la buena mesa, la plata y la poesía.— Y feliz él: lo que quiso lo obtuvo plenamente en la vida.

Hay que fijarse que en estos días al primer amago de un ataque adversario contra las nuevas orientaciones literarias, era yo el único que me apercibía a la defensa y paraba los golpes. No sólo iba a la prensa, sino endonde quiera que encontrase hostilidades de mis émulos y burlas de cenáculo, ahí estaba yo dando y recibiendo estocadas. Cuántas veces se caldearon los áni-

mos hasta el punto de riñas vulgares. Y en el fondo—¡Dios lo sabe que soy sincero!—era como lo he sido siempre, un pobre niño grande, humilde y quitado de arrogancias, perdonador de todo agravio y de toda iniquidad. Pero me fingí tan valiente, atacué a mi vez de manera tan desaforada, que por lo menos logré que se me tuviese alguna consideración. Por otra parte, de mis coloquios con González, salía siempre reconfortado, con nuevos empujes. Este poeta, más inofensivo que yo, tuvo la superior virtud de ingerirme cada vez no sé cuáles espíritus de acometividad y de arrojo, y que conservándolos todavía me han sido provechosísimos en el vivir cotidiano. Pero la procesión andaba por dentro: en lo íntimo de mi ser deploraba no tener la suerte de Diego Dublé Urrutia, por ejemplo, a quien todos aplaudían sus versos tan sencillos y tan del gusto corriente.

Por otro lado, nunca como entonces sufría las nostalgias del país natal, la tierra que parecía brotar del mismo mar y empinarse en colinas totalmente festoneadas de verde; el río ancho, de sosegado y apacible curso, por donde el ala de Favonio apenas si oprimía y rizaba el espejo cristalino; el mar dilatado, ondulante y rítmico, con sus espumas, con sus barcas, con sus veleros lejanos; el cielo intensamente azul velado de vellones blanquecinos; la lluvia fina o torrencial e impetuosa; el viento huracanado y zumbante, todo, todo lo insular lo deseaba con pena y con fuerza mi espíritu atribulado y combatiente. Me hubiera trocado por uno cualquiera de aquellos isleños humildes y vigorosos, que a remo y vela inflada pasan la vida en el mar, sorteando peligros y desafiándolos en la intrincada red de islotes y canales de mi Archipiélago. Comparaba aquellas gentes sencillas y hospitalarias con estas otras presuntuosas, infatuadas, cañas huecas y vacías, con el corazón como de dura berroqueña, burladores despiadados de todo noble intento. Al meditar en las injusticias, en las iniquidades sociales, en la vida que se me presentaba aquí en toda su horrorosa desnudez, porque los hombres la habían hecho mala, me poseía el demonio de la rebeldía o caía, a las veces en largas horas de abatimiento, con

la mirada perdida en el vacío, sin hacer nada, como un enfermo.

Un día, no sé cuántas horas estaría sentado yo en un banco de la Alameda, en tal semejante crisis, ajeno a todo lo que me rodeaba,—oí una voz bien conocida:

—¿En qué piensa, mi amigo, que no me ha saludado al verme?

—¡Ah, don Eduardo, perdone Ud.; estaba tan abstraído!

Y don Eduardo de la Barra se sentó en el mismo escaño del paseo. Hablamos primero del diario en que yo escribía. Y al preguntarme por mis medios de vida y si ejercía el magisterio, le conté punto por punto mi aflictiva situación; cómo se habían vengado en mí los clericales de los Angeles, porque yo había batallado denodadamente en contra de Errázuriz; mis luchas por el granito de alpiste en Santiago hostil y malévolo. El viejo y buen poeta, acaso tan pobre como yo, se conholió de mí, me confortó con sus más dulces y cálidas palabras, y para distraerme de mis acerbos pesares me habló de las glorias del verso y de la poesía. El sólo lamentaba que teniendo yo tanto talento —así decía—no hiciera versos sencillos y estuviera escandalizando con mi manera gongorina. Ya iba yo a replicarle cuando acertó a pasar don Diego Barros Arana, a quien en su propia casa me había presentado don Valentín Letelier. Nos invitó a su paseo de la tarde, hasta la columna de los Escritores. Y fuimos. Formamos una verdadera cruz, con don Diego en el medio, él tan alto. Don Eduardo a la derecha; Yo a la izquierda.

Nuestro gran historiador, a quien yo quería y reverenciaba, me pareció siempre una escoba invertida; y su cara, la de un simio anciano con la barba abundante y canosa. Pido perdón por la comparación tan atrevida... Esa vez tenía los ojos muy irritados, y dijo que así estaban por haberse acostado muy tarde y leyendo documentos sobre la cuestión de límites con la Argentina. No recuerdo si todavía era Perito en el pleito internacional, o si ya el Presidente Errázuriz había cometido la ignominia de deslucirlo; pero sí que recuerdo de la vehemencia con que estos dos grandes patricios, beneméritos de la Patria, don Diego Barros Arana y don Eduardo de la Barra, hablaron de

las pretensiones cuyanas. Esta vez don Diego, como muchas veces después en el 98 cuando iba a entrevistarlo en nombre de *La Ley*, decía que los derechos de Chile eran sagrados; y entonces se animaba, se enojaba y accionaba desafortunadamente con el bastón, como si amenazase al enemigo que tuviese a su frente.

Don Diego Barros Arana me contó en esa ocasión que el primer trabajo histórico suyo había sido sobre mi provincia: «Historia de las campañas de Chiloé», y presentado a la Universidad Nacional en 1856. A la muerte del historiador y educador ilustre recordé esta obra, y en homenaje a la memoria del autor hice mi poesía, «Por la muerte de un grande hombre», leída en una velada del Ateneo de Santiago.

Otras tardes acompañé en su paseo acostumbrado a don Diego, con el corazón rebosante de justo orgullo, porque iba ya con el hombre superior. Él, con la intención evidente de que me fuera provechoso, me hablaba de la cuestión de límites y de política. Así podía escribir colaboraciones que se me pagaban en el diario, que se publicaban inmediatamente. No recuerdo que él tuviese que arrepentirse de haberme dicho alguna cosa, de quejarse de una mala interpretación de sus palabras. Posteriormente él mismo me hizo notar este hecho, y añadía:

—X no entiende nunca a derechas las cosas, aunque las apunte. Cada disparate que me atribuye me hace arder, me saca de mis casillas.

Hace mucho tiempo que X emprendió el viaje de ultratumba.

En «La Tribuna» de Valparaíso también yo colaboraba entonces. Pero como el Director de ese diario creyese que yo podía vivir de emparedados de rayos de luna en pétalos de rosa, no me pagó jamás mis colaboraciones. Y eso que prometió pagarme puntualmente. Me estuvo engañando dos meses. Dios lo haya perdonado.

Y qué de iniquidades semejantes he visto yo en las imprentas. En alguna, dos o tres redactores, opulentamente pagados y todos los demás explotados, robados, estrujados en el más valioso de los trabajos. He visto a un crítico de la ópera, joven inteligente y formal, ir sin camisa y con sólo pechera y cuello

bajo la levita, al estreno de Melistófeles, hacer su artículo pasada la media noche y ganar siete pesos cincuenta centavos por columna y media, que se median con un cañamito antes del pago; y he visto al administrador con dos cocotas en el Cerro, muy alegre de champaña, derrochar el dinero, lo suficiente para haber pagado en aquel tiempo, seis meses en la casa de pensión.

No triunfan en el diarismo los más inteligentes sino casi siempre los más farsantes, inescrupulosos y audaces. Yo sé por qué artículo obtuvo Fulano un puesto en una legación. He sabido posteriormente que las emulaciones periodísticas son terribles y cómo dos redactores conjurados cierran el camino al talento que pretende un puesto entre ellos... Es admirable la vida del periodista que se ve solicitado de los grandes y de los minúsculos, que lo acarician y festejan como portavoz de su vanidad. Ninguno como el jefe de la gacetilla de un diario conoce mejor la flaqueza humana de los que van a mendigarle una línea, un anuncio, un bombito; y ninguno tan risible gacetillero como aquel que se infla y no sabe distinguir el mérito verdadero del vacío presuntuoso. Hay un noticiero despreciable y éste es aquel que sabiendo sólo por misericordia de Dios hilvanar unas cuantas frases banales de la ramplonería del oficio, trata despectivamente al que se hace aplaudir por sobresalientes y efectivas dotes de talento, efectivas dotes mentales. Y cuando aquel se calla de propósito, roído interiormente de la envidia, y no da la noticia del hecho brillante o del discurso elocuente, comete una doble estafa, para con el público que paga y para con el patrón que le paga, al gacetillero.

Hubo un tiempo en que como periodista militante escribí muchos elogios a los muertos. Alguien me reprochó tan plausible conducta. Ahora debo declarar que las virtudes de los que fueron deben ser loadas constantemente para infundir en los vivos no sólo el deseo de reforma y el anhelo de imitarlas, sino también el ansia de superarlas. Además tales elogios fúnebres suelen ser, y fueron siempre en mí, desinteresados y sinceros. Pero no hay que esperar que el varón virtuoso cierre sus pupilas a la luz y acalle su ritmo cordial para tributarle alabanzas,

no; porque si cerráis vuestros labios cuando el varón fuerte vive para llamarle grande, demostraréis ruindad de espíritu y que vuestro corazón está roído de la envidia ineficaz. Por todo, cuando yo no vi nada que loar en los vivos; loé a los muertos y no más de cuatro veces exalté los merecimientos del viviente virtuoso. Otras veces la alabanza fué en mí, para los demás, estímulo más que recompensa merecida.

* * *

Entre los colaboradores de «La Ley» no debo olvidar al poeta amigo Diego Dublé Urrutia, cáustico y mordaz *John the Ripper*. He aquí un muchacho que entró en la vida con pie derecho. Y ha tenido suerte bien merecida. Su libro de poesías «Veinte años» fué unánimemente aplaudido cuando apareció. Yo mismo tuve un reposorio para dejar la lanza desfacedora de agravios y tejer una guirnalda para el poeta. Y esto ocurría cuando hasta los más intonsos me aconsejaban que siguiese el ejemplo de Diego, que desdeñaba las modas de París; lo que habría sido motivo suficiente para que yo abominara de su libro. «Del Mar a la Montaña», su obra posterior, realfirma sus excelentes cualidades líricas.

Cuando Diego vivía, en aquel tiempo, en una pieza de la Universidad, segundo piso, a la izquierda, nos congregaba, un día de la semana, el Lunes, a algunos de sus amigos a tomar té con galletas. Entonces leíamos versos nuestros o ajenos, y murmurábamos un poquito del prójimo, no siempre. Aquí conocí a un joven entusiasta de la poesía, que no hacía versos, pero que demostraba buen juicio: Oscar Urzúa Jaramillo, que se ha dedicado después a la política y con éxito. En una ocasión, más por fuerza que de grado, alguien condujo al poeta González al té de Dublé Urrutia. Estuvo aquel silencioso, fumando sin cesar, no aceptó el té y manifestaba su extrañeza viéndonos remojar en el té las galletas. Media hora más y se levantó para irse, y no hubo medio de retenerlo. Al salir él

hubo que abrir puertas y ventanas para que saliera el humo de sus cigarros... ¡Ah! nos reímos con alegres carcajadas.

Ausente algunos años el poeta Dublé, en servicio de su país en el extranjero, algunos le han olvidado; otros, y esto es para mí admirable, le han negado; aunque vanamente. El poeta Dublé Urrutia, aun cuando no hiciera una poesía más, tiene bien cimentado su edificio lírico, a prueba sus muros de aguijón de avispa y de dientecillo roedor. Sin necesidad de apelar al juicio equitativo de la historia, hoy mismo podría rechazar sonriente la agresión, porque apenas si el soplo malevolente podrá formar un pliegue en el agua serena de su «Fontana Puras».



Y sucedió que conocí personalmente a Avelino Samorati, Evaristo Molina, Samorati, nombre famoso antaño, que escandalizó a las gentes timoratas y ortodoxas en la portada de un libro herético, «Los Papas a través de la Historia», cuyo verdadero autor ha venido a saberse ogaño. Cuando ya era director de «El Progresista» de Los Angeles, recibía con alguna frecuencia artículos de fondo firmados por Avelino Samorati, que con la mayor complacencia mía se publicaban.

Quedé admirado de este hombre desde que le vi la vez primera. Fornido, de contextura atlética, de ademán reposado, como de quien está seguro de sí mismo, de hermosa y renegrida barba fluvial, de mirada bondadosa y de palabra serena, me imaginé que podría, si lo quisiera, desjarretar un toro y dar muerte a un león. Afable, cariñoso desde el primer momento, encontré en él un verdadero amigo. Con un gran fervor por la Belleza, fué de los primeros en acogerme y estimularme. Con el gran poeta González, que fué quien me lo presentara, me llevó a su casa que, desde entonces, puedo decir con la más estricta verdad, fué la nuestra; porque al poeta y a mí siempre, de ahí adelante, se nos recibía con el mayor cariño del mundo, cuantas veces se nos ocurría ir. El poeta de «Rit-

mos», de suyo esquivo y huraño, tenía en grande estima a Molina y, por lo menos, iba una vez por semana a comer con él, porque sabía que hasta el gato de la casa y los pajaritos de la jaula lo querían sinceramente.—«Tiene un corazón de oro y es un niño grande»—decía el poeta González por Evaristo Molina. Y de seguro se habría quedado maravillado si por don profético hubiese penetrado en el porvenir y hubiera visto que en el escritorio de nuestro común amigo se encuentra hoy el busto del desdichado autor de «Ritmos», de un notable parecido, y modelado por la misma mano de Molina, que así se ha revelado con talento de escultor. Pero si el poeta nos mira de la otra vida, él verá el proyecto de mausoleo, hermosísimo, bronce y mármol, que le ha hecho el mismo Molina y que espera que algún día pueda realizarlo en el Panteón...



Conocí también por aquel tiempo a mi amigo Miguel Luis Rocuant. Declaro con la más íntima satisfacción que él fué el primero y único reverenciador de Verlaine y del *modernismo* que encontré en Santiago. Sólo para él y para mí, Rubén Darío era el gran poeta de lengua castellana. Pueden imaginarse hoy los que me lean el regocijo y el entusiasmo que se despertaron en mí, entonces, por haber conocido un espíritu que vibraba a la par del mío, que reconocía la necesidad de remozar la lírica, en consonancia con el vivir moderno. Su conocimiento perfecto del francés literario le ponía en aptitud de tratar familiarmente a Rollinat y Richepin, a Moréas y Mallarmé, a Huysmans y Baudelaire etc. etc.,. El no publicaba todavía; pero se nutría del lirismo francés y de filosofías alemanas. Yo conocí en él, desde el primer instante, el vigoroso poeta que tendría que ser Rocuant. En cambio, él me confortaba en mis desfallecimientos, me aplaudía mis pequeños éxitos y cada vez que le llegaba de París un libro nuevo, me lo daba a leer. En esos días de la alegre juventud también íbamos a cortar

rosas rojas para ofrendar en las aras de Afrodita, y mientras la diosa para mí era esquiva, para él siempre fué propicia.

El puede atestiguar hoy cómo yo fuí el primero en Chile en proclamar la libertad en el arte, ni clásico ni romántico, independiente, personal y moderno. El fué testigo de mis campañas. El puede decir cómo yo respondía desde el diario y la revista a los que me motejaban de *decadente*; los bríos que gastaba y las audacias que yo tenía. Miguel Luis Rocuant fué como yo una alondra en aquel amanecer.

1898.—En este año vi bien el espectáculo desolante de la maldad y de la injusticia sociales. Antes sólo de oídas sabía del sufrimiento de los pobres, de las explotaciones del capital, de las desigualdades irritantes que engendran la sed de venganza, las protestas airadas, las huelgas y la prédica anárquica. Tuve noticias ciertas de la maldad de los hombres que juzgaba imaculados. Hasta mí llegaban los ecos de las orgías en que se revolcaban pretensos estadistas sin decoro; asistí al triunfo de los ignorantes audaces, al enriquecimiento rápido, en los altos puestos públicos que habían asaltado, de abogadillos ante permanentemente sin clientela, y me asombré en la feria de peculados, con los contratistas fiscales escandalosos, con las prevaricaciones sonadas y con la desvergüenza de los concusionarios. Asistí a la bancarrota de todas las virtudes públicas y privadas.

Qué santa indignación sentí entonces contra los opresores y lágrimas derramé delante de las víctimas. Yo también sufría en carne viva la pobreza y desamparo; sentía la garra que me estrujaba, la ávida boca que succionaba sangre de mi cerebro... Cuántas veces soñé, en mis desesperaciones, con la revolución que castigara a los malvados, en la hora de la redención y de la libertad de los oprimidos. Comulgué con todos los ideales socialistas pero sin querer ser nunca un igualitario. Mi aristocratismo mental se irrita con la incultura del pueblo tanto o más que con la vista de un cerdo de oro o un rico reproductor del Devonshire. Sin embargo, Tolstoy me encendía apaciblemente,

Ferri me fortificaba y el príncipe Kropotkine me mostraba el camino, la verdad y otra vida. Mis escritos comenzaron desde luego a reflejar la evolución de mi espíritu hacia los ideales del más puro cristianismo; y desde esos días, por debajo de todos mis versos, como el puro hilo de agua subterránea corre en su lecho pétrico, palpita y vive un cristalino misticismo artístico, mío personalmente en mí. La unción mística de todas mis obras literarias nace de mi amor a los pobres y a los oprimidos, de la visión desconsoladora de sus sufrimientos y lacerias. No ha habido pues influencia de escritor o poeta alguno en tal sentido cristiano y artístico.

Cabrera Guerra, el prologuista de mi obra primigenia, se equivocaba, pues, grandemente cuando aseveraba con tono dogmático que el argentino Lugones había influido en mi poesía humanitaria. No ha faltado después un tonto para que haya tenido eco esta falsedad; desde aquel entonces no ha saltado un pato del aguachirle nacional que, envidiándome, la haya repetido en son de escarnio. Este último castañeteo no me ha molestado en lo menor. Aquí puedo decir solamente, con todo rigor de verdad, que jamás he imitado a otro poeta y que la única influencia que ha habido en mí ha sido la de Rubén Darío; pero nada más que en mis mocedades líricas. Tan cierto es ésto que yo desafío al más desatentado de mis émulos o al más ruin de los envidiosos, a hacer una expurgación en todos mis versos que he publicado, y a que muestre que he volado en ajeno Pegaso.

De modo, pues, que desde este año 1898 datan mis trabajos en pro de los menesterosos y contra las injusticias sociales. Visité fábricas, talleres, suburbios, cárceles, hospitales, todos los lugares de horror, dolor y muerte, y en vez de sentirme anonadado ante el convencimiento de mi impotencia y de la inutilidad de mis clamores, pedí justicia en prosa y verso, en la prensa y en los comicios públicos. Soñaba con hacerme oír, quise—¡oh locura!—ser como un profeta y alcanzar así la inmortalidad de la fama. El amor a las clases obreras y proletarias tuvo entonces en *La Ley* una voz constante, la voz de una campana do-

lorida, ora tocando piedad, ora tocando rebato. Y esa voz era la mía, que se quejaba por las propias y ajenas angustias, y clamaba en el desierto.

Mi prosa se modifica en un sentido notable: es ágil, nerviosa, satírica y mordaz en artículos de temas políticos; casi bíblica en otros de tendencias sociales y trascendentales. En estos últimos el lirismo ponía una suavidad piadosa o un cambiante de moaré a la amargura de mis frases revolucionarias y dolorosas. Viento de tempestad y de indignación sopla por ahí, y también de castigo y de venganza. Hoy, al recorrer mis centenares de apóstrofes y clamores me conmuevo y me admiro de mí mismo, y me extraño de no haber muerto en aquel tiempo apedreado como San Esteban, vaya por caso. Adquirí cierto prestigio en la camaradería periodística, entonces; pero no lograba derrumbar del todo la muralla maciza que oponían a mi manera lírica mis compañeros. Aplaudí a Dublé Urrutia y a otro, y no encontré correspondencia en ningún ánimo gentil o caballeresco. —Escribe muy bien en prosa—decía de mí un tonto grave—pero en verso no se le entiende.—De propósito hice artículos de un crudo naturalismo; de los cuales hoy no me arrepiento. No fui jamás hipócrita; aunque conocí después a muchos que mientras predicaban la moralidad y el decoro, en la plaza pública, vivían sumergidos en la crápula y el vicio.

Una profesión de fe lírica hacía yo cada vez más acentuada en cuanto yo escribía. En una alabanza a uno de mis amigos estampaba, así al desgaire y contestando por adelantado observaciones futuras: «¡Y qué! El poeta no puede limitarse única y exclusivamente a cantar las bellezas ubérrimas de la naturaleza; tiene que predicar la justicia sobre la tierra, la reivindicación de los derechos de los pobres y de los buenos, la liberación de los oprimidos; porque él es un sacerdote de paz y de justicia, el sembrador evangélico de la buena simiente que dará sus sacrosantos frutos de bendición en tiempos no lejanos, sin que sea menester para ello que sea regada con la sangre en el exterminio de las bombas, ni alumbrada por la maldita luz de las antorchas que tienen una lengua de incendio...» Quiero ci-

tar tan solo lo anterior para que se vea como ya en los campos de mi reino interior se está preparando la que ha de ser después la humanitaria y misericordiosa, «La Floresta de los leones».

Al mismo tiempo defendía yo la Enseñanza del Estado, que entonces estaba amenazada de muerte. La Universidad Nacional, el Consejo de Instrucción Pública, los liceos, las escuelas normales, el profesorado, tuvieron en mí su más abnegado defensor. Los Ministros complacientes con la reacción fueron vigorosamente impugnados por mí. Y no hago aquí caudal de todo ello en espera de recompensa, sino únicamente para que quede constancia de que he sido, en medio de todas las contrariedades de la vida, un factor, aunque humilde, nunca de mínima cuantía, en el mantenimiento y en la evolución de la cultura liberal de la República, precisamente cuando la reacción pedía, y estuvo a pique de conseguirlo, la supresión de los liceos y su reemplazo por las lidias de toros, como afirmaba el ilustre sociólogo don Valentín Letelier. Hubo un Ministro de Instrucción Pública, liberal, que quería junto a cada escuela una iglesia. Hoy yo pediría lo mismo. Pero desde aquel tiempo se aumentó el presupuesto del culto, para la fábrica de templos.

La recompensa por tal defensa de la cultura la recibía yo abundantemente en centenares de cartas y telegramas de aprobación y felicitación. Qué más? Quedaba contento y ya no me importaban un ardite los ataques, muchas veces groseros, de la baja prensa reaccionaria... Y, con todo, hay de estos días versos sentidos y tristes, fiel reflejo de mis angustias, no publicado en ninguno de mis libros anteriores. Son de entonces:

INSULARES

—Hijo mío... ¡Pobre niño!
Vas a marchar de mi lado.
Guarda tu alma como armiño,
como armiño inmaculado.

El alma es un ángel. Sus galas
enloda una falta leve.
Mira: son blancas sus alas
como la espuma y la nieve.

Lleva la virtud por norma,
la dignidad por ejemplo.
Es la virtud quien transforma
la conciencia en santo templo.

Siempre altivo, siempre honrado;
no des incienso a los hombres;
humilde, mas no menguado;
si te burlan no te asombres.

Cruza el mundo a la ventura.
Dios alumbre tu sendero...
Si ha de ser tu vida impura,
yo cadáver te prefiero.

* * *

Juro por Dios que me ha visto
cruzar el desierto yermo,
y con mi cruz como Cristo,
débil, exangüe y enfermo,
que he seguido los consejos
de mi santa madrecita
que he dejado allá tan lejos,
allá en la Isla bendita...

Y mientras triunfa el protervo
solo yo no fuerzo el rumbo.
¡Siempre altivo, nunca siervo!
¡Bien! ¡Dios mío! ¡Ya sucumbo!

Frente a esta sencillez sentimental, publicaba otros, como «Las Neblinas en Marcha», que están en «Campo Lírico», y que provocaban el ridículo de mis mismos compañeros de «La Ley». Después, el vuelo desplegado, no he oído, debajo de la esplendidez del sol, la vacua vocería graznadora.

¿Que ésto es inmodestia?... Es esta verdadera modestia una cualidad soberbia de la cual están dotados los espíritus superiores en su fortaleza de seres superiores, o no vulgares. Figurémonos una especie de dalmática transparente que a manera de gasa sirve para suavizar, no para ocultar, el resplandor majestuoso de la pedrería de una clámide de rey o de caudillo, de guerrero o de cruzado, coraza o defensa, para que la pedrería refulgente no irrite ni ciegue la mirada del que va al lado tuyo, a la siga tuya. En un momento dado puedes quitarte la gasa para que la pedrería dé su puro resplandor, y verás cómo las pupilas mediocres irritadas te exigirán con fieros modos, por el dolor de la envidia, que vuelvas a ponerte, no gasa, sino una caparazón de curtiduría o de alcornoque, y te gritarán que no debes lucir así no más, sin que ellos consientan, el inocente resplandor. Y mira, en seguida, lo que hacen ellos, los que no tienen ni una perla que mostrar: aparentan encenderse e inflamarse en fuegos fatuos; y en la misma mezquindad del pantano en que nacen las luces pestilentes, se encogen, se amenguan y aparentan un pudor desvergonzado en su flaqueza, y encogiéndose y estirándose dicen a la joya soberana que fué pulida, abrillantada por los dioses en el corazón del planeta:— ¡Tú debes imitarme; no debes tener la insolencia de tu brillo, del sol delante, sino esperar la noche, la desolada noche sin estrellas! Mientras estés aquí abajo procura que aunque seas estrella, no seas el diamante que está arriba.—Es realmente una desgracia el brillo de la estrella.

No hay, pues, que confundir la excelsitud del don orgulloso con un caparazón de tortuga. Esta es la modestia de los más; la caparazón que oculta una ruindad o un arrastramiento. Puede ser la triple cualidad de los patos, que son de los tres elementos, tierra, agua y aire, y en los tres son miserables, miséri-

mos. Tengamos la seguridad de que las aves domésticas y raseras declararían que el águila o el cóndor son demasiado insolentes en su inmodestia de atreverse a volar tan cerca del sol; debían ser iguales a ellas, las modestísimas aves de corral. ¡Qué despreciable es el grito ansarino:

—El cóndor es soberbio. ¡Odiémosle! ¡El
cóndor debe tener la modestia,
la admirable modestia del
anadón!

Carlos Acuña

Motivos de la espiga

LAS ESPIGAS VERDES



TRAS de los cercados, cada espiga verde
es una divina promesa de mies:
se yergue bizarra, si el viento la muerde,
mas con la luna es humilde a la vez.

Amo estas espigas esbeltas; se pierde
la vista en millares: del campo un pavés...
Son así tan jóvenes para que recuerde
que mi juventud va a la madurez.

Estas cañas ágiles que anuncian el grano
como nuestras vidas, no otra cosa son:
de la primavera sólo hasta el verano

dura, bajo el cielo, su alegre canción.
¿Después? Corre el tiempo, y una torva mano
las desgrana en lágrimas como a un corazón.

LA ESPIGA DE LA SIEGA

Tiempo era de la siega
y dejaste morirse las espigas:
se desgranaron todas en la tierra.
Yo me quedé perdido
como un labriego ávido ante el surco.
Vino el viento y la lluvia,
y lo deshizo todo:
ni una semilla en flores se ha cuajado.
El tiempo
rasó la sementera.

Alguna vez asciende
un vilano del cardo, y sube, y sube
como una araña blanca...
Yo, encorvado en la tierra,
sé que habrá de caer en otro surco;
mas no será aquel grano de la espiga
bella y dorada de mi amor; tan sólo
un sueño de aquel sueño...
¡Tú las dejaste todas desgranarse:
espigas del amor que hiciste estéril!

Hagiografía

BEATAS, mendigos y hechiceras. Quiero pintar ahora las figuras simples o grotescas de mi antigua hagiografía infantil: los seres que me hicieron reír o pensar en las historias que se cuentan de los santos, y pasaron delante de mí caracterizados y distintos, como las máscaras en un carnaval.

Pero en esto como luego lo veréis, también hay tragedia. En Rosario, la Iluminada, que presentía las muertes y las desgracias, en el inesperado fin de Vicentico, El Apóstol, y de la Negra Osa.

ROSARIO, LA ILUMINADA

De Rosario, la Iluminada, oí decir un día al abuelo que nunca había conocido hombre. Esto era en labios de una persona como el abuelo tan apegado a las realidades, la mayor alabanza de la virtud.

Gozaba de mucho crédito y consideración en la casa desde que un día, cuando la revolución del 99, había anunciado la muerte de mi tío Benjamín, en el preciso momento en que éste caía herido de un balazo en el pecho, en la batalla de San Pedro de los Guamos.

La familia se había refugiado entonces en la hacienda del Palotal para poner en guarda sus cosechas y animales de las bandas de forajidos que bajo el nombre simulado de «comisio-

nes» del Gobierno o de la Revolución, recorrían los campos atraillando las reses y caballos que conseguían y saqueando los graneros. Mi abuelo con su pandilla de peones armados de máuseres y machetes defendía su finca, y la gran casa de la hacienda era como un castillo feudal a donde acudían los conuqueros pobres de las inmediaciones a esconder sus pequeñas cosechas de trigo o de maíz. Con la impetuosidad de sus veinticinco años, el tío Benjamín militaba en la revolución, y cada tanto tiempo llegaba hasta la casa un «propio» venido del llano o de la cordillera, después de ocho o diez días de marcha, trayendo la noticia de un nuevo triunfo liberal.

Aquel día se asaba en el patio de la hacienda una ternera: se les convidaba a los peones, se vaciaban unas cuantas damajuanas de aguardiente de caña, y mi abuelo disparaba al aire una docena de veces su seguro winchester.

Esto hacían los hombres: las mujeres entretanto refugiadas en los patios interiores de la casa rezaban una novena, la de San Expedito o Santa Brígida, abogados en las grandes tribulaciones, o preparaban en la gran cocina de campana las salazones de chivo o de cordero para los tiempos de escasez. Cuando llega la estación lluviosa y se interrumpen las comunicaciones y se derrumban los caminos y caen los puentes, y la hacienda parece una isla inaccesible, en medio del río desbordado y azotada por la lluvia y la tempestad.

Para que acompañara a las «niñas» —las niñas eran mis tías— habían llevado de la ciudad a Rosario, la Iluminada. Educada en el Convento de las Clarisas no se había hecho religiosa porque en la época de tomar el velo le asaltaron no sé qué escrúpulos de conciencia, pero aprendió con las monjas todas esas artes sutiles que se aprenden en los viejos conventos, lejos del mundo: los finos bordados de hilo y de seda que llevan los paños de altar, los alfajores y las tortas que le gustan al señor Obispo, el rosario de quince casas y la radiante oración del Magnificat: «Magnifica mi alma al Señor y mi espíritu se regocija en Dios, mi Salvador, porque puso sus ojos en la humildad de su sierva.»

En la hacienda cumplía su apostolado sencillo quemando palma bendita y rezando el trisagio en las noches de tempestad, repartiendo la comida de los peones, llevando la divina palabra a las almas toscas y oscuras de los campesinos. Averiguaba quienes entre los colonos vivían en concubinato y se ofrecía para coser las camisas del hombre y los vestidos de la mujer, si éstos se casaban. Era amiga del párroco de la aldea más próxima: lo había ganado para su causa con varias fuentes de «suspiros», y conseguía con él que eximiera a los contrayentes del pago de los derechos nupciales. Los Domingos reunía en uno de los patios de la casa a toda la chiquillería zaparrastrosa de la hacienda: les enseñaba el catecismo en el librito del Padre Ripalda, y era curioso oír a los muchachos que le respondían al pie de la letra y como si hablaran con el sacerdote imaginario del Catecismo:

—Decidme, niños, ¿sois cristianos?

—Sí, padre, por la gracia de Dios.

—¿Qué cosa es envidia?

—Es, padre, la tristeza del bien ajeno.

El buen abuelo volteriano la dejaba hacer: apenas alguna vez le dirigía una broma gruesa que ella esquivaba sonriendo; para el abuelo, que en su lucha con los hombres y la naturaleza poseía el secreto del mundo, Rosario era tan buena que nunca había conocido hombre.

Y en esa cruda definición había más justicia, más alabanza, mayor experiencia de la vida que en otros abstractos términos de hipócrita virtud.



Esto lo oí contar en mi infancia.

Ocurrió que mientras ella rezaba en su habitación, llena de imágenes, por los que estaban en la guerra y por el tío Benjamín, la esperanza de la casa, oyó una voz quebrada y dolorida: la voz del tío Benjamín que pedía agua como devorado por una sed ardiente.

Y no supo si soñó, o su imaginación anduvo por entre un campo de cadáveres, y allí le vió tendido en tierra, manando sangre por una gran herida abierta en el pecho.

Dudó en comunicar la visión, cuyo secreto sofocaba su alma sencilla, y lo dijo al abuelo que se burlaba de los presentimientos: para el abuelo, tío Benjamín era de hierro y nada podían contra él los pícaros godos; pero días después un mensajero venido del propio campo de San Pedro de los Guamos trajo una carta enlutada: el abuelo no disparó su winchester como lo hacía cuando le anunciaban un triunfo de su causa, sino ordenó ensillar los caballos que había en la pesebrera, llamó a su mujer y sus hijas y sin decirles nada, las obligó a subir a las cabalgaduras.

Al abuelo no se le preguntaba ni se le discutía.

Ya en la ciudad, y como si hubiera ocurrido hacía mucho tiempo, les dió la noticia.

—No griten, mujeres, que para algo debe servirles la religión. En cuanto a mí he dejado la hacienda abandonada a merced de los que quieran robarla, porque desde que falta él nada me interesa.

* * *

Desde entonces Rosario, la Iluminada, gozó de mucha consideración en la casa. Ya el abuelo ensombrecido y hecho más silencioso, no la importunó con sus gruesas bromas.

Devota de San Pascual Bailón, al favor de San Pascual ella atribuía sus presentimientos misteriosos de las muertes y las desgracias que iban a ocurrir en la familia.

Cuando alguien iba a morir, San Pascual tocaba tres veces en su habitación, en la noche, tres toques inconfundibles. Y le venía entonces el recuerdo de alguno que estaba próximo o lejano: se presentaba a la casa a averiguar por la salud de un pariente olvidado, de quien hacía mucho tiempo no se tenían noticias. Alguna vez coincidió su visita con el recibo de una carta o un telegrama que no se esperaban.

En cierta ocasión le preguntó el abuelo:

—¿Y ese santo desocupado, todavía no le pronostica mi muerte?

—Aún nada me ha dicho San Pascual, don Pedro, pero su cuenta es larga y sería bueno que ya se confesara.

Y el abuelo a quien las desgracias hicieron dócil, que no creía en nada, pero que contra nada se atrevía ya a luchar, mandó llamar a un viejo cura amigo y liberal. Bebieron juntos en el escritorio del abuelo varias copas de vino: recordaron su causa política entonces vencida y sin esperanza; hablaron del tiempo pasado y de la muerte que se acerca y se despidieron después de dos horas con el abrazo cordial de dos camaradas.

La abuela y las tías cargaron al haber de santidad de Rosario, la confesión del abuelo.

San Pascual—fiel amigo—no podía menos que anunciar a Rosario, la Iluminada, su propia muerte. Una tarde llegó a despedirse de la abuela y las tías y a darles las gracias, sonriendo, por toda la caridad que le hicieron. Se le invitó a merendar y contó que San Pascual tocaba ahora a su puerta todas las noches. Pero ella estaba tranquila: había hecho confesión general y no se desprendía del cordón del Carmen.

Cuando se despidió le dijo a la abuela:

—Hasta la otra vida, doña Lucía.

La abuela le respondió que volviera a merendar muy pronto.

Pero una semana después entre los estandartes de tres cofradías—el blanco de San Pascual, el rojo de San Miguel Arcángel, el violeta de la Cofradía del Carmen—llevaron al Cementerio a Rosario, la Iluminada.

El abuelo repitió por una vez más su clásico y castizo elogio:—Era tan buena que no había conocido hombre.

VICENTICO

Vicentico era el undécimo entre los apóstoles a quienes el señor Obispo lavaba los pies en la ceremonia del Jueves Santo. Otros príncipes de la Iglesia para celebrar este acto evangélico

del lavatorio, elegían doce niños de la buena y rica sociedad que llegaban muy limpios y paquetes y perfumados por sus mamás y cuyos rosados piececitos no desmerecían en la gran jofaina de oro, pero este señor Obispo tenía de su misión un concepto más rígido: pensaba que Cristo no buscó sus doce discípulos entre los niños de la aristocracia sino entre hombres humildes y maduros, ya heridos por el dolor de vivir, cuya única riqueza era la de sus vestidos rasgados y la del cielo azul de Judea. Y a pesar de las protestas del Deán y Cabildo que argumentaban que no había tradición para el lavatorio de un Jueves Santo, este Obispo sencillo entró a la Catedral conduciendo sus doce apóstoles: doce pordioseros, doce pobres hombres ridículos conocidos en la ciudad por las máscaras de sus caras, sus defectos físicos, los cómicos apodos con que los designaban los muchachos. Para que se presentaran dignamente a la ceremonia el señor Obispo les había costado el valor de un baño caliente, un traje pobre pero limpio, y las más vistosas alpargatas que usaran jamás. El cristiano simbolismo del señor Obispo comparaba estas alpargatas con las evangélicas sandalias de Pedro y de Andrés.

Desde entonces «los apóstoles» formaron una verdadera institución en la ciudad. Estos hombres desamparados que iban de casa en casa pidiendo la limosna, descubrieron un motivo noble para vivir: ya les había besado sus pies el señor Obispo y cada uno de ellos representaba a uno de los discípulos de Cristo. Como en toda congregación humana predominan los más fuertes, el Decanato de la sociedad y el imperioso papel de San Pedro lo había tomado para sí un mendigo apodado «El Tigre», por su cara manchada como la piel de un felino y porque defendía sus prerrogativas con un nudoso bastón.

Pero ya cuando los muchachos en calles y plazas le gritaban: ¡El Tigre!, como poseído de su papel superior no hacía caso: sonreía desdeñosamente y miraba de alto a bajo como si hablaran de otra persona. Ahora se llamaba San Pedro.



Vicentico, pequeño como un enano, con unos ojos diminutos, movibles y risueños de ardilla, un bigote que parecía pegado con goma sobre la boca para hacer reír, representaba a uno de esos apóstoles mansos, todo humildad y espontánea ternura, como San Juan. Él no discutía prerrogativas y estaba satisfecho con su undécimo lugar que graciosamente le había acordado el señor Obispo. Obedecía a San Pedro en cuanto las órdenes de San Pedro no eran arbitrarias porque éste se embriagaba algunas veces y quería atropellar la congregación. Pero Vicentico apenas tenía ánimos para protestar: sólo en casa de algunas de las señoras a donde iba a pedir limosna solía explayarse y contar los desmanes de San Pedro, que, ¡horror de horrores!, con el dinero y la comida que le daban en las casas cristianas, mantenía una concubina. La coja Inés, una mendiga alta y flaca que engañaba con su cara pálida de anémica, su pañolón verdoso anudado al cuello y su voz lastimera de persona inocente. Mas en un momento de peligro en que fuera preciso tener una discusión con el Decano, hubiera salvado a Vicentico su cuerpo pequeño, su facilidad para escabullirse y su zalamera e irresistible cortesía. A veces los otros mendigos jugaban con él: lo levantaban en peso y lo peloteaban en el aire y él se dejaba hacer muy complacido.

Por lo demás gozaba de un privilegio que envidiaban sus compañeros: mientras éstos vivían en las afueras de la ciudad, en ranchos horribles o entre la algarabía de las casas de vecindad, el señor Obispo había acordado a Vicentico el permiso de vivir en el último piso del campanario, en un cuartucho desde cuyo alto agujero los seres y las cosas se veían pequeñitos. Y Vicentico, provisto de una intuitiva ironía, gustaba de asomarse a su torre algunas tardes, cuando bajo los pórticos de la Catedral los mendigos esperan a los señores Canónigos que salen de los ejercicios del Coro y que siempre les hacen merced...

Así viviendo en el campanario, Vicentico servía de ayudante ad-honorem al campanero: le ayudaba a tocar los dobles y las vísperas, y en pascuas y aguinaldos—por dormir poco y tener tan próximas las campanas—despertaba a la ciudad con estrepitosos repiques en alta madrugada.

Fuera de estos cuidados, su principal preocupación durante todo el año era prepararse decorosamente para aquel gran día del Jueves Santo en que cerca del presbiterio, seguido de tres acólitos que le llevaban una jarra y una jofaina de oro y un paño de fina seda, Su Ilustrísima le lavaba y besaba los pies. ¡Cómo pintar el místico anonadamiento que le producía aquel beso y la suavísima fricción del paño de seda sobre su dura piel y la salida triunfal de los doce apóstoles, de a dos en fila, por la puerta ancha de la Catedral, después de concluida la ceremonia!

Su Ilustrísima les invitaba a almorzar aquel día en el Palacio, les servían una mesa que simbolizaba la mesa de la Cena y ellos que individualmente se llamaban «El Tigre», Vicentico, el cabeza chata, aquel día eran San Pedro, San Andrés, San Juan. En la ciudad todos señalaban a los apóstoles. No necesitaban pedir limosna aquel día porque espontáneamente todos les daban.

Favorecido con la ropavejería de las ricas casas, Vicentico guardaba para entonces un chaqué del año 98, una corbata de plastrón de esas que necesitaban todo un juego de cerrajería de resortes y hebillas para colocarse y un chaleco de seda que luciera en un baile un romántico doncel veinte años antes. En su tenida podría emprenderse un estudio comparativo de la historia y la geografía de las modas.

* * *

Jueves Santo.

El señor Obispo fué más pródigo que otros años, y les ofreció un nada evangélico almuerzo rociado con abundante vino.

El Prelado miraba comer a sus criaturas que, olvidadas del papel que representaban, la emprendían contra las viandas como si quisieran compensarse de doce meses de hambre.

Quien bebía y comía más era San Pedro, por otro nombre El Tigre, que como Príncipe de los Apóstoles disponía a su leal arbitrio de una jarra de rojo vino.

El Tigre tenía motivos para querellarse con Vicentico porque corrían para él tiempos malos: se había presentado a la festividad más andrajoso que los otros, porque el púdico Vicentico había divulgado en las casas cristianas su concubinato con la Coja, y ahora a donde iba, a más de negarle la limosna, le imponían una lección de moral. Se permitían instruirle a él, el Decano, de los deberes de los apóstoles. Le oponían como ejemplo a ese insignificante Vicentico.

Vicentico entretanto lucía chaqué, chaleco de seda, corbata de plastrón y ¡desafío inaudito! hasta una cadena de níquel atravesada sobre un bolsillo del chaleco.

Ya en la mesa, El Tigre aludió con la autoridad de sus años, de su porte y de su investidura a ciertos hipócritas que hablando bajito van a las casas a malponer a sus compañeros para ganar la limosna que se destina a éstos. ¡Cómo si cada quien no tuviera la responsabilidad de sus propios pecados!

Pero como terminara el almuerzo y se excitaran demasiado, un acólito del Obispo los conminó a irse para que no turbaran la santidad del Palacio.

Salieron a la calle: cada uno de los apóstoles tomó un camino distinto y esta era la oportunidad que acechaba El Tigre para acercarse a Vicentico.

La calle estaba desierta y apenas sobre la acera proyectaba la catedral la sombra de sus puertas entornadas por el duelo de la Iglesia, y se oía a lo lejos el ronco son de una matraca.

Era en ese momento la agonía de Cristo.

Vicentico quiso irse e insinuó como despedida una de esas sonrisas y cortesías con que evadiera el peligro otras veces:

—Hasta luego, hermano, y que le hagan mucha merced.

Pero ya El Tigre estaba alerta con sus ojos rojos de vino y envidia:

—¡Intrigante, chismoso, a ver si ahora me las pagas todas! —y se le abalanzó al cuello inmovilizándolo.

Brillaban ante los ojos de El Tigre como prendas de culpabilidad la gran corbata de plastrón y la cadena de níquel de Vicentico.

¿Qué esperaba de la vida, tan absurda para él, con su cara manchada, su miseria y el amor de La Coja, aquella mujer repugnante?

Entre los pliegues de la camisa llevaba escondida una navaja.

Y sin pensar, rápido, como si la enterrara en su vida absurda, la clavó en el inerte cuerpo de Vicentico.

Vicentico cayó de espaldas hecho una sola pelota sanguinolenta. Su corbata era ahora de púrpura y el viejo chaleco de seda lleno de salpicaduras simulaba un fabuloso chaleco de fantasía.

Desde entonces se disolvió la Congregación de los Apóstoles: en la ceremonia del lavatorio, doce niños de la buena sociedad, limpios y perfumados, representaron a los discípulos de Cristo.

LA NEGRA OSA, MUJER DEL INGLÉS

Había caído entre aquellas gentes candorosas de la sierra que no han visto nunca el mar, ni la agitación de los puertos ni la malicia de las grandes ciudades, como una mensajera del misterio sabiendo leer el destino en las cartas de la baraja y conjurar los aijos y sortilegios que hacen las malas personas.

Esto abría para ella las huchas de aquellos montañeses sordidos que le pedían talismanes para que a los niños salieran los dientes con facilidad, o brevajes hechos de yerbas que sólo ella conocía, que había que cortar en el campo bajo la luna menguante para que adquirieran virtud mágica. Médica, bruja, hechicera, todo era en el pueblo la Negra Osa.

La apodaban así por semejarse en su corpulencia, su rostro de mulata, su pelo desgreñado y las grandes ajorcas tintineantes que llevaba en los brazos, con la osa negra que Maese Nicola, el italiano, exhibía y hacía danzar en la plaza pública.

Pero tenía su leyenda, cosa que entre aquellos montañeses sin imaginación y sin aventura se apreciaba entre todo. Decían que en su juventud, en un puerto de la costa, se había enamorado de ella y la había hecho su amante uno de estos ingleses que en las ciudades tropicales sienten la atracción exótica, tan picante y tan viva como la de las especias de Oriente para los navegantes del siglo XVI, de las mulatas de ojos negros y encendidos cuyos cuerpos fuertes y oscuros, la boca grande y carnosa como la corteza de un higo y el pelo áspero, abundante y lustroso, invita a los hombres rubios como un viaje a un país bárbaro donde imperaran la eterna desnudez y el calor eterno. Pero agotan el clima y el amor de las mulatas a estos hombres flemáticos: nunca pueden civilizarlas porque ellas siempre se escapan como animales monteses; el pobre inglés pagará su curiosidad con una mujer indócil que nunca aprende el confort y el orden de la casa y que en los momentos más serios—aquellos que un inglés no puede considerar sino muy en serio—aparece saltando como una cabra salvaje y riendo, riendo tanto hasta mostrar toda la dentadura. Esas dentaduras blancas, parejas y firmes y maravillosas de las negras.

De la aventura con el inglés, que su fealdad de ahora hacía considerar inverosímil, quedábanle a la Negra Osa algunas de esas sorlijas de piedras rojas o azules que apreciaban tanto las mulatas y aquella cantinela, aquel título de orgullo que sacaba a relucir en todas las conversaciones:

—Cuando mi esposo, el inglés...

Estas historias y su cabalística sabiduría franqueábanle las puertas de todas las casas del pueblo. Los curas no la miraban bien porque les hacía la competencia propagando otros procedimientos distintos de la devoción y las ofrendas a los santos, para ganarse la voluntad de las fuerzas invisibles. Y las monedas que no caían en la alcancía de la Virgen del Socorro o San Expedito, iban directas a los bolsillos de la Negra Osa.

Pero ¡cómo se daban por bien servidas las muchachas del pueblo, las que languidecen de soledad y fastidio en aquellos

sombríos caserones provincianos, cuando ella, sacando del seno la mugrienta baraja española, les vaticinaba el destino!

Tomaba en las suyas las manos de la recatada doncella: miraba fijamente con sus grandes ojos de mulata las líneas torcidas y pequeñas que iban de la palma a la muñeca, quedábase absorta como descifrando los jeroglíficos que allí se le ofrecían, y luego con voz melosa, con el tartamudeo de quien recibe el misterio a pequeñas dosis, decía a la cuñada:

—Miro en tu mano, cara bonita, la línea de un próximo sufrimiento amoroso. Pero todo concluirá bien: es caballero rico y formal, montará casa y con el tiempo hasta te llevará a pasear por tierras extranjeras. Acaso sea rubio e inglés como mi difunto.

Otras veces el naípe, la carta que la interesada eligió entre un montón, servía de oráculo, y el as de oro anunciaba las fabulosas herencias de los parientes que viven lejos, las copas alguna fiesta, el caballo de bastos un largo viaje por tierra, y cuando salía el as de espadas eran de mirar las muecas y visajes de la adivina:

—No permita el cielo que se cumplan los pronósticos, porque veo luto en esta casa. El as de espadas está manchado de sangre y se suspende sobre la cabeza de alguno. Yo rezaré porque tal no suceda. Y ahora, Cara Bonita, estoy débil y me vienen los flatos y auxiliáme con lo que puedas.

Y Cara Bonita va a buscarle harina o azúcar, algunas monedas o un traje usado de vivos colores, de los que aprecia tanto la Negra Osa.

Tiene ésta fama de avara: dicen que entierra el dinero que recoge y que guarda todavía tesoros robados al inglés. ¡Cómo se expande la imaginación provinciana hablando de estos tesoros del inglés!

Y la casa de la Negra Osa contribuye a avivar el misterio: vive en despoblado, en una choza cerca del río, donde en la noche se oyen extraños ruidos.



Para su imprevisto matrimonio con Pedro estuvo buscando auxilios entre las gentes del pueblo la Negra Osa. Y todos, por lo pintoresco de la aventura, porque les dió motivo para reir varias semanas, le dieron dinero o ropas. El matrimonio fué un espectáculo más divertido que las funciones de circo y que los palos engrasados y las cucañas con que se celebran en el pueblo las fiestas patronales. Así dicen que en la ceremonia no faltó a ella ningún detalle decorativo: ni el velo blanco, ni la corona de azahar. Repartía sonrisas a diestra y siniestra, y embriagada de gozo y orgullo no reparó cuando un grupo de muchachos de la calle le gritaron el apodo fatídico: ¡Negra Osa! Pedro iba a su lado con la cara tristemente resignada de uno que condujeran a la horca.

Pedro había sido sirviente en un Convento; tenía fama de correcto y honesto como todo lo que sale de aquellas casas, y ahora, deseoso de adquirir una situación más holgada, hacía de buhonero, y con su cajón de sorpresas—todo a cuarenta centavos—recorría en excursiones de una a dos semanas hasta los más apartados campos y aldeas de la provincia.

Como si fuera preciso explicar tan desproporcionado connubio, la Negra Osa decía en sus visitas a las casas:

—El pobre muchacho empieza a trabajar y necesita de alguien que se duela de él. Que le tenga la ropita de muda remendada y limpia cuando regresa hecho girones, de sus viajes. Además cuenta para aumentar su negocito con los pequeños ahorros que yo pueda darle. Pero yo no le entregaré todo porque a pesar de ser muy buen muchacho, hay por esos campos y pueblos mujeres malas que hechizan a los jóvenes para sacarles el dinero. ¿Quién libra de tentaciones a la juventud?

Y como una madre que no hubiera perdido el ardor de la esposa, así fué ella para Pedro. Todos en el pueblo notaron la transformación de la Negra Osa que ahora iba a la Iglesia y negábase a interpretar el destino.

—Cosas de espíritus que diz están prohibidas—contestaba a quienes se lo requerían.

El pueblo tuvo una bruja y una hechicera menos porque la Negra Osa se dedicaba ahora a vender frituras en el mercado, y las alcancías de la Virgen del Socorro y San Expedito se colmaban de nuevo con las ofrendas metálicas de los devotos.

Estaban satisfechos los señores curas.

Habían vuelto la religión y la piedad a aquel pueblo dejado tanto tiempo por la mano de Dios.

* * *

Coincidió con uno de los viajes que Pedro hacía a los campos a vender su quincalla.

Pero no era posible dudar de Pedro.

Cuando la encontraron inmóvil en su camastro tendría por lo menos dos días de estar abandonada allí.

El estómago se inflaba monstruoso hasta levantar las ropas, la cara había quedado fijada en una horrible contorsión final y sobre los labios se acumulaba una saliva verduzca.

Negra y desmelenada, parecía una fiera que el cazador mata-ra en el bosque. Nunca le convino mejor su apodo de Negra Osa.

Dijeron que había sido envenenada y como si el móvil del crimen fuera el robo, en la habitación se veían ladrillos removidos y agujeros en la pared.

No se halló nada de dinero.

En un viejo baúl claveteado encontraron objetos que supusieron de brujería; pelos y cerda de animales, haces de yerbas, huesos y un frasco de un aceite espeso y hediondo. Un perito opinó que era aceite de tortuga.

De Pedro, el buhonero, no se supo más.

tonada del transeunte

MARCHO hacia adentro por las calles
el corazón ligero oh álamo de otoño
el viento mueve las hojas amarillas
con mis pasos que van de la vida a la muerte
perspectivas azules sobre los hombros de los rascacielos armo-
[niosos
donde caen las naranjas calientes de la tarde
la muchedumbre festonea de negro y rosa las aceras paralelas
y en su orilla oscila mi sombra fugitiva y constante
gira un momento en el espacio el canto de ojos húmedos
el canto hinchado por la savia de mil raíces musicales
y asciende por encima de las azoteas grises
oh zumbido que subes anillado con el vaho ardiente de los
[cuerpos
atravesadas por gritos agudos y jadeos profundos de automó-
[viles
las calles marchan conmigo en sentido contrario
mientras mis ojos palpan el rostro familiar de las casas
se va la tarde de pies rosados y camino sobre sus mariposas
[muertas
sombra trémula animada por el ansia del canto
siguiendo el ritmo sencillo e inexplicable de la estrella

zona de sombra

PERO mi alma busca un espacio libre para su salto mortal
y huye multiplicada en las vidrieras que la absorben
mezclándola a la vida física de la ciudad
en el fondo de sus espejos infinitos
restalla tu látigo alegría frenética de evadirse
desorganizada danza sobre los terciopelos
su danza jovial libre sin conceptos anteriores
resbala sobre los vidrios de los automóviles en marcha
sube hasta donde corren los vientos que traen la noche en sus
[trapecios
y desciende zumbando como una piedra en el aire caliente
libértate gira oh alma en tu espiral de espacio
afirmado en las paredes mi canto de hombre te acompaña
con su acordeón agujereado y triste

zona de luz



HORA soy un canto organizado
el pecho profundo y armonioso
que viene desde las primeras mañanas del mundo
con los bolsillos llenos de canciones
y no termino en esta cabeza hirsuta
ni en estos pies que han andado por rutas innumerables
mi piel embebe la luz como las hojas
mientras mis raíces chupan la humedad fresca de la tierra
tú que me ves pasar no podrías decir aquel hombre era así
dentro de mí camina el tiempo con sus zapatos embarrados
y la vida se filtra como agua lenta a través de terrones
hijo del hombre con un andar firme de oso
dispuesto al asalto en la atmósfera inmóvil del espíritu
ciudad marchó inclinado sobre tu corazón

plano



A noche avanza entre linternas rojas
y por la lona de su tienda resbalan los pájaros perdidos
las mujeres como varas floridas ante mi celda cuadrada
perfuman sus altas paredes desnudas
pero un rostro lejano y puro palpita en el cielo anochecido
y sueña conmigo en los puertos solitarios del sur
mi canción y mis pasos han perdido su sentido
y vacilan en el vértice de las rutas horizontales
la respiración de la ciudad ensancha los pulmones azules del
[mundo
por qué transito por este camino desconocido oh alma
las palabras se desvanecen en la sombra
vertical

Hombres, ideas y libros

Hacia una Universidad nueva

RECIENTES hechos han puesto de actualidad—una vez más—el intrincado problema de la reforma universitaria. Como siempre, una comisión de Gobierno ha sido convocada para ocuparse de los diversos aspectos de este asunto. Mientras se busca un camino, no será inoportuno referirse a un libro que se ocupa del problema con suma lucidez y con un sobresaliente acopio de experiencias. Dicho libro es «La Universidad nueva», obra del decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de La Plata, doctor don Alfredo L. Palacios.

Comprende la obra de Palacios una primera parte histórica, una segunda en que se nos define la Universidad nueva, según diversos tratadistas y según la experiencia puesta en práctica en la Argentina, y una tercera que se relaciona con la función social de la Universidad, y más estrictamente con la actuación del doctor Palacios al frente de la Facultad de Derecho de La Plata. Tiene el prestigioso luchador argentino una personalidad demasiado fuerte para que en sus libros ella se oculte tras los hechos y las ideas. Sus libros no pueden ser objetivos, aun cuando tengan motivos científicos, como vemos en este caso. A lo largo de toda esta obra, y especialmente en la parte final a que hemos aludido, las iniciativas del decano aparecen reflejadas con eficaz relieve. El lector que quiera formarse una idea más o menos cabal de la reforma universitaria argentina deberá olvidar un poco las notas demasiado personales, para atender

a lo que más interesa. Y en realidad esto último es mucho en el libro de Palacios, como tentaremos demostrarlo.

Para el autor, la Universidad ha pasado en su país por tres etapas históricas estrechamente vinculadas a la evolución social. La primera es la etapa colonial, típicamente representada por la Universidad de Córdoba, de organización claustral y tan apegada a la iglesia que es más una dependencia de ésta que una institución de estudios. En 1592 los jesuitas fundan la Universidad de Córdoba y la mantienen en estado floreciente y progresivo hasta que, en 1767, son expulsados de los dominios de la corona española. En reemplazo de los discípulos de San Ignacio se hacen cargo de la Universidad los franciscanos. Durante estos primeros años de la vida universitaria la enseñanza es enteramente devota y teológica. Los educandos visten traje talar y dedican a ceremonias del culto y a clases de apologética mucho más tiempo del que dispensan a estudios un poco más profanos. Continúa en esta Universidad, como en muchas otras del mundo, la tradición del Medioevo, que llevó a la ciencia a refugiarse en los conventos, para escapar a las invasiones de los bárbaros. Los frailes son, por aquellos siglos, los únicos individuos que tienen tiempo y ánimo dispuestos para el estudio. Los caballeros viven ocupados del arte de la guerra y de la política, siempre más o menos guerrera. Los pecheros trabajan obscura y obstinadamente sobre la tierra o en el comercio, para arrancar a sus jornadas de esfuerzo el alimento indispensable. Mientras tanto, el fraile lleva una existencia sosegada, ajena casi por entero a las agitaciones del mundo en torno. Sus horas se comparten entre la meditación, los oficios religiosos y el estudio, La astronomía, las bellas letras, la historia, la hagiografía se desarrollan en las comunidades religiosas de la Edad Media con un esplendor sin igual. Mientras los caballeros no saben leer, salvo escasas excepciones, los frailes conocen cuatro o cinco lenguas, hacen versos con entusiasmo digno de mejor objeto y conocen, hasta el detalle más cansador y menudo, los laberintos de la teología, de la filosofía, de la lógica. Los estudios son en aquellos siglos el patrimonio de los

segundones de las familias nobles, que no pueden abrazar, en conformidad al hábito corriente, otra profesión que la religiosa. Así se explica el vínculo extraordinariamente fuerte que liga a la religión con la Universidad, en esa primera etapa de su desarrollo. La Universidad de Córdoba en la Argentina no es sino una de tantas sostenidas por el clero y organizadas en todo de acuerdo con la tradición.

Las siguientes vicisitudes de la institución no logran cambiar el rumbo de su existencia. En 1778 la Universidad pasa, por Real Orden, al clero secular, cambio que no se efectúa, debido a diversos motivos, hasta el año 1807. La revolución de la Independencia tiene más importancia desde el punto de vista universitario. Bajo el poder provincial, desde 1820 hasta 1852, y luego bajo el nacional desde este último año hasta 1864, apenas experimenta la Universidad de Córdoba uno que otro pequeño cambio en su plan de estudios o en su organización. Pero en 1864 Mitre aparece como el renovador más importante de la institución universitaria: el año indicado dicta un nuevo plan de estudios, que consulta muchas y muy importantes reformas, y suprime la Facultad de Teología *. La Universidad entra a la segunda etapa de su vida. Ya no presiden en ella los frailes o los clérigos, por más que en la cordobesa persistan costumbres religiosas en que la tradición de varios siglos de dirección clerical se reconoce de cuerpo entero. La institución cumple con su papel, entonces dominante, de preparar profesionales eficaces. Médicos, abogados, ingenieros, profesores, salen en gran número de sus aulas. Durante cuatro, cinco o seis años han aprendido de memoria muchas nociones generales, muchos principios, muchas doctrinas que luego deberán aplicar en la práctica de su profesión. Los profesores se han formado de la misma manera y continúan una rutina fatigosa. Mal rentados, tratan de cumplir lo más pronto posible con un deber que no les apa-

* Es curioso hacer notar que en Chile, bajo el régimen de separación de la Iglesia y del Estado, la Facultad de Teología subsiste. ¿Cuál es su papel? He aquí un buen tema para alguno de nuestros entusiastas investigadores y recopiladores de datos para la historia.

siona. La lección es puramente oral y hasta tiene un valor de elocuencia. Son los años en que la claridad de la dicción, la elegancia del período, la paradoja brillante y las generalizaciones rápidas ocupan el primer término. Los alumnos también prefieren al profesor que sepa decirles las cosas en forma más florida. Nadie investiga por su cuenta, nadie se ocupa de verificar por sí mismo los fenómenos en que se basan las leyes, nadie deshace para volver a edificar las pacientes construcciones de una sabiduría que se da ya hecha. Contra todo este armazón vetusto debe enderezarse la lucha pro-reforma universitaria. Tal es, en brevísima síntesis, el contenido de la primera parte del libro de Palacios.

En 1916 comienzan a manifestarse los primeros síntomas de inquietud en la población universitaria de diversos establecimientos de la Argentina. La muchachada no sabe de manera bien clara lo que anhela, pero un deseo de cosas nuevas la posee. He aquí la fórmula en que Palacios concreta el rumbo de la forma: «Renovación de métodos en el sentido de que éstos se basen en la observación y el experimento, e impidan así el cultivo de la vulgaridad, la glorificación del lugar común y el verbalismo. La afirmación y el propósito firme de seguir el ritmo de los problemas sociales, adaptando las universidades a las nuevas ideas y haciendo que las verdades puedan servir para aumentar el bienestar de los hombres.» El primer objetivo de la reforma tiene un carácter y un alcance efectivos. Se reemplaza la lección oral, recitada ante el alumno pasivo y aprendida de memoria por éste, por la busca directa de los principios tras los hechos particulares. Como consecuencia, se robustecen los laboratorios y se crean nuevos, se fomenta el funcionamiento de los seminarios y se estimula en toda forma el trabajo personal del alumno, la investigación propia. El profesor cambia su estrado y su cátedra solemne y pedantesca por un sitio junto al alumno en el laboratorio y en el seminario. Lo mismo que el segundo, consulta textos, practica vivisecciones, analiza y estudia al mismo tiempo que enseña. En contacto con la realidad, hace que ella desprenda sin violencias sus

enseñanzas y que directamente éstas se transmitan al educando. Tal es el resultado de los modernos métodos de enseñanza, por cierto muy distantes del rígido criterio de la disciplina claustral que nuestras autoridades universitarias se han empeñado en hacer reinar, a fuerza de bayonetas y de yataganes, en la Universidad de Chile. El profesor colabora con el alumno en ese régimen de solidaridad estrecha, de comunión en un propósito elevado: descubrir la verdad. No impone al educando sino una dirección experimentada, el buen sentido que da la experiencia mayor. ¿A qué seguir? No pretendemos desmenuzar en sus numerosos detalles estos métodos de enseñanza, revelados a través de la práctica por el doctor Palacios en su voluminoso libro. Sólo queremos indicar los caracteres dominantes de éste.

El doctor Palacios nos describe a continuación el trabajo de los seminarios y sus resultados inmediatos. Al poco tiempo de ser fundados, los alumnos protestaron contra ellos, por la simplísima razón del mayor trabajo, de la iniciativa más personal que demandan. Acostumbrados ya a desempeñar en la sala de clase el papel puramente receptivo de oyentes de discursos más o menos brillantes, el esfuerzo individual del seminario les produjo una irritación poderosa. Sin embargo, nos agrega el autor, cuando se les explicó cuál era el significado de la innovación y cuáles serían sus consecuencias, aceptaron continuar asistiendo a sus cursos. Ahora los seminarios funcionan con toda regularidad, y rinden los frutos que de ellos se esperaban. Año por año se incrementan y abarcan un mayor número de materias. Los alumnos sienten ya un placer frecuentándolos y los profesores han demostrado trabajar con más gusto al lado de los jóvenes. Otro aspecto interesante de la reforma ha sido la creación del Laboratorio de Psicofisiología en la Facultad de Derecho. Según el doctor Palacios, este hecho provocó algo así como un escándalo en el ambiente universitario. ¿A qué un laboratorio de esta especie en un organismo dedicado al estudio del Derecho? ¿No sería más propio instalarlo en la Facultad de Medicina? Tales eran las interrogaciones frecuentes, animadas por cierto de un rencor misoneísta y hasta de

alguna animadversión. El autor nos hace conocer entonces algunas interesantes opiniones de jurisconsultos famosos y hombres de ciencia sobre la importancia que tiene el conocimiento de ciencias como la psicología para el estudio del Derecho, y asienta en seguida un principio general: «La psicología es indispensable para el estudio y para la práctica de las jurisprudencia.»

En suma, el libro del doctor Palacios es una obra que tiene un verdadero valor para apreciar los caracteres de la renovación universitaria y para avaluar, como reflejo eficaz de la realidad, los resultados de la misma. Nuestros educadores harán bien en leer este libro lleno de ciencia y basado en una sólida experiencia de varios años.

RAÚL SILVA CASTRO.

Alain. Su arte de vivir, su pensamiento político.

ALAIN, que es en París profesor de filosofía, es uno de los más notables metafísicos franceses del momento: discípulo del ilustre Lagneau, es uno de los que han sostenido en contra de Bergson la supremacía de la inteligencia. Pero se ha preocupado en especial de la moral, y de las aplicaciones de la filosofía a la vida práctica. En un libro sobre *L'esprit et les passions* (Bloch éditeur), ha explicado cómo la purificación y la organización de los conocimientos constituyen una policía de las opiniones, algo como una medicina del espíritu, capaz de hacer sentir su influencia benéfica al mismo cuerpo. En sus *Propos sur le bonheur* (Editor Fabre, Nîmes), vuelve a hablar de su policía de las pasiones, demostrando que ellas sólo existen porque nosotros lo creemos. Igualmente, las enfermedades de la imaginación, como la neurastenia, y hasta el dolor físico. El dolor nos lanza inmediatamente en conceptos metafísicos; al punto doloroso, imaginamos un mal, ser fantástico que se ha introducido bajo nuestra piel, y que quisiéramos ahuyentar por obra de brujería. Nos parece inverosímil que un movimiento reglamentado de los músculos borre el dolor, monstruo roedor; pero no hay, por lo general, monstruo roedor alguno, ni nada que se le parezca; esas son malas metáforas. Trate de permanecer largo rato parado en un pie, y constatará que no se precisa un gran cambio de actitud para producir un dolor vivo, ni un gran cambio de actitud para lograr que desaparezca ese dolor. En todos los casos, o casi todos, se trata de inventar cierto baile. Cada uno sabe que es un placer estirar los músculos y bostezar libremente;

pero no se tiene idea de ensayar por gimnasia ese movimiento libertador. Y los que no consiguen el sueño deberían simular las ganas de dormir y la dicha de abandonarse. Pero, al contrario, simulan la impaciencia, la ansiedad, la cólera. Aquí se encuentran las raíces del Orgullo, siempre castigado.

La aplicación más feliz del sistema filosófico de Alain ha sido la estética: en su *Système des Beaux-Arts* (Editado por la Nouvelle Revue Française) nos muestra la imaginación desgraciada en su excesiva libertad, reglamentada, doblegada, vigorizada, por las técnicas artísticas y la solidez de la obra. Sus páginas sobre la Música, el Dibujo, la Prosa, son particularmente admirables.

En el dominio de la política, ese sistema ha concluído en el más total individualismo. No que él se afirme revolucionario, o que él pretenda que se deba jamás rehusar de obedecer, pero, según él, al obedecer siempre es preciso *juzgar* siempre, y basta, para gobernar bien, que el jefe se sienta criticado por la independendencia completa de espíritu de sus súbditos, Alain ha dado por lo demás, personalmente, un notable ejemplo de la aplicación de sus teorías; en 1914 se incorporó voluntariamente al ejército, aunque había ya pasado la edad de ser militar, pero al mismo tiempo publicaba los *Vingt-et un propos d'Alain aux-non-combattants*, en los cuales mostraba la bajeza de las pasiones que arrastran a la guerra:

«Rehuso aborrecer un pueblo entero. Insisto en esta idea poco agradable a los hombres para los cuales la guerra es algo que abre un absceso de furor que los ahogaba. Odio por cierto el despotismo, y ese furor ciego, nacido del absolutismo y de la fatuidad, que empuja en contra nuestra a tantas pobres gentes. Pero a esos hombres que llegan del Norte con espadas y cañones, no necesito odiarlos; bástame combatirlos. Su odio en contra nuestra es una enfermedad que el despotismo ha inoculado a un pueblo entero, y que sanará la libertad. Pero el odio no mata, y si mato yo, el odio es bien inútil.»

Desde la guerra, había publicado ya un libro sobre la guerra: *Mars ou la guerre jugée* (editado por la Nouvelle Revue

Française). Mostraba en él las hipocresías de la guerra, y mostraba que, contra lo que se cree generalmente, el valor de sostener las propias opiniones es más difícil y escaso que el valor guerrero: «No faltan sin embargo las ocasiones de atreverse: atreverse a estimar los verdaderos valores, el espía, tan alto colocado como esté, por lo que es, el mentiroso, por lo que es, el adulador, por lo que es, perdonándoles a todos según la comprensión clara, lo que es aún más peligroso. Pero demasiados guerreros viven de rodillas, y es únicamente en la guerra donde encuentran la ocasión de vivir una o dos veces antes de morir.»

Alain acaba de publicar un libro (editado por Kra), titulado *Le citoyen contre les pouvoirs*, que es una síntesis de su pensamiento político. Vuelve a referirse allí, en una forma nueva, a su crítica del espíritu de guerra, mostrando que el mayor escándalo de la guerra es que el hombre pueda ser olvidado, considerado como una herramienta, como un objeto. Vuelve aún a considerar, según ejemplos recientes, su idea de la necesidad que se tiene de un poder espiritual, formado por las opiniones de hombres sin temor y sin prejuicios, para mantener en sus deberes el poder temporal.

En los que mandan, Alain distingue dos razas: los que él llama los *descuidados* (les *négligents*), que cuidan poco de las apariencias del prestigio, y que se preocupan únicamente, como ingenieros, de resolver y vencer las dificultades que presentan las cosas, y los *importantes* (les *importants*), que no cuidan de las cosas en sí, sino únicamente de los hombres, y quieren que se les obedezca, cueste lo que cueste.

Aplicando por vez primera su sistema a la política económica, Alain nota que en los trabajos de Estado se ha usado a menudo equivocadamente del principio de la utilidad: antes de realizar innovaciones únicamente porque son más provechosas para el consumidor o para el público que el estado de cosas actual, se debería tomar en cuenta el rendimiento, lo que los funcionarios no pueden hacer actualmente por no estar directamente interesados en esas empresas. El rendimiento limita el

perfeccionamiento en las empresas privadas, y hace renunciar hasta a cosas útiles. Por ejemplo, poner un techo sobre las viñas, que se abriera para el sol y se cerrara en contra del granizo, sería útil, pero no de buen rendimiento. Lo mismo un yatch o un Rolls Royce son útiles a cualquiera. Sería pues preciso que el Estado se sometiera a una avaricia de misma categoría que la de los comerciantes, que él compara a una lucha contra la gravedad: «la pérdida está colgada del negociante, y lo tira siempre hacia abajo».

Se ve, por la extensión de sus preocupaciones sociales, que Alain opina, lo mismo que Platón, que el individualismo es la doctrina más útil a la sociedad.

MARCELLE AUCLAIR.

Araquistain en el teatro

L lado de Azorín, de José Ortega y Gasset, de Ramiro de Maeztu, de Gómez de Baquero y varios otros escritores, Luis Araquistain es uno de los intelectuales españoles de más fornida contextura y más viril fisonomía.

Cerebro enriquecido por una cultura sólida y variada, Araquistain ha vivido en una permanente actividad trabajadora, ofreciendo sin descanso a las prensas artículos y libros de la más diferente condición espiritual.

Es verdaderamente admirable la labor de este esforzado, caballero de la pluma. Los más distintos temas han sido objeto de su examen y de sus comentarios; pero en el dilatado conjunto de su obra no se podrían advertir inconsecuencias ni divisar contradicciones. La extensa diversidad de sus tareas exterioriza en la común orientación de los valores, una visible y consistente columna vertebral.

Crítico, novelador y periodista, este escritor no ha podido, con todo, circunscribir su acción a la revista y al volumen. Su dinamismo cerebral es tan intenso y desbordante, que ha debido buscar el camino más directo para llegar a los demás, y ha llevado su pensamiento y su sapiencia al oleaje del teatro. No conforme con la forzada e impasible frialdad de la palabra impresa, ha querido que sus reflexiones y sus inquietudes tomen las formas vivas y ardorosas del diálogo dramático.

Habría fundamento para creer que su primera concepción escénica, estrenada en el Español de Madrid el 21 de Marzo de 1923, fuera algo endeble y balbuciente, toda vez que el teatro es un secreto que no se entrega de una manera fácil; pero no

es así. *Remedios heroicos* es una pieza de maciza envergadura, pieza que acusa en el artífice un conocimiento no pequeño de los resortes teatrales.

Pocos han entrado con paso más seguro que Luis Araquistain en el terreno resbaladizo del arte de Aristófanes. *Remedios heroicos*, en tres actos y en prosa, no parece el primer documento de un autor de teatro, sino el producto lógico de una experiencia prolongada en esta clase de faenas.

Es aquel un drama sobrio, aunque recargado de tintas; un borbotón humano que no podía haber inspirado sino el genio de Ibsen, aquel hombre nebuloso y austero que vivió escudriñando el misterio de las almas.

El mismo Araquistain decía: «Yo me complazco en reconocer aquí mi gran deuda a Ibsen, y sin él *Remedios heroicos* es probable que no hubiera existido nunca o, en todo caso, en forma muy distinta. Siempre me ha parecido pueril negar u ocultar las influencias que colaboran a la formación de la propia personalidad.»

Araquistain ha llegado, pues, al teatro conducido de la mano por el filósofo noruego. No podía haberse presentado mejor acompañado. Y como la de Ibsen, es la suya labor de auscultación y de sondeo, labor de disección y raciocinio, labor de análisis y crítica, trabajo de inventario y de severa cirugía.

Remedios heroicos rompe moldes y destroza tradiciones en el nombre del progreso indefinido de la sociedad y de la especie. Según una opinión, es el drama de la «libertad individual». La protagonista, sacudiendo cadenas ancestrales, arrojando la coyunda sacramental del matrimonio, se rebela contra ella, contra sus imposiciones rígidas y consuetudinarias, y se entrega al instinto de la maternidad, dando expansión al ejercicio de un derecho perfectamente natural.

Podrán ser controvertibles las ideas fundamentales de este drama de Luis Araquistain; podrán ser resistidas y duramente condenadas; podrán merecer desdenes y reproches—chocan ellas contra lo establecido y consagrado—; pero no podrá ser discutida ni negada la buena fe del dramaturgo y su ensueño fer-

voroso de perfeccionamiento humano bajo las banderas de la libertad individual.

Todos estos problemas, complejos y abismales, no podrán tener nunca soluciones de aceptación unánime. Cada fórmula de desenlace habrá de contar indefectiblemente con partidarios y con opositores; pero en cualquiera solución que se plantee, hay que aplaudir el anhelo de progreso social que la ha determinado, la inclinación a corregir anomalías retardatarias o nocivas y el propósito de abrir a la corriente de la vida senderos de grandeza y horizontes luminosos.

Y esto es lo que hace más plausible que todo el hondo drama de Luis Araquistain y con ello, el valor con que encara el problema y el afán de arrastrar la caravana de los hombres hacia planos mejores, hacia un ambiente en que todo individuo pueda vivir sin reticencias sus instintos superiores y sus derechos permanentes.

Como es de suponerlo, *Remedios heroicos* resonó cual una aguda clarinada de batalla. La prensa de Madrid comentó extensamente sus premisas y sus sugerencias, y todos los críticos estuvieron acordes en reconocer los méritos del drama. El de «La Voz» decía: «*Remedios heroicos* es, en nuestro concepto, la obra de más fuerza ideológica estrenada de varios años a esta parte», y el crítico de «El Liberal» afirmaba que tal obra presentaba a Araquistain «como una gloriosa realidad de autor dramático, al que seguramente deberemos en no escasa medida y en no lejano plazo, el resurgimiento del teatro nacional, hoy desmayado y envilecido, salvo contadísimas excepciones, en manos tan torpes como pecadoras».

A Araquistain no envanecieron los aplausos, ni ellos le hicieron, por supuesto, desviar su trayectoria. Cualquiera otro habría aprovechado la disposición favorable del público para haberla explotado en beneficio personal. Pero Luis Araquistain no podía dar fines mezquinos a su insigne apostolado.

Durante el año 1924 laboró tranquilamente y sólo el 19 de Mayo de 1925 llevó a las tablas su segunda producción, *El rodeo*, estrenada en la Latina por María Palou.

La influencia de Ibsen sigue evidenciándose, tanto en los procedimientos como en los personajes. De este modo se explica que la crítica opinara en el sentido de que la heroína, «celosa y mujer, tendiendo cautelosamente la trampa de sus ficciones, dando un rodeo atrevido, jugando en el envite su propia vida para descubrir el fondo de las almas de su marido y de su hermana, tiene la altura de una Hedda Gabler».

Como debía serlo, el drama es áspero y lóbrego, un envolvente torbellino de sombras; una negra espiral de tragedia con toda la desesperada y convulsiva rudeza de una lucha sin posible avenimiento.

La presencia de Ibsen está en *El rodeo* llenando sus escenas de intensidad y de tristeza; derramando colores opacos; destejando en el diálogo palabras temblorosas, palpitantes de amarguras y repletas de sollozos.

Grande y robusta es la figura de la protagonista y los diversos sentimientos que pasan por su pecho dan un relieve extraordinario a su personalidad. Ella, su marido y su hermana vienen a ser los tres pilares en que se edifica el drama. Los tres, unidos por lazos de fatalidad, por vínculos de odio, de amor y de egoísmo, son seres que la vida ha de entregar a la vorágine, al choque y a la muerte, porque ¿de qué manera podría resolverse aquel combate ciego por la posesión de un hombre, en que actúan, salidos de cauce, los impulsos de la carne y las pasiones más violentas?

Aquellos personajes están cogidos por la garra de un destino inexorable y tenebroso que los hace inferiores a la espantosa fortaleza de los empujes en acción.

La fatalidad asoma su cabeza en este drama y maneja las figuras, sin que éstas puedan eludirla ni acierten a sobreponerse. Según el mismo Araquistain, las criaturas de esta obra «no son como vulgarmente se dice, ni malas ni buenas; son sencillamente trágicas, obedientes por ineludible necesidad a la ley de su propia vida, a su más profunda ley moral, y leales a todas sus consecuencias».

Los personajes de *El rodeo* siguen la ruta trazada por su

naturaleza psicológica, sin forcer a la presión de intereses ajenos y sin temor al vilipendio de la tradición o la rutina.

El drama ha sido desenvuelto con toda su crudeza, desnudamente, con un valor y una franqueza que excluyen eufemismos y no admiten circunloquios. La frase es ácida, resuelta, quemante, tal como lo requiere la candente vibración del asunto y la violencia del momento.

El rodeo es un drama de creciente tormenta, hasta que finaliza deshecho en una fiera y luctuosa borrasca pasional.

Y cuando todavía no se borraba la impresión de aquel drama, el 14 de Diciembre de 1925 estrenaba el maestro otra obra, *El coloso de arcilla*.

Este drama continúa reflejando por entero a Araquistain en sus modos de pensar y construir. Lo importante en esta obra es su fondo y a él sacrifica el artífice los elementos puramente teatrales.

La crítica tachó en este drama lo abarcante del tema y lo elevado de los vuelos, cosas que impidieron que su contenido y su belleza llegaran fácilmente hasta todas las conciencias y en ellas arrancaran las debidas resonancias.

Según el crítico de «El Liberal» de Madrid, pretende Araquistain demostrar que la actual civilización, pese a todas sus apariencias de solidez y de grandeza, es cosa deleznable y en peligro de pulverizarse si la Humanidad no aliende a lo fundamental, dando de lado, a costa de todos los dolores y de todas las renunciaciones, a lo accesorio, y da forma a su propósito de demostrarlo por medio de corporificaciones de un carácter emblemático.

En *El coloso de arcilla* cada personaje es un símbolo y por esta circunstancia el tercer drama de Luis Araquistain no será del todo accesible para públicos siempre acostumbrados a tipos de otro orden.

Pero, a pesar de todo, en esta obra afirma Araquistain su personalidad de autor dramático y se coloca en condiciones de ocupar una plaza expectable en la vanguardia de quienes per-

pefúan, remozándolo, el esplendor inmarcesible del teatro castellano.

La pericia de Luis Araquistain está ya suficientemente probada en el terreno de la literatura escénica. Acaso podría reprochársele que no tiene un completo dominio de la técnica; pero hay que convenir en que él sólo se obtiene merced al ejercicio de una práctica constante. Es que también la opulencia mental de Araquistain, sus elevadas ascensiones y su excesiva honradez ideológica, lo alejan de los convencionalismos y de los artificios que requiere la composición dramática. Así su teatro ha resultado algo escueto y esquemático, algo demasiado rectilíneo, pero sincero como pocos.

Las piezas de Luis Araquistain han debido, sin duda, extrañar a públicos habituados a un teatro de habilidades mecánicas y de recursos exteriores, a un teatro en que todo está dispuesto para agradar al auditorio.

Araquistain no se somete de lleno a las exigencias de la forma ni sacrifica a ella la integridad del pensamiento ni la esencia de la idea. Su punto de vista y su concepto filosófico no sufren menoscabo al pasar a la obra de teatro. No persigue el dramaturgo aplausos fáciles ni triunfos precipitados. Expone sus teorías sin transigir ni claudicar.

El público no preocupa a Araquistain como a los otros comediógrafos. Escribe absolutamente de acuerdo con él mismo. Por eso ha sido motejado muchas veces de poco comprensible. Habla en no pocas oportunidades desde una esfera superior a la de sus oyentes, y no todos pueden seguir de una manera fácil el caminar de su razonamiento ni llegar hasta el fondo de los valores que elucida.

Se advierte que Araquistain no piensa al escribir en deslumbrar ni en promover admiración. Sólo desea convencer, y de ahí que la fuerza de su obra gravite por entero en la idea, en la entraña sustantiva, en la materia medular.

Su labor se singulariza por su acentuada propensión a exponer sin timideces sus pareceres éticos y sus apreciaciones sociológicas, sin recurrir al efectismo literario ni a los resortes deci-

sivos del calor y el movimiento. Esta circunstancia indica que Araquistain no adula a nadie ni persigue los favores del vulgo o la rutina. Sus dramas van teñidos con la sangre de su espíritu y llevan el sello de esa unción y probidad que sólo puede dar a su tarea el que va tras resultados de verdad y de progreso.

Semejante característica hará simpático al teatro de Araquistain para todos, aun para aquellos que están en plano opuesto y en total antagonismo con sus apreciaciones. Lo que molesta es lo anodino, lo incoloro, lo hipócrita.

El teatro del autor de *El rodeo* puede anotar a su favor el hecho no generalizado de haber sido escrito sin concesiones a temores de ninguna especie. Combate francamente situaciones consagradas, abandonando las cómodas y habituales posiciones de casi todos los dramáticos. Es aquel un teatro sin vistas a la taquilla ni a la popularidad.

La producción de Araquistain ha debido causar extrañeza por esta circunstancia, ya que está confeccionada sin seguir las corrientes impuestas por antiguas costumbres y sin tratar de satisfacer ni de servir los gustos artísticos ni las inclinaciones éticas de la mayoría.

Al revés de los demás autores, Araquistain anhela que el auditorio piense con el autor y que colabore con él. Sólo así, según el dramaturgo, podría el público fundirse con el autor y el autor alcanzar su deseo de fundirse con el público. Para Araquistain únicamente de este modo «es posible alcanzar una obra sólida donde se integren el artista y el espectador».

Un teatro así no será, sin duda alguna, el preferido por un público que tiene el hábito de no colaborar; por un público no acostumbrado a las actividades mentales y que va al teatro a ser un simple receptáculo de imágenes y frases; por un público, que en su mayor parte, sólo persigue las recreaciones del color, la caricia del vocablo, el cosquilleo del retruécano.

Pero Araquistain no va tras las preferencias—caprichosas y tornadizas—de los espectadores. Va a la escena a discurrir, a plantear problemas, a destruir preocupaciones, a señalar nuevos

trayectos, a extirpar todo aquello, que a su juicio, pone alguna barrera al desarrollo sano y conveniente de la familia universal.

Luis Araquistain es, ante todo, un pensador que se disfraza de dramático, buscando campos más abiertos y fecundos a sus ansias sembradoras.

Afrontando dificultades y venciendo resistencias, Araquistain entrega al surco la semilla de su idea. Por la sonora bocina del teatro deja caer sin miedo sus grandes convicciones y sus vastas esperanzas. Podrán ser sus creencias discutibles, erróneas y hasta perjudiciales en el sentir de mucha gente; pero de todos modos, hay que admirar en Luis Araquistain al hombre valeroso, al soñador, al iconoclasta de buenas intenciones, al hombre que, de cara a los intereses creados y a las situaciones estancadas, toca el repique clamoroso de las renovaciones.

Con sus particularidades sustantivas y técnicas, el teatro de Luis Araquistain se hace ampliamente acreedor a los honores del estudio y a los de la difusión. No es un teatro que merezca el olvido y el desprecio de nadie. Todo en él está atrayendo la atención del estudioso; todo en él está ofreciendo interés por la novedad de la doctrina y la amplitud ideológica, a la vez que por su vasta trascendencia y su avanzado atrevimiento.

Incuestionablemente, el teatro de Luis Araquistain será siempre para públicos de determinada preparación intelectual, para públicos amigos del raciocinio y partidarios de la crítica; para públicos que anhelan remover profundamente la estática social y abrir caminos nuevos en el terreno de la ética.

En lo que lleva elaborado, Araquistain ha dado ya la directriz que habrá de presidir su producción escénica y ha fijado la nota distintiva de sus procedimientos. Lo que venga más tarde ha de seguir, sin duda, por el mismo derrotero. Será la suya una dramática de ideas; una dramática que habrá de hablar más al cerebro que a la sensibilidad; que hará pensar más que sentir; pero, en todo caso, merecedora, en la variedad de sus facetas, del estudio más prolijo.

Por lo ya realizado, podemos juzgar perfectamente la futura

labor de Araquistain en el teatro: será labor maciza y fuerte; llena de nervio y de interés y en la cual, junto a la más exquisita y continuada dignidad literaria, arderán como llamas calcinantes, la rebeldía reformista y el afán de nuevas normas.

Traspassados los umbrales de la iniciación, corresponde a Araquistain entrar de lleno a la campaña del teatro. Se le esperan grandes triunfos y magníficos laureles.

GUILLERMO MUÑOZ MEDINA,

ACTIVIDADES UNIVERSITARIAS

Presentación elevada por el Directorio de la Universidad de Concepción a S. E. el Presidente de la República.

Excmo. Señor:

 A Universidad de Concepción ruega a V. E. que, al resolver acerca de la creación de la Lotería Nacional de Beneficencia, quiera tener presentes los hechos y consideraciones que pasamos a exponerle, relativos a la labor realizada por la Universidad y a los recursos con que cuenta.

Antecedentes generales.—La Universidad de Concepción, que comenzó a funcionar en Abril de 1918, no fué una creación artificial, sino que respondió a una necesidad pública. La mejor comprobación de este aserto la han dado los hechos que han permitido a la Institución un desarrollo imprevisto aun para sus fundadores.

Matrícula.—La matrícula general desde 1918 indica una población universitaria de 2235 alumnos. En este mismo tiempo se han incorporado a las Escuelas 810 alumnos nuevos.

Escuelas y Cursos.—La Universidad mantiene actualmente cinco Escuelas, a saber: de Ingeniería Química Industrial, Dentalística, Farmacia, Medicina (1.º y 2.º años), Pedagogía (Curso

de Inglés), Curso de Normalistas y Curso de Secretariado Comercial.

Innovaciones y progresos en la Enseñanza.—De estas cinco Escuelas, la de Ingeniería Química Industrial es completamente nueva en el país; igual cosa podemos decir de los Cursos de Normalistas y de Secretarios Comerciales. En las Escuelas restantes no nos hemos limitado tampoco a seguir los planes ya fijados en otros establecimientos similares, sino que se han adicionado a los programas de enseñanza materias nuevas para completar y hacer más práctica la operación de los alumnos.

Perfeccionamiento de los estudios.—Con el propósito de obtener la mayor utilidad posible para el progreso de la cultura general, se han hecho considerables sacrificios para pensionar en el extranjero a profesores y alumnos, y hasta se ha contratado al eminente profesor don Alejandro Lipschütz, para que venga a enseñar Fisiología en las Escuela de Medicina y Dentística.

Alumnos pensionados.—No obstante que por la natural duración de los estudios sólo hace pocos años que la Universidad ha podido contar con alumnos que hayan seguido los cursos en sus aulas, ha logrado enviar al extranjero a tres alumnos: uno de la Escuela de Ingeniería Química Industrial, otro de Dentística y el tercero de la Escuela de Pedagogía. Los dos primeros han hecho estudios en Alemania y Francia, y el último en Estados Unidos.

Profesores pensionados.—Dos profesores han sido pensionados en el extranjero: uno en Francia para el Curso de Francés de la Escuela de Pedagogía y otro en Estados Unidos para el Curso de Inglés de la misma Escuela.

Contratación de un especialista extranjero.—A estos esfuerzos por mejorar la enseñanza se ha añadido hace algunos meses, la contratación de un especialista de renombre mundial para

que tome a su cargo la enseñanza de la Fisiología en las Escuelas de Medicina y Dentística. Nos referimos al profesor señor Alejandro Lipschütz, sabio investigador, que con Verworn, Steinach y otras eminencias científicas mantiene el cetro de las nuevas orientaciones de la Fisiología. El ilustre profesor nos ha honrado aceptando nuestras peticiones y ha salido ya en viaje al país, donde estará en el mes próximo. El contrato por cinco años firmado al efecto importa a la Universidad, por honorarios, el desembolso de doscientos mil pesos, a razón de cuarenta mil pesos por año. A esto debe añadirse el valor de los laboratorios ya encargados a Europa. Hasta el momento del contrato, el señor Lipschütz trabajaba en la Universidad de Dorpat, en Estonia, a donde había sido llamado para reorganizar los estudios universitarios. Anteriormente fué profesor extraordinario en Berna y luego agregado a los laboratorios de Fisiología de la Academia de Ciencias de Viena.

Alumnos titulados o en aptitud de titularse.—Desde el año 1922 hasta ahora han concluido sus estudios 164 alumnos, sin contar los que han hecho su curso de Secretarios Comerciales. La gran mayoría de los alumnos que han concluido sus estudios se ha titulado ya; y el resto está en aptitud para recibir su título inmediatamente. Al calcular el porcentaje de titulados sobre el número de alumnos, debe tenerse en cuenta que los cursos de Medicina, que empezaron a funcionar en 1924, no llegan sino hasta el bachillerato. En estos cursos el porcentaje de los promovidos del primer año llega a $61\frac{1}{3}\%$ y el de los promovidos del segundo año llega a 63% .

Trabajos de investigación científica.—La Universidad no se ha limitado a la explicación más o menos amplia de sus programas de enseñanza, sino que en la medida de sus fuerzas, ha dado importancia especial a los trabajos de investigación científica. En cumplimiento de esta finalidad ha concurrido al Congreso Odontológico Latino-Americano celebrado el año último en Buenos Aires, al que presentó diversos trabajos de investiga-

ción que merecieron honrosas calificaciones y hasta uno de ellos obtuvo premio especial. De igual modo ha enviado ya trabajos al Congreso Internacional Odontológico que se efectuará en Filadelfia dentro de poco. Además, ha publicado colaboraciones en archivos científicos europeos, como ser en Biología Generalis (Internacional Journal of Biologie), Berichte fuer allgemeine Physiologie und Pharmacologie y otros. Envió también representantes al Congreso de Química celebrado en Buenos Aires, y contribuyó con diversos trabajos a las labores de la Semana del Salitre organizada por la Universidad Católica.

Obras de difusión de la cultura.—Mantiene la Universidad una revista de Ciencias, Artes y Literatura, «Atenea», que se publica desde hace tres años y que circula profusamente en el país y ha encontrado muy favorable acogida en los círculos intelectuales extranjeros. Sostiene también una sección de Extensión Universitaria que ofrece continuamente conferencias sobre temas de Ciencias Físicas, Biológicas, cuestiones de Derecho, problemas de carácter social, artístico o literario. Ha hecho funcionar también un Círculo de Lecturas en el que se comentan libros de todos los órdenes de la actividad intelectual y de todas las épocas.

Progresos materiales.—Según el último balance anual, practicado en 31 de Diciembre de 1925, el haber universitario asciende a un millón cuatrocientos setenta y seis mil pesos. De esta suma corresponden cuatrocientos siete mil a material de enseñanza y mobiliario; quinientos diez y seis mil a propiedades raíces destinadas a escuelas; y el resto de quinientos cincuenta mil en depósitos a plazo y otros valores.

Proyectos para 1927.—Está actualmente en estudio un proyecto para crear el tercer año de Medicina y para establecer una biblioteca pública. Asimismo, se ha abierto un concurso de planos para un ante-proyecto del edificio de la Escuela Dental,

que se levantará en el predio universitario ubicado en el barrio de la Toma.

Fondo para el mantenimiento de la Universidad.—Los fondos con que se mantiene y progresa la institución provienen de las operaciones con sorteos autorizadas por Decreto-Ley N.º 484 de Agosto de 1925. En virtud de esta autorización legal que faculta a la Universidad para efectuar los sorteos aludidos hasta que reúna un capital que le produzca una renta de un millón de pesos anuales, se han contraído compromisos que representan sumas de consideración, tales como el contrato con el profesor señor Lipschütz, el arriendo de casa para un largo período de tiempo para instalar las oficinas administrativas y otros diversos contratos que importan prestaciones de dinero por parte de la Universidad.

La Lotería Nacional y el sostenimiento de la Universidad.—En este estado de cosas se anuncia un proyecto de ley para crear la Lotería Nacional con fines de beneficencia. Tal proyecto amenaza fundamentalmente la vida de la Universidad, pues un país con una población de apenas cuatro millones de habitantes, dispersa en un vasto territorio, no puede mantener dos loterías simultáneamente. Por esto nos vemos obligados a presentar, aun en líneas reducidas, la labor realizada por esta institución de enseñanza que satisface allas necesidades colectivas. Queremos que se conozca la obra que está en peligro de desaparecer; y, en consecuencia, que se aprecie el daño que su desaparecimiento puede traer.

Interés público y no particular.—No queremos discutir acerca de la conveniencia o inconveniencia de que el Estado mantenga servicios públicos con recursos como la lotería en vez de hacerlo con impuestos equitativamente distribuidos. Nuestra opinión pudiera estimarse parcial. Pero ya, desde hace tiempo, los hacendistas han dado su parecer en este asunto. Debemos, sí, hacer presente a las autoridades y los legisladores que habrán

de resolver este punto, que no son intereses particulares los que resultan heridos si la Universidad cierra sus puertas. Los miembros de la sociedad universitaria nada ganan económicamente con las labores de la institución, la que todavía les demanda su contribución anual, en consecuencia, nada perderán tampoco personalmente, salvo los esfuerzos que ya invirtieron en ella durante nueve años. Los que pierden personal y económicamente son los alumnos y con ellos sus familias; y con las familias la región y con la región el país.

Concepción, 26 de Julio de 1926.

Enrique Molina, Julio Parada Benavente, Luis D. Cruz Ocampo, Eliseo Salas M., Antonio Aninat, Francisco Amthauer, Néstor Bahamonde, Serapio Carrasco, Alberto Coddou, Desiderio González, Enrique González Pastor, Guillermo Grant B., Aurelio Lamas B., Augusto Rivera Parga, Alcibiades Santa Cruz, José María Santander, Luis Urrutia M., Pedro Villa Novoa, Samuel Zenteno Anaya.

Llegada del Prof. Dr. med. Alexander Lipschütz

EN la última semana del mes de Agosto llega a nuestro país el profesor doctor Lipschütz, que, como se sabe, ha sido contratado por la Universidad de Concepción a fin de que sirva la cátedra de Fisiología y dirija el Laboratorio correspondiente en nuestras Escuelas de Medicina y Dentística.

Con ocasión de este hecho, y como un homenaje al sabio investigador que pronto ha de incorporarse a las actividades de nuestra Universidad, ATENEA se complace en insertar algunos datos relativos a la vida docente del reputado profesor y a la bibliografía con que ha enriquecido las investigaciones fisiológicas modernas, datos que se ha servido proporcionarnos el profesor de nuestra Universidad, doctor Ottmar Wilhelm.

Nació el doctor Lipschütz en Riga, el año 1883.—Después de estudiar en las Universidades de Berlín, Göttingen y Zürich, recibió su doctorado en medicina en 1907, en Göttingen. Perfeccionó en seguida sus estudios médicos en varios Institutos científicos principalmente en Alemania y Suiza, desempeñando en varios de ellos, como en el Instituto para Epilépticos, en Zürich, y otros, diversos cargos de importancia. Ya en 1913 era uno de los más destacados colaboradores científicos en el Instituto Fisiológico del gran sabio fisiólogo Verwern, en Göttingen, y después en Bonn. En 1916 trabajó en los laboratorios del célebre Prof. E. Steinach, en Viena (Instituto de Investigación Biológica de la Academia de Ciencias, Viena). De 1915 a 1919, libre docente de la cátedra de Fisiología en la Universidad de Berna; desde 1919, profesor de Fisiología y Director del Instituto Fisiológico de la Universidad de Dorpat,

puesto que ha desempeñado hasta que fueron contratados el presente año sus servicios para las clases de Fisiología de la Universidad de Concepción. Su enorme y fecunda labor científica, en la cual merecen especial mención sus trabajos sobre endocrinología sexual, publicados regularmente en el «Anzeiger der Akademie der Wissenschaften, Wien; «Comptes Rendus de la Société de Biologie», Paris; «Proceedings of the Royal Society», London; «Pflügers Archiv fuer die gesamte Physiologie», Berlin, etc., etc., como asimismo sus interesantes obras «Allgemeine Physiologie des Todes», Braunschweig, 1915; «Zur allgemeinen Physiologie des Hungers», Braunschweig, 1915; «Physiologie und Entwicklungsgeschichte», Jena, 1916; «Ueber den Einfluss der Ernährung auf die Körpergrösse», Berna, 1917; «Probleme der Volksernährung», Berna, 1917; «Die Pubertätsdrüse und ihre Wirkungen», Berna, 1919 (que es considerada como una de las obras de mayor importancia del autor y que traducida al inglés y al español, fué editada respectivamente por Hefser & Sons, Cambridge, y por Calpe, Madrid), fuera de los innumerables trabajos de investigación publicados en diversos archivos científicos, revelan la personalidad del sabio que llega a la Universidad de Concepción.

NOTICIARIO



A pesar del número inmenso de revistas que se publican en Francia, los jóvenes escritores necesitan nuevas publicaciones. Así, por lo menos, lo demuestran los que han fundado, hace poco, una nueva revista llamada *Les nouveaux essais critiques*. En estos «ensayos» se proponen hacer obra independiente de banderías y capillas. Los autores de la iniciativa son, entre otros, Georges Hain, Benjamín Simionesco, Georges Gaudy.

—En la Editorial Tor, de Buenos Aires, el poeta argentino Fernández Moreno publicará un nuevo libro lírico. Su título: «El hijo».

—No habrá olvidado el lector atento de *Atenea* la publicación del interesante estudio de Víctor Giraud sobre Enriqueta Renan, publicado en los números de Septiembre y Octubre del año pasado. En pulcra edición de Crès ha aparecido dicho trabajo, en compañía de otros sobre las hermanas de Pascal y de Chateaubriand, bajo el título genérico, «*Sœurs de grands hommes*». Ha sido bien acogido por la crítica.

—Un nuevo libro de Pío Baroja, escritor incansable. Se titula «Entretenimientos», y en él el novelista ha reunido dos ensayos teatrales: «Chinchín comediante» y «Arlequín mancebo de botica», y una conferencia titulada «Tres generaciones». En este último trabajo, Baroja analiza la posición de tres generaciones españolas frente a la vida: la anterior al desastre de Cuba, la del 98, en la cual forma el autor junto con Unamuno, Azorín,

Valle-Inclán y otros, y la presente. Pío Baroja define con mucha agudeza cada uno de estos grupos y se manifiesta optimista para el porvenir.

—Sir Sidney Lee ha publicado un agudo libro sobre la personalidad de Eduardo VII, que fué durante tantos años Príncipe de Gales y que apasionó al mundo de su tiempo. El colaborador de *La Nación* de Buenos Aires, Sigmund Münz, analiza esta obra en un número dominical reciente.

—Jean Aubry ha entregado a las prensas un libro que de seguro tendrá muchos y muy fervientes lectores. Se titula «The life and letters of Joseph Conrad» y se afirma que contendrá revelaciones sobre el gran escritor polaco-inglés desaparecido hace poco.

—En Irlanda se han hecho gestiones para que el gobierno adquiera y conserve, previa la restauración correspondiente, la casa de Oliverio Goldsmith. Según la crítica, en ella colocó el autor la escena de su obra «El vicario de Wakefield».

—La muerte reciente de René Boylesve ha sido muy lamentada en Francia. Muchas revistas se han ocupado de su obra con elogio y han reproducido páginas inéditas de este gran trabajador que murió con la pluma en la mano. Al mismo tiempo —a rey muerto, rey puesto— se han planteado las candidaturas del caso para suceder a Boylesve en la Academia. Los nombres de Fernand Gregh, Abel Hermant, Emile Mâle y Charles Richet han circulado con insistencia. ¿Será muy aventurado suponer que Hermant ocupará este sillón vacío?

—Más noticias académicas: Courteline, el sabroso novelista de «Boubouroche», de «Messieurs les ronds de cuir», de tantas obras más, llenas de ingenio y de buen humor, ha sido premiado por la Academia Francesa con 15,000 francos. Muy depreciada estará la moneda gala, pero eso no quita que el premio sea su-

culento. Por lo menos se llama «Grand prix d'Academie» y significa la consagración definitiva de un escritor. El premio llamado de literatura fué asignado a Gilbert de Voisins, autor de poca notoriedad. François Mauriac, autor de «Le désert de l'amour», novela sobre la cual escribió un artículo nuestro colaborador don Raúl Silva Castro, en el número de Agosto de 1925, obtuvo el premio de novela, que es de cinco mil francos.

—La boga de Unamuno en Francia aumenta día por día. En una colección religiosa ha sido publicado un libro inédito del maestro, titulado «La agonie du christianisme» y traducido por Jean Cassou. En las ediciones Kra se ha lanzado también una traducción de «Niebla», novela publicada por Unamuno hace varios años en España.

—Informaciones argentinas nos dicen que Alfonsina Storni ha publicado un nuevo libro. Se llama «Poemas de amor» y está escrito en prosa.

—La publicación del libro de Américo Castro, «El pensamiento de Cervantes» ha sido acogida con singulares muestras de entusiasmo en España y en otros países. Muchos artículos se han escrito en elogio de esta obra, en que el autor ha resumido sus trabajos anteriores y sus conferencias sobre el creador del Quijote.

—El mismo escritor ha publicado en *La Nación* de Buenos Aires una serie de tres artículos sobre «Martín Fierro» y los sentimientos e ideas que animan la poesía gauchesca.

—La interesante revista costarricense *Repertorio Americano* ha iniciado una encuesta dirigida a los escritores de América. Sus preguntas son las siguientes: «1.^a ¿Por qué no se hacen grandes ediciones de sus libros? 2.^a ¿No lee el público hispano americano o no le interesan sus escritores? 3.^a En caso de que

no le interesen, ¿cuáles son las lecturas o los autores que tal público prefiere?»

—Nuevas investigaciones en torno a la paternidad efectiva de las obras atribuidas generalmente a Shakespeare, han llevado a una conclusión: esas obras son realmente de un escritor que se llamaba Shakespeare, pero no tienen sino muy poco original. En su casi totalidad son adaptaciones y refundiciones de obras escritas por diversos individuos, tanto ingleses como extranjeros. Shakespeare, en su calidad de actor, podía hacer más teatrales algunas de las piezas que el conjunto de cómicos de que formaba parte, debía representar. Tal sería el origen de las piezas firmadas por él.

—El escritor peruano Alberto Hidalgo ha hecho una antología de la joven poesía americana, que se publicará en Buenos Aires. En este libro figuran nuestros compatriotas Pablo Neruda, Angel Cruchaga Santa María, Gerardo Seguel, Salvador Reyes y algunos más.

—En Junio se cumplió el cincuentenario de la muerte de Jorge Sand. Con este motivo, la *Revue des Deux Mondes* publicó un estudio de la nieta de la escritora, hecho sobre la base de recuerdos inéditos de su vida. Otras celebraciones volvieron a atraer la atención del público francés sobre la novelista, ya un poco olvidada.

—El periodista y escritor argentino Alberto Gerchunoff ha reunido algunos de sus artículos más destacados, en un volumen que se llama «El hombre que habló en la Sorbona». Ha sido considerado por la crítica como una obra de madurez de un escritor de sobresalientes condiciones.

EX - LIBRIS

UN MUERTO DE MAL CRITERIO, por *Jenaro Prieto*. Santiago, 1926.

El señor Prieto, cuyos artículos periodísticos le han conquistado una merecida fama, ha escrito una novela llena de interés y de sugestión. «Un muerto de mal criterio» es una obra cuya acción se desarrolla en el otro mundo, durante un colapso, con todos los caracteres de la muerte, de un juez enfermo de gravedad. Este funcionario continúa en la eternidad haciendo justicia, pero los seres a quienes juzga no son seres vivos, sino los que día por día mueren en la tierra. Desfilan así por los estrados ultraterrenales un pintor, una mujer de mal vivir, una pareja de enamorados, un misionero franciscano, el salvaje que se lo comió, un militar, etc. Todo un pequeño mundo de individuos dignos de atención por sus ideas, sus hechos vitales, sus pasiones y sus sentimientos.

La obra está escrita en un estilo liviano, un poquito mancillado por el periodismo, pero por lo general correcto y animado. Un humorismo de primera fuerza rezuma de estas páginas: es el humorismo de un escritor sano, que sólo persigue reír y hacer reír con el equívoco de las situaciones intencionadas, con las observaciones originales acerca de muchos hechos comunes y con más de una alusión a la realidad actual. Con su primer ensayo novelesco el señor Prieto se coloca de golpe en la primera fila de nuestros escritores y se hace acreedor a aplausos sinceros y entusiastas.

POETAS DE HISPANOAMÉRICA, selección y notas de *E. Solar Correa*. Santiago, 1926.

En un volumen de cerca de trescientas páginas el señor Solar Correa ha reunido producciones escogidas de cuarenta y cuatro poetas americanos de habla castellana, desde los años de la independencia hasta nuestros días. Es un trabajo serio y concienzudo, realizado con efectivo conocimiento de la materia y con espíritu crítico bien intencionado. Para el público que no tiene tiempo de leer las obras originales de los principales poetas del continente, muchas de ellas agotadas ya y de difícil adquisición, esta obra tiene una utilidad singular.

Las notas biográficas y críticas del recopilador, sus prólogos a la obra y a las secciones—Neoclacismo, Romanticismo y Modernismo— en que ella se divide, los índices y las glosas finales, representan una labor considerable, cumplida con honradez suma. El señor Solar Correa ha hecho una obra de positivo mérito que le sabrán agradecer todos los amantes de la poesía y los estudiosos, por más que él diga que su libro no está dirigido a estos últimos. Raro es ver en obras nacionales tan riguroso método, ordenación tan completa, unidos a un buen gusto innegable.

Tal vez en este último punto habrá lectores que no estén de acuerdo con el autor. Pero una antología es, en último análisis, una obra de preferencias personales, a la cual no se le puede pedir conformidad con todos y cada uno de los gustos de los lectores.

JOSÉ INGENIEROS (1877-1925), por *Arturo Torres Rioseco*. Austin, Texas (E. U. A.), 1926.

Nuestro compatriota don Arturo Torres Rioseco, actualmente en los Estados Unidos, ha editado en un folleto de pocas páginas un artículo sobre José Ingenieros, escrito a raíz de la muerte del pensador argentino. En *The Southwestern Political and Social Science Quarterly* apareció primeramente este estu-

dio que tiene una virtud cardinal: su brevedad. El señor Torres Rioseco hace en las páginas de su trabajo una reseña harto completa de la vida de Ingenieros y de su obra ingente.

Persigue la publicación de este trabajo un propósito plausible; la obra de Ingenieros es poco divulgada en los Estados Unidos, en donde, fuera de algunos círculos universitarios en los cuales sus obras sobre Psicología tienen gran boga, se desconocen casi enteramente los otros aspectos de tan robusta personalidad. Escrito con claridad, con precisión dignas de encomio, este artículo de nuestro compatriota llena el objetivo que le ha dado vida.

UNA HIJA DEL ALBA, Recuerdos y Cartas de Renée de Benoît. Nascimento, 1926.

En una edición tan pulcra y sencilla como las que habitualmente nos presenta Nascimento, aparece esta obra que de cierto habrá de atraer, con el encanto penetrante de su lectura, a todas las almas que sienten anhelos místicos. Gabriela Mistral, en el prólogo de este libro, nos define en pocas palabras el carácter de su contenido. «Esta obra—escribe—pertenece a un género literario que apasiona a las mujeres norteamericanas e inglesas, pero que apenas está representado entre nosotros.» «Se trata—dice luego—del libro sobre la experiencia interior, sobre el movimiento de lo divino en el alma.»

Es un libro apasionante, sugestivo, poderosamente animador de sentimientos y de impresiones superiores. Su lectura puede no agradar a quienes no sientan la mordedura de la fe como algo vivo y candente. Pero en ningún caso podrá ser abandonada por falta de interés. Las intimidades y las reconditeces de un alma seguramente no gustan a muchos lectores. Para ese puñado de escogidos que en cada ciudad forman como un corazón, con todas las angustias y las ansias insatisfechas que poseen a los corazones, se ha hecho este libro generoso que para muchos será como una anunciación de algo más grande.

Obra destinada a propagar la doctrina del Cristo, despojada

de muchos de los errores que la circundan desde hace siglos, será leída con agrado por todos cuantos experimenten curiosidad por acercarse a un alma y ver en ella los sufrimientos y los anhelos de que la vida la llenó.

ESPACIO, poemas de *Enrique González Rojo*. Editorial Mundo Latino. Madrid, 1926.

Enrique González Rojo reúne en este volumen por segunda vez un haz de poemas. Ya en el primero, a pesar de su juventud, el poeta era una realidad madura. Hoy es más, una plenitud. Ha heredado de su padre, Enrique González Martínez, sin parecersele en substancia, la facultad de la transparencia en el verso. Su verso es limpio, libre, puro de toda pureza. Sin ese virtuosismo de los artífices que trabajan el renglón y nos hacen pensar, al admirarlos, en la herramienta paciente y fina, el verso de González Rojo es fino, sabio y admirable. El contenido es siempre denso de poesía; la visión, moderna sin snob; su libertad, ajena al prurito infantil de pregonarse indomable. Sabe González Rojo que hay al presente una librea también, y la más risible: la postura que a todos los vientos grita «yo soy muy personal», y que hace extravagantes; sabe que donde hay realización artística hay disciplina, ordenación y comunicación clara. González Rojo no se *deshumaniza*; no hace, como explica Ortega y Gasset, por mostrar el cristal a cuyo través mira, sino por entregarnos lo significativo que tras de su cristal está. No quiere mostrarnos un simple juego de herramientas; antes bien, disimular éstas y entregarnos la obra con espontaneidad de prodigio, pura y viviente.

«Espacio» merece un artículo detenido que no cabe en estas notas. Digamos aquí al menos que es un libro de primer orden.

HISTORIA DEL MUNDO, por *J. Pijoan*. Tomo I. Salvat Editores, S. A. Barcelona, 1926.

He aquí un esfuerzo más por alcanzar una buena historia de la humanidad. Muchos anteriores fracasaron. Algunos consiguieron acertados compendios. Otros desequilibraron la obra por extenderla, sin más fin que el de ostentar abundancia, sobre las documentaciones del museo que tuvieron más a la mano. El profesor Pijoan puede anotarse acaso la nota más alta—por lo menos en lengua castellana—en su resultado. Ha hecho una labor original, de personal investigación y ha sabido ponerse en el punto de vista del interés hispano-americano. Su libro es, así, sintético y completo, reseña fundada y bien ilustrada, resumen intenso y animado. Abarca la vida de la Tierra desde la formación del planeta hasta la evolución que ha realizado el espíritu sobre la faz de ella. Se analizan los fenómenos en detalle, se distinguen las más variadas facetas y, del conjunto, despréndese una significación de asombro para el misterio de la creación.

Se trata, pues, de un esfuerzo extraordinario y de un éxito. Y añádase el valor de una edición impecable, ilustrada con profusión, a todo color y de moderna labor gráfica.

EL ARTE EN GRECIA, por *A. de Ridder* y *W. Deonna*. Biblioteca de Síntesis Histórica. Editorial Cervantes. Barcelona, 1926.

El que acabamos de recibir es el tomo XII de esta biblioteca y de él son autores dos ex-profesores de la Escuela de Atenas, A. de Ridder, conservador del Museo del Louvre, y W. Deonna, director del Museo de Arte y de Historia de Ginebra.

Este libro es más que una simple y fría Historia del Arte. Aquí el Arte va unido a la vida, a las actividades más diversas del hombre, creador de civilización; se sitúa el Arte en todas las manifestaciones de la ciudad griega y se analiza la

técnica de la cerámica, de la pintura, de la escultura y de la arquitectura, explicándose en forma documentada y amenísima el resultado que obtuvieron los artistas griegos. La obra tiene el mérito particular de constituir, en parte, un tratado de «sociología estética», pues estudia lo que la vida en sociedad ha aportado al desenvolvimiento del Arte, agente de desarrollo en la evolución humana.

La lectura de *El Arte en Grecia* nos sugiere penetrantes ideas, por lo que desearíamos hacer un examen de la misma, que la falta de espacio nos niega. Es un libro que deleita y hace pensar, porque en sus páginas asistimos al nacimiento, con el Arte, de la vida social, de las instituciones, que en Grecia son reflejo de las preocupaciones y creencias que inspiran un sentimiento medurado y antropomórfico. El arte griego tuvo su origen en la religión y, al evolucionar, llegó a ser un «lenguaje social», un ideal en que comulgaron aquellos hombres que crearon la época más privilegiada de la Historia, al transformar en realidades vivientes sus sueños y sus quimeras de belleza, al imaginar los mitos que son ensayos espontáneos de interpretación de la naturaleza y de la vida. A este maravilloso arte griego debe la humanidad leyes y modelos de belleza eterna.

La obra contiene 94 figuras que ayudan en gran manera a la fácil comprensión del texto y ha sido muy bien traducida por el distinguido catedrático de la Universidad de Santiago de Compostela Dr. Luis Pericot García.

HISTORIA DE SANTIAGO, por *Benjamín Vicuña Mackenna*.
Edit. Nascimento, Santiago, 1926.

Es esta la segunda edición de la obra más importante del gran historiador nacional. Obra inencontrable, por la cual se habían pagado precios bastante altos en subastas públicas y en ventas privadas, la «Historia de Santiago» necesitaba ser puesta de nuevo al alcance de los muchos admiradores de su autor. Tal es el objetivo perseguido por esta reedición.

En los dos volúmenes de la «Historia de Santiago», el se-

gundo de los cuales es el que acaba de aparecer, hay comprendidos varios siglos de la vida de la capital chilena y muchos elementos para la historia general del país en la misma época. Documentadísima, escrita con entusiasmo y vigor sobresalientes, esta «Historia» ha sido considerada como una de las obras más completas de Vicuña Mackenna.

La edición presente tiene un defecto fácil de advertir: ha sido hecha siguiendo fielmente la primera y hasta ahora única edición del libro. Tal vez habría sido oportuno poner la «Historia de Santiago» en manos de un buen historiador, a fin de que aclarara con notas discretas algunos puntos que el presuroso polígrafo no pudo meditar con cuidado.

Pero sea como fuere, es una empresa llena de méritos la que se ha cumplido al reeditar un libro tan interesante y lleno de atracción como la «Historia de Santiago».

LA VIE AVENTUREUSE D'HONORÉ DE BALZAC, por *René Benjamin*. Plon-Nourrit, edit. Paris.

La casa Plon-Nourrit comienza a editar una colección de vidas de grandes hombres y dedica el primero de los volúmenes de esta serie a «La vie aventureuse de Balzac», por René Benjamin. Por esta obra podemos apreciar el propósito perseguido. Se trata de crear la novela de la biografía célebre, a ejemplo de «Ariel o la vida de Shelley», de Maurois.

René Benjamin ha hecho un trabajo muy meritorio, que se lee con sumo agrado. La vida de Balzac es en realidad bien novelesca y apta para ser narrada con brillo singular. Los comienzos oscuros del novelista; el trabajo encarnizado en obras primerizas que lograron, sin embargo, hacerle conocido; sus empresas industriales y comerciales, en las que obtuvo fracasos repetidos; sus amores y sus odios; su persecución incesante de la fortuna; su triunfo final, debido al amor y no al trabajo literario, cuando la muerte estaba ya tan cercana, son aspectos que convierten la vida del novelista en la más apasionante novela.

René Benjamin ha aprovechado con talento y acierto tales

circunstancias, y su «Vie aventureuse de Balzac» merece ser citada como un trabajo de primer orden, tanto entre las demás obras del autor como entre las muchas biografías que se han hecho del genial novelista.

RECETARIO DE BELLEZA Y DEL HOGAR, por el *Dr. R. Mongardú*. Edit. Nascimento, Santiago, 1926.

Comienza el autor por hacer un breve resumen del concepto que ha merecido la belleza a través de los tiempos. Siempre, nos dice, la belleza femenina ha sido una fuerza poderosísima, comparable a «la elocuencia, la poesía y el arte». Por ello el mayor problema de la mujer es conservar la belleza, si la tiene, y adquirirla, si no.

En las páginas de este libro se reúnen más de mil recetas escogidas especialmente entre las obras más afamadas de estética femenina, destinadas todas a los dos objetivos planteados arriba. La mujer bonita debe cuidar de que sus encantos no padezcan menoscabo. La mujer que no es bonita, debe tratar de parecerlo.

Fuera de esto, contiene el libro que nos ocupa, un gran número de indicaciones para limpiar telas y objetos variados. De modo, pues, que se justifica su título: no es recetario sólo de belleza sino también del hogar.

No nos cumple decir si la selección ha sido hecha con acierto. Las mujeres—las bonitas y las que no lo son—tienen la palabra.

DE PALOS AL PLATA, por el comandante *Franco* y el capitán *Ruiz de Alda*, Espasa-Calpe, Madrid, 1926.

Es el relato del vuelo del comandante Franco sobre el Atlántico, con todos los detalles pertinentes a la organización del «raid», a sus cuidados técnicos y a su realización. Escrito con soltura y discreción sumas, es un libro que hace honor a los aviadores, sobre todo por la modestia que revelan. No pa-

recen haber sentido la grandeza de su hazaña, ni siquiera cuando, llegados a Buenos Aires, una muchedumbre de varios cientos de miles de personas los aclamaba con entusiasmo frenético y delirante.

En esta obra hay muchos aspectos que interesan a los técnicos en aviación. Los procedimientos de navegación puestos en práctica; el valor del radiogoniómetro; las diversas circunstancias del vuelo sobre el Océano, son otros tantos temas de estudio para el entendido.

Los profanos, en cambio, pueden reír leyendo las páginas de este libro escrito sin pretensiones literarias pero lleno de encanto. En efecto, los aviadores narran en forma feliz el recibimiento de que se les hacía objeto en cada una de sus etapas. No parecen asustados, como hemos dicho, de los peligros del vuelo mismo. Se extrañan, en cambio de haber salido vivos de en medio del frenesí de las multitudes y de los arranques oratorios y gastronómicos con que se les recibía.

Libro liviano y ameno, tiene interés para todos cuantos han sentido alguna emoción durante el titánico «raid» que repitió la hazaña de Colón.

GLOSARIO DE REVISTAS

Recuerdos de Rubén Darío

Hace algunos meses el escritor chileno residente en los Estados Unidos, don Arturo Torres Riosco, que está escribiendo una vida de Rubén Darío, dirigió a todas las personas que poseen datos sobre la vida del maestro, un llamado público para que pusieran a su disposición dichos documentos. El escritor venezolano Rufino Blanco Fombona respondió a nuestro compatriota con el envío de un copioso álbum de recortes periodísticos referentes al poeta de «Prosas profanas», coleccionados por él mismo, y una serie de artículos que publicó en *El Sol* de Madrid. De ellos tomamos algunos acápites que nos parecen interesantes.

En los primeros artículos el escritor venezolano nos habla más de su propia persona que del poeta desaparecido. Hasta las anécdotas que nos narra tienen más relación con él que con el autor de la «Oda a Mitre». Pero en el tercero y último, hallamos rasgos que pue-

den interesarnos de manera más directa, por tener más que ver con Darío. Cuenta Blanco Fombona una visita que hizo a Rubén cuando éste vivía en la calle Herschell, de París. Rodeado de jóvenes escritores y artistas halló al poeta. Sin embargo, éste dejó solos a sus visitantes y se encerró con Blanco Fombona en otro cuarto, con el objeto de leerle su «Canto a la Argentina», publicado en una edición extraordinaria de *La Nación* de Buenos Aires. «Encendió profusión de luces, llamó a Francisca Sánchez («Francisca Sánchez, acompañamé»), y le secreteó algo. Poco después se presentó Francisca abrazada con enorme mamotreto. Era un número extraordinario, verdaderamente extraordinario, de *La Nación*. Partió Francisca y regresó en seguida: colocó encima de la mesa una botella de *Black and White*, dos copas y el sifón.» Servida la primera copa, comienza la lectura: «Al principio —sigue diciendo Blanco Fombona— no cogí bien el ritmo.

Me pareció que se trataba de endecasílabos. Luego creí que los versos eran de ocho. Pero a los diez o doce versos ya comprendí el trenzado de las nueve y las ocho sílabas, con un ritmo vago, monótono, que parecía, a veces, al cambiar de ritmo, cojear.» Cuando termina la lectura, el poeta pregunta su opinión a Blanco Fombona, quien al principio se resiste a darla, pero que al cabo se la comunica. Luego Rubén Darío le dice que piensa hacer una edición lujosa de su poema y para ella le pide un prólogo. Blanco Fombona dice que protestó contra aquella idea, pero que Darío le insistió: «Mañana—le dijo en fin—le mandaré a su casa el poema. Y le mandaré también «un archivo», donde podrá documentarse.» Este archivo a que se refiere Darío es el famoso álbum que ya hemos mencionado, actualmente en poder de Torres Riosco.

Otro asunto que trata Blanco Fombona en el tercero de sus artículos es su ruptura con el poeta nicaragüense. Corría el año 1911. Los hermanos Guido habían contratado a Rubén Darío como director de *Mundial Magazine*. El poeta entretanto, cada vez más urgido por sus desarreglos financieros y de salud, trataba de ganar dinero, sin importarle mucho de dónde viniera. La revista de la cual aparecía como director era un buen medio para conseguir

ese fin. No tenía Darío talento alguno para dirigir una publicación, y en manos de comerciantes como los Guido, menos aún podía resultar la cosa. Pero *Mundial Magazine* salía y el nombre de Rubén Darío frente a él era el cebo que habían tendido sus dueños para ganar a manos llenas. Blanco Fombona, colaborador de *Mundial*, como tantos otros escritores hispanoamericanos, sintióse un día ofendido por esta tiranía del dinero sobre el talento... Duramente le dijo al poeta muchas verdades y le anunció lo que iría a ocurrir: la opresión de los Guido, su afán de explotar su nombre y su irritante ansia mercantilista. Total: una pelea seria, con ruptura completa. Blanco Fombona es hombre de carácter áspero, que no soportaba ni soporta algunas cosas que los demás aceptan con calma. Pero así como es pronto para el enojo, es pronto para el arrepentimiento. «¡Cómo me he arrepentido—dice—de aquella mala acción! Me arrepiento de la injusticia con el amigo y del irrespeto al poeta.» Sinceramente parece dolerle el mal rato que hizo pasar al artista con su brusca y desatada invectiva. Pero más tarde el mismo Rubén Darío habría de hallarle razón. Minado su organismo por todos los excesos a que le arrastró su flaca naturaleza, cuando trataba de reponerse en

la sedante luminosidad de Mallorca, los apremios de los Guido eran un acicate harto terrible. El contrato que le obligaba a dar artículos y poemas a la revista, era cumplido y hecho cumplir celosamente por los comerciantes. Sin descanso, es-trujando día a día y noche a noche un cerebro que buscaba ya el reposo, el poeta arruinaba su salud por hacer entrar a su bolsa un poco de dinero.

El artículo de Blanco Fombona que nos ocupa, termina haciendo un recuerdo de la muerte del poeta y del homenaje que le tributaron en España algunos de los más destacados escritores peninsulares e hispanoamericanos. Finalmente se refiere el autor de «Cantos de la prisión y del destierro» al proyecto de monumento a Rubén Darío. «¿Quién nos escogió—escribe—a Valle Inclán, a Amado Nervo, a mí, a otros, para entender en aquello? Nervo, envolviéndose cauteloso en su egoísmo, como en romana clámide, se despreocupó de aquello. No así Valle Inclán. Yo tampoco, menos.» Ambos escritores llegaron, por fin, al acuerdo de procurar la erección de un busto de mármol en los jardines del Retiro. No se ha hecho tal cosa, y hace pocos años, en cambio, se dió el nombre de Rubén Darío a una plaza madrileña, sin mucha pompa pero con sincera y espontánea intimidad.—S.

Waldo Frank

Las últimas publicaciones recibidas nos traen, entre otros, un nombre nuevo que merece todos los respetos debidos al talento y a la honradez de las ideas. Ese nombre es Waldo Frank y corresponde a un escritor norteamericano de avanzada, judío de origen y autor de unos cuantos volúmenes dignos de la mayor atención. Pero antes de decir nada respecto de él, es preciso definir cuál es la característica primordial de la literatura norteamericana. Desde el punto de vista de la imaginación, las letras del país del norte se distinguen por una escasa originalidad. Fuera de unos dos o tres creadores de nota—O. Henry, Dreiser, Sherwood Anderson—los demás escritores continúan merodeando en torno a los viejos tópicos. La producción literaria es intensiva, como todas las industrias norteamericanas, porque en la patria de Lincoln la literatura también ha llegado a ser, para la mayoría de los escritores, una industria pingüemente productiva. En el terreno especulativo, o sea en la literatura no puramente imaginativa, la pobreza norteamericana es más franciscana, si cabe. En ese país gigante el número de escritores de ensayos, de pensadores, es mínimo. Por lo demás, entre tales escritores son bien escasos los que tienen ideas

propias y, alejados de las rutas añejas, emprenden obras de valer singular,

Waldo Frank pertenece de lleno al grupo de los pocos escritores norteamericanos cuya obra no es pura y simplemente de imaginación y cuyo pensamiento vuela solo. Seguramente influye en esta segunda condición distintiva su raza; un judío, por mucho que los hijos de Israel se hayan asimilado a la vida norteamericana, no podrá sentir en la forma común a los norteamericanos. Por de pronto, podemos anotar una diferencia. La mayoría de los norteamericanos tienen formado un criterio netamente *maquinista* para todo lo que respecte a los problemas vitales y sociales. No es extraño que esto suceda en un país en que el maquinismo es la base de la existencia social y el porvenir mismo de tan inmenso conjunto humano. En un libro de Frank que ya cuenta con algunos años de publicación, «Our America», está contenido el evangelio de una nueva generación, escasa en número por cierto, reacia al maquinismo y alentada por ideales de renovación. Escrito en una prosa fluida, vibrante («una prosa—ha dicho Luis Araquistain—con exceso de alas, de música y de dardos»), no es raro que haya sido plato para pocos gustadores. En las páginas de esta obra se revela un hombre de contextura ori-

ginal y que en el medio norteamericano, sobre todo, debe parecer sacrilego. Baste decir que en 1917, cuando los Estados Unidos iniciaron su intervención en la guerra europea, Frank se negó a alistarse, llegando por este motivo hasta sufrir una pena de prisión.

Tres novelas ha escrito también Waldo Frank, y las tres componen un como archipiélago en la literatura común de los Estados Unidos. Es bien sabido que hay un tema vedado por la hipocresía puritana de los Estados Unidos a toda clase de artistas, sean ellos los del cine, los de la escultura, pintura o letras. Ese tema es el sexual. Para el norteamericano típico, el *norteamericano al ciento por ciento*, el problema sexual no existe y por lo tanto no debe ser llevado al arte ni a la plataforma multitudinaria de la prensa. Pues bien, las tres novelas de Frank estudian aspectos del problema sexual. Sus títulos son «The dark mother», en que se ocupa de un interesante caso de homosexualismo; «Raha», en que se describe con agudos trazos de verdad la vida de una celestina, y «City block», conjunto de cuentos de carácter poemático, llenos de contrastes violentos y de claroscuros pasionales. Es preciso conocer la literatura norteamericana, llena de sentimentalismo mediocre, deuntuosa hipocresía, para comprender hasta qué punto ha podido

chocar con el gusto general este breve ramillete de obras. Todas ellas están basadas, en mayor o menor grado, sobre lo que el yanqui no puede ver, porque se lo prohíbe el puritanismo hipócrita.

Otro libro de ensayos ha publicado también Waldo Frank, y en él hallamos una vinculación estrecha con los problemas hispanoamericanos. Por los años 1922 y 1924 el autor viajó por España, conociendo de manera detenida muchas ciudades y muchos hombres de la península. En un volumen titulado «Virgin Spain» ha condensado Frank su visión de España y muchas observaciones sobre temas afines. Araquistain ha definido el libro de Frank con las siguientes palabras: «El libro de Waldo Frank, «España virgen», no es tal vez una filosofía de la historia de España, sino en cuanto lo que hay de filosófico en una obra de arte. Una creación artística, en el mejor de los casos, es una filosofía expresada en imágenes. Las imágenes abundan en el libro de Frank, desde el título hasta las últimas palabras del diálogo que lo cierra. Imagen también el lema o frontispicio que toma prestado de Ganivet y que es la explicación del título, donde compara el alma española con el dogma de la Concepción Inmaculada. Más que un tratado de filosofía, «España virgen» es

un poema histórico dramático.» Es también, un canto a la obra de los pueblos semíticos en España, durante siglos que cuentan entre los de la efectiva grandeza peninsular. El libro está dedicado «a aquellos hermanos americanos cuyas lenguas son el español y el portugués, cuyos hogares están entre Río Grande y Tierra del Fuego, pero cuya América, como la mía, se extiende desde el Ártico hasta el Cabo de Hornos». Es, en fin, una visión de la fraternidad futura de todos los pueblos del nuevo continente, sin distinción alguna, en ideales de paz, de progreso y de armonía basada en principios superiores. Dice Luis Araquistain en el artículo escrito sobre este libro de Frank, que muchas podrían ser las objeciones que se hicieran a «Virgin Spain», «pero por muchas que se hicieran, no dejaría de ser por eso un acontecimiento artístico en la literatura histórica y descriptiva de España».

Tal es, esbozada a grandes rasgos, la personalidad de Waldo Frank, escritor norteamericano que forma por sí solo un nuevo motivo director de las ideas en el agitado campo del pensamiento de su país. Enseña y acaso símbolo de una renovación radical, merece todos los respetos debidos a un talento claro y a una integridad moral de contornos bien precisos.—S.

Alrededor de Dostoyevski

Vladimir Pozner ha publicado en un número reciente de *Les Nouvelles Littéraires* un artículo digno de mención sobre Dostoyevski. Comienza el crítico ruso por anotar el entusiasmo que actualmente se revela en Francia por el autor de «El idiota». No sólo se publican con frecuencia sus obras, nuevamente traducidas con más cuidado y dedicación que antes, sino que también se comentan sus ideas y se experimenta su influencia en diversos órdenes. «Por el contrario, Tolstoy y Turguenef están completamente abandonados; Checof y Gogol son conocidos sólo por una «élite»: cuanto a Liescof y Rosanof, no son ni siquiera traducidos.» Pozner piensa que los franceses no pueden gustar sino de un escritor ruso a la vez. El primero habría sido Turguenef, el segundo Tolstoy, el tercero Dostoyevski. «Mañana—dice—será Gogol, o bien Checof, del cual Andrés Maurois ha dicho que es, tal vez, el más grande de todos».

A continuación el crítico se ocupa de la penetración de las novelas de Dostoyevski en Francia, «lenta y difícil», pues las primeras traducciones de sus obras «Crimen y castigo» y «Humillados y ofendidos» datan de 1884. Los primeros traductores franceses del escritor ruso, dice Pozner, domina-

ban muy bien su lengua pero no conocían tan bien la original. Más adelante las traducciones de Dostoyevski se multiplican. Los que las realizan son, en su mayoría, rusos que no tienen más pericia que sus predecesores y que hacen de Dostoyevski una cosa oscura y difícil de tragar. Se tiene también poco respeto por el autor: los títulos de sus obras son modificados sin motivos aparentes. «En fin, estas traducciones—dice el crítico—tienen otro defecto, más serio. Son en su mayor parte adaptaciones.» Poco a poco va mejorando el trabajo, y ahora, al decir de Pozner, los lectores franceses pueden gustar de Dostoyevski todo lo bien que es posible apreciar a un novelista a través de traducciones.

Luego Pozner se ocupa de los comentadores de la obra de Dostoyevski, entre los cuales tiene por cierto el primer lugar el conde de Vogüé: «su mérito es tan grande—declara—que debemos perdonarle todos sus errores». «Se puede afirmar—continúa—que el autor de «La novela rusa» no ha sabido penetrar en la verdadera esencia de Dostoyevski; no ha cogido en él sino las cualidades que lo emparentaban con la escuela naturalista rusa. El resto lo calificaba de «extraño» y lo dejaba pasar en silencio.» Los continuadores

de Vogüé han continuado más o menos en el mismo error. Pozner dice que de todos estos intentos críticos se puede desprender, en lenguaje vulgar, una conclusión evidente: Dostoyevski ha sido, para todos los autores de ellos, «un escritor loco, que produjo obras locas.» Sobre los libros de Dostoyevski se ha hecho un alma eslava, incomprensible, indeterminada, que ha servido a toda clase de escritores para llenar algunos de sus libros con personajes irresponsables que llevan apellidos vagamente eslavos...

El error reside para Pozner en que los occidentales se han servido, para forjar su visión del espíritu ruso, de seres como Raskolnikof, Stravroguin e Iván Kamarazov. «El verdadero ruso, para Dostoyevski, es Zóximo o Aliocha Karamazov, del cual, según mis informaciones, no ha hablado ninguno de los comentadores franceses de Dostoyevski. Así vemos que no sólo se ha creado injustamente un tipo ruso imaginario, sino que se ha inspirado para hacerlo en los personajes menos rusos de las novelas de Dostoyevski.» El novelista ruso ha hecho, según Pozner, seres que sobrepasan las fronteras de su país y que pertenecen a la humanidad. Si se juzga a Rusia por ellos, se cae en el mismo absurdo que juzgar a Dinamarca por el Hamlet de Sha-

kespeare: «Shakespeare, Racine y Dostoyevski—sigue diciendo—no se detienen en pintar particularidades de vestido o de pronunciación: van directamente al alma humana». Pozner continúa desarrollando su idea, y dice: «Cada uno de nosotros, en una hora cualquiera de su existencia, tiene la idea furtiva y casi inconsciente del crimen, de la violación, del suicidio. Dostoyevski ha llevado a la escena estas impulsiones oscuras. Para explicar mejor mi pensamiento, lo compararé con Proust. En éste todo está en posibilidades, en suposiciones; constantemente recurre a lo condicional. Dostoyevski, que ha cavado la misma mina de sensaciones humanas que el autor de «Sodoma y Gomorra», no puede quedarse sin el hecho. Ningún acto se guarda en el espíritu de sus personajes: todo es ejecutado o por lo menos pronunciado, y en él las palabras tienen generalmente más intención que los actos».

Más adelante el crítico se ocupa de otros aspectos de la consideración que los franceses hacen corrientemente de las obras de Dostoyevski. Menosprecian aquellos, anota, las novelas que tienen poca ideología, las de menor volumen y acaso menor melodramatismo. Sin embargo, en su opinión, «Nietochka Nezvanova», «Stepanchikovo», «El jugador» y

«El adolescente», tienen una importancia considerable. De esta última dice que es, acaso, «la más perfecta novela de Dostoyevski». Pertenece el novelista ruso, según su crítico, a una ralea de escritores que llama «agresivos»: su ideología gana con seguridad las conciencias. Ayer ha sido Alemania; hoy le toca el turno a Francia. Los críticos tratan de explicar a Dostoyevski pero no lo consiguen sino en parte: «Discutiendo las ideas de Dostoyevski unos ven en ellas sólo la «religión del sufrimiento»; otros, «un espíritu evangélico»; los terceros, «una profusión de amor». Todo eso está en Dostoyevski pero no es su esencia. Sólo Gide ha hablado, a propósito del escritor ruso, de algunas «puntas de sadismo».

Está en el buen camino. Dostoyevski no es sólo amor y humildad. Hay en él fuerzas insospechadas y terribles. Evidentemente no se puede hacer responsable a un escritor de las ideas de sus personajes, pero no se debe olvidar que él es su creador.»

Finaliza el estudio de Pozner con las siguientes líneas: «Nosotros los rusos estamos mejor colocados para juzgar la virtud disolvente de estos libros: conocemos la influencia que ellos han ejercido en Rusia. Leyendo las obras de la escuela dostoyevskiana, de Rozanof y de Sologub, de Biely y de Remizof, nos damos cuenta de toda la corrupción que hay encerrada en esta metafísica de la muerte y del sexo.»—S.

